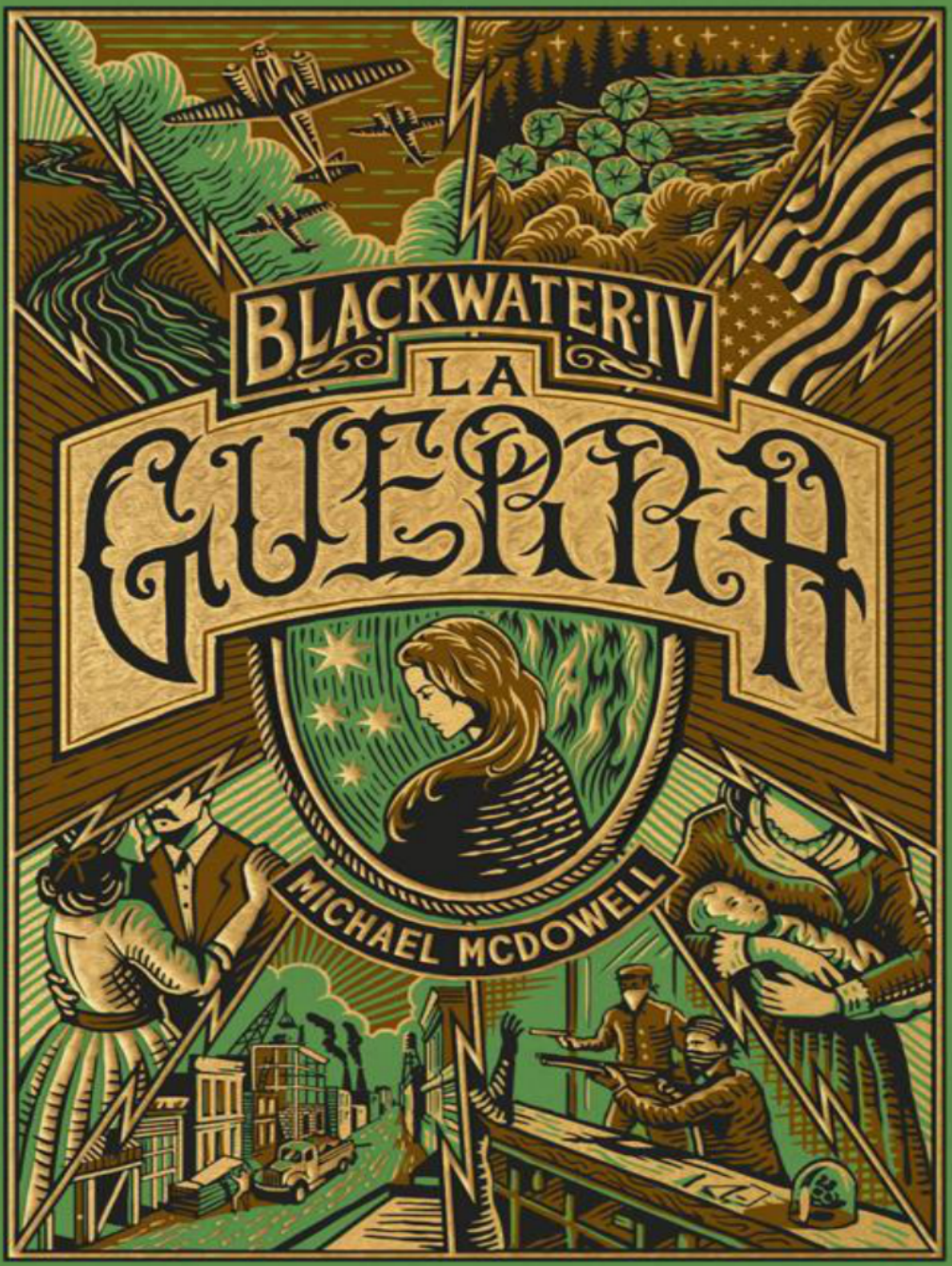
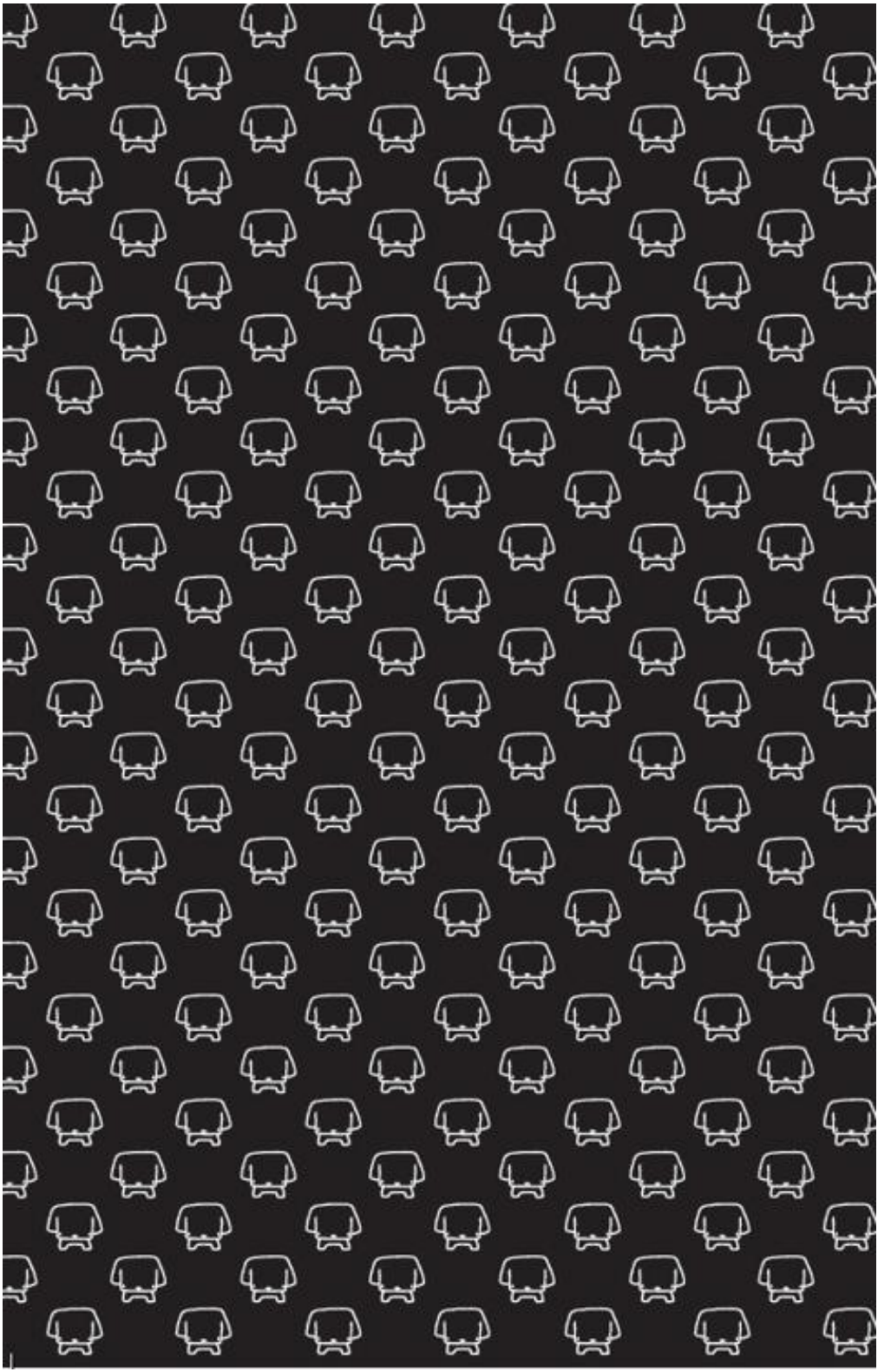

BLACKWATER·IV
LA
GUERRA
MICHAEL MCDOWELL



MICHAEL MCDOWELL

BLACKWATER · IV

La guerra

Traducción de Albert Vitó

Índice

Portada
Blackwater 4. La guerra
Créditos
Resumen
Cuarta parte. La guerra
1. En la playa
2. Creosota
3. Dollie Faye
4. El Sagrado Corazón
5. El viaducto
6. Movilización
7. Racionamiento
8. Billy Bronze
9. La propuesta
10. El lago Pinchona
11. Madre e hija
12. Lucille y Grace
13. Tommy Lee Burgess
14. Lázaro
15. La huida

Michael McDowell (1950-1999) fue un auténtico monstruo de la literatura. Dotado de una creatividad sin límites, escribió miles de páginas, con una capacidad al nivel de Balzac o Dumas. Como ellos, McDowell optó por contar historias que llegaran a todo el mundo. Como ellos, eligió el medio de difusión más popular: el folletín, o novela por entregas, en el caso de los maestros del XIX ; el *paperback*, o libro de bolsillo, en el caso de McDowell.

Además de ejercer como novelista, Michael McDowell fue guionista. Fruto de su colaboración con Tim Burton fueron *Beetlejuice* y *Pesadilla antes de Navidad*, además de un episodio para la serie *Alfred Hitchcock presenta*. Considerado por Stephen King como el mejor escritor de literatura popular, y pese a su temprana muerte por VIH, escribió decenas de novelas: históricas, policíacas, de terror gótico, muchas de ellas con pseudónimo. En 1983 publicó la que es sin duda su obra maestra, la saga *Blackwater*, y exigió que se publicara en 6 entregas, a razón de una por mes. El éxito fue arrollador. Ahora, tras el enorme éxito de venta y público en Francia e Italia (con más de 2 millones de ejemplares vendidos), llega a nuestro país.

Título original: *Blackwater. Part IV: The War*

© del texto: Michael McDowell, 1983. Edición original publicada por Avon Books en 1983. Publicado también por Valancourt Books en 2017
© de la traducción: Albert Vitó, 2023
© diseño de cubierta: Pedro Oyarbide & Monsieur Toussaint Louverture © de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

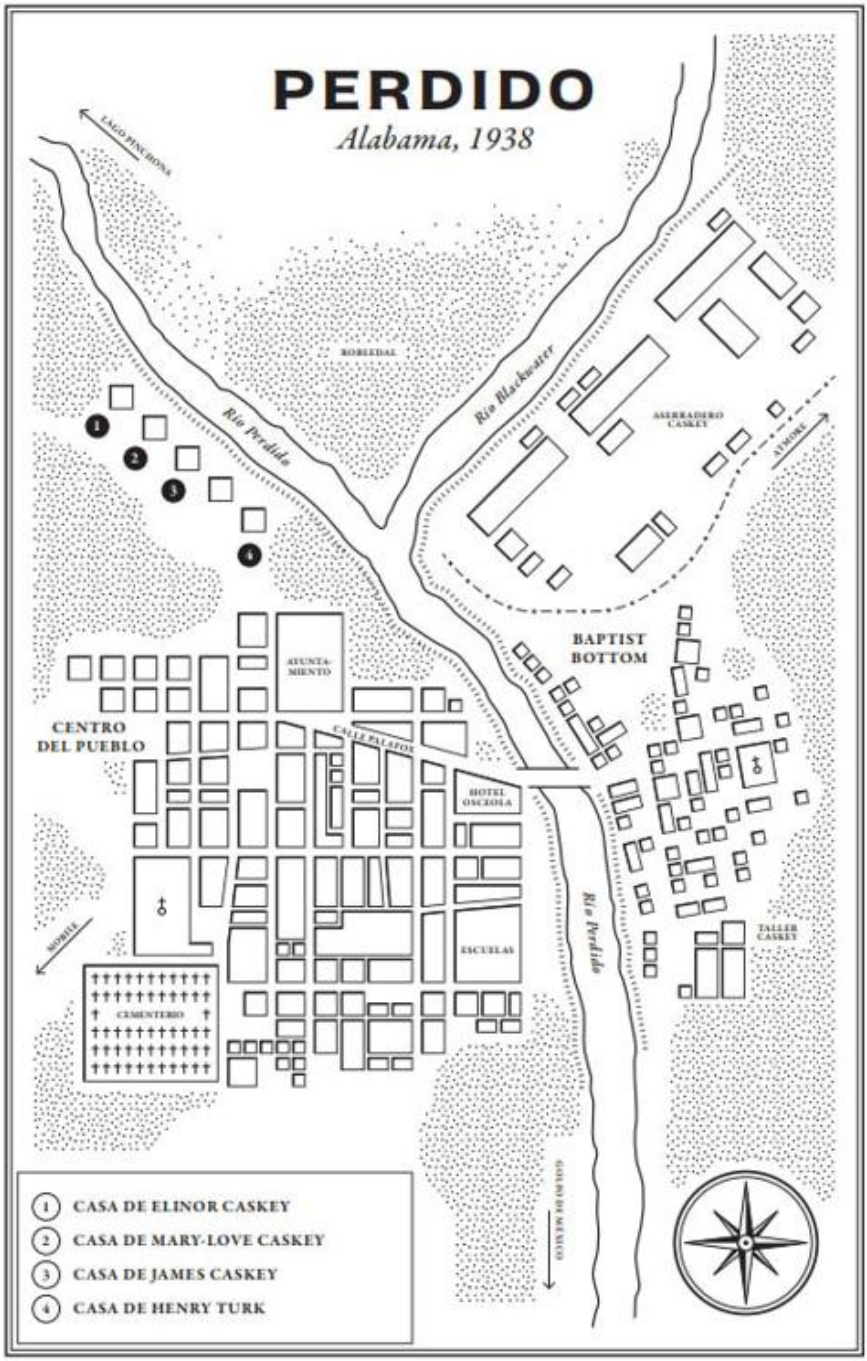
Maquetación: Acatia

Primera edición digital: marzo de 2024
ISBN: 978-84-10025-54-7

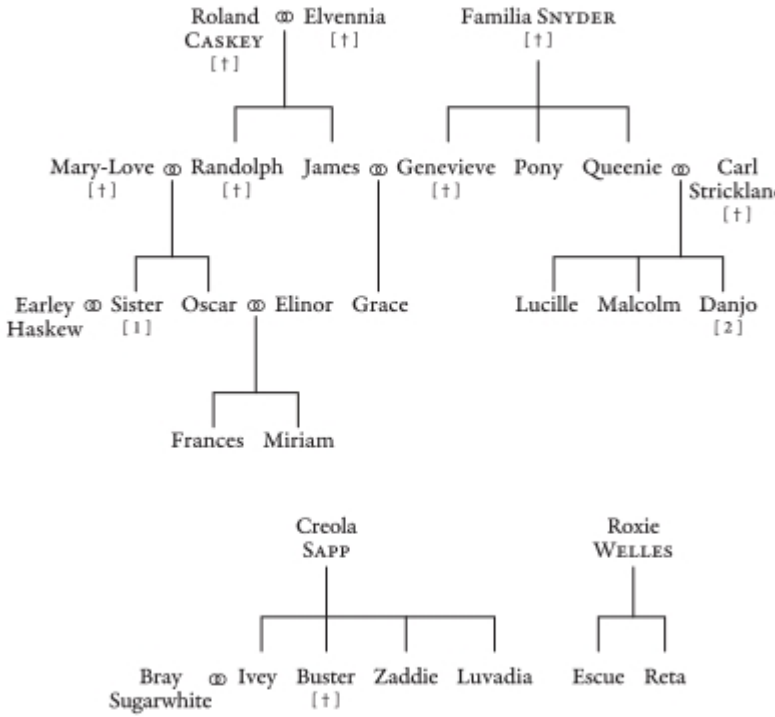
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Resumen

La rivalidad entre Miriam y Frances crece a la par que las dos hermanas. Miriam se ha convertido en una joven petulante y Frances en una muchacha enfermiza, aterrorizada por un armario de su casa que parece albergar algo oscuro. Carl Strickland vuelve a Perdido para darle una paliza a Queenie, y recibe la sangrienta venganza de Elinor. En vista de la inestabilidad de su hogar, la mujer decide dar en adopción a su hijo menor, Danjo, a James Caskey, que no ha dejado de lamentarse de su soledad desde que Grace se marchó a la universidad. Los Caskey planean un viaje en familia, pero justo antes de salir, Mary-Love cae enferma de unas extrañas fiebres después de beber un té preparado por Elinor. Durante semanas esta se dedica a velar la agonía de su suegra, hasta que finalmente Mary-Love muere, dejando a toda la familia Caskey en estado de desconcierto.


PERDIDO
Alabama, 1938
LAGO PINCHONA
ROBLEDAL
Río Blackwater
Río Perdido
ASERRADERO CASKEY
ATMORE
BAPTIST BOTTOM
AYUNTA-MIENTO
CENTRO DEL PUEBLO
CALLE PALAFOX
HOTEL OSCEOLA
ESCUELAS
Río Perdido
TALLER CASKEY
MOBILE
CEMENTERIO
GOLFO DE MÉXICO
1 CASA DE ELINOR CASKEY
2 CASA DE MARY-LOVE CASKEY
3 CASA DE JAMES CASKEY
4 CASA DE HENRY TURK

Genealogía
Caskey, Sapp, Snyder y Welles — 1938



[1] Elvennia
[2] Daniel Joseph

Cuarta parte

La guerra

I

En la playa

Habían pasado dos años desde la muerte de MaryLove. Durante los meses posteriores al funeral, los Caskey habían estado atentos a los cambios y transformaciones que sin duda tendrían lugar en la estructura familiar, pero las alteraciones fueron lentas y sutiles. Elinor, Oscar y Frances cambiaron poco, aunque el carácter de Elinor se volvió más apacible ahora que su gran rival y enemiga había sido derrotada por la muerte. Frances tenía dieciséis años, cursaba segundo de secundaria y los tres años que había pasado en cama por culpa del dolor artrítico habían quedado reducidos a un recuerdo borroso que solo la inquietaba muy de vez en cuando.

En cuanto a la casa de al lado, Sister Haskew no había regresado con su marido, que aparecía sin falta cada Navidad y tal vez una o dos veces más durante el año. Con cada visita, él y su esposa parecían más distanciados, aunque nunca lo reconocían. «Early viaja mucho... —decía Sister—. ¿Se supone que tengo que seguirlo a todas partes? Prefiero quedarme aquí en Perdido; Miriam me necesita.» La última parte de aquella afirmación no era del todo cierta, puesto que Miriam ya tenía dieciocho años y consideraba más bien que no necesitaba a nadie. Se veía a sí misma como la verdadera heredera de su abuela. Más importante que el dinero, los bonos y las acciones de MaryLove, que habían quedado divididos a partes iguales entre Sister y Oscar, Miriam había heredado la casa y, pese a las consideraciones filiales, también la enemistad hacia Elinor Caskey. Miriam no hablaba con su madre cuando se cruzaban por la calle, ni la saludaba si se veían por una ventana. Miriam asentía a regañadientes cuando se cruzaba con su padre, Oscar, y nunca le faltó una palabra cruel para su hermana Frances, con quien se topaba a menudo en el instituto.

Sister y su testaruda sobrina Miriam vivían en un ambiente infeliz y marcado por la tensión, encogidas bajo el nubarrón tormentoso de sus respectivos secretos. Sister no admitía, ni siquiera ante Miriam, que no solo no amaba a su marido, sino que incluso temía sus breves e infrecuentes visitas. Por su parte, Miriam no osaba mostrarse abiertamente hostil contra su madre por miedo a quedar aplastada, ya que Elinor la superaba con mucho en capacidad estratégica y en experiencia.

En la casa contigua pero en la otra dirección, James Caskey ya era un anciano. Y, sin embargo, era extremadamente feliz cuidando de su

sobrino Danjo, que con catorce años, adoraba a James y nunca hacía nada que pudiera enfadarlo o decepcionarlo. Nada que ver con Malcolm y Lucille, los hermanos mayores de Danjo, que eran una fuente de problemas constantes para su madre, Queenie Strickland. Malcolm tenía veinte años y no parecía servir para gran cosa. Una vez consiguió un empleo en Cantonment, pero lo perdió al cabo de solo una semana. Y otro trabajo en Pensacola le había durado todavía menos. Cuando regresó a Perdido para vivir con su madre, Malcolm le suplicó a Queenie que le consiguiera un puesto en el aserradero. Malcolm pasó a encargarse de una trituradora, pero debido a su carácter despistado corría el peligro constante de perder un brazo o los dos entre las garras de esa máquina gigantesca y explosiva. A los dieciocho años, y aunque todavía sonreía con afectación y se quejaba como una niña, Lucille había adquirido una belleza un tanto macilenta. Exhibía sus modestos encantos tras el mostrador de caramelos de los almacenes Ben Franklin y llegaba a casa cada día impregnada del olor rancio del aceite de las palomitas. Tanto a Lucille como a Malcolm les preocupaba tener unos empleos tan simples; al fin y al cabo formaban parte del todopoderoso clan Caskey.

Como propietarios de la única industria del pueblo, podía decirse que los Caskey eran los dueños del lugar, pero no vivían como si lo fueran. Con una delicada consideración por las difíciles circunstancias del resto de los habitantes de Perdido, los Caskey no hacían alarde alguno de la riqueza que seguramente habían acumulado. La peor parte de la Depresión había quedado atrás y la habían superado. Si habías sobrevivido significaba que las cosas te habían ido bien, sobre todo en esa parte tan afectada del país. Los aserraderos de los Turk y de los DeBordenave, que habían existido desde hacía décadas, se habían visto obligados a cerrar, y la maquinaria, las tierras y el personal habían quedado absorbidos por el aserradero de los Caskey, que estaba en expansión. Tras la muerte de MaryLove, James le había cedido el mando a su sobrino Oscar, de manera que ya no iba a su despacho y pasaba el día entero sentado en el porche de casa con su cuñada Queenie.

Durante los últimos años, Oscar había dedicado todos sus esfuerzos al aserradero, aprovechando de forma prudente cualquier pequeña oportunidad que se presentara. Reinvertía hasta el último centavo que ganaba para expandir el negocio, modernizarlo o adquirir terrenos boscosos. En 1938, la riqueza de los Caskey se basaba en sus propiedades. Sin embargo, el aserradero y la fábrica de ventanas, postes y traviesas (todas en condiciones óptimas y dotadas probablemente de la tecnología más avanzada del país) funcionaban

más o menos a un cuarto de su capacidad. Los trabajadores a menudo volvían a casa al mediodía, pero recibían la paga completa. Los Caskey poseían más de ciento veinte mil hectáreas de bosque en cinco condados de Alabama y Florida, pero los leñadores nunca tenían que alejarse más de ocho kilómetros del pueblo debido a la escasez de pedidos. Sister y James necesitaban poco dinero, puesto que llevaban una vida tranquila. Aun así, incluso para conseguir ese poco que necesitaban tenían que pedírselo a Oscar, y este se lo proporcionaba en billetes pequeños.

A Sister y a James aquella forma de funcionar les parecía extraña, puesto que los hogares de los Caskey nunca se habían visto restringidos de ese modo. Al final, James le preguntó a Oscar si estaba seguro de cómo estaba administrando el dinero y las propiedades del aserradero.

—Se invierte hasta el último centavo —aseguró Oscar.

—Eso ya lo sé, Oscar —replicó Sister—, ¿pero no deberíamos tener algo en reserva?

—No nos lo podemos permitir, ahora mismo —contestó Oscar—. Tenemos que asegurarnos de que, cuando el país vuelva a levantarse, estaremos preparados para seguir el ritmo.

—Oscar —dijo James con firmeza—, este país lleva parado al menos diez años. ¿Qué crees que puede reanimarlo? Que conste que no estoy preocupado por mí, porque sé que siempre puedo ir tirando. Pero quiero asegurarme de que todo irá bien para Elinor, Frances, Sister y Miriam. ¿Qué sería de Danjo, de Queenie y de sus hijos, si me sucediera algo a mí?

—¿Es que no confiáis en mí? —exclamó Oscar—. ¿No os dais cuenta de lo que intento hacer?

—No —dijo Sister—. Creo que James y yo no acabamos de verlo claro.

—Yo no, desde luego —convino James.

—Estoy intentando haceros ricos —anunció Oscar.

—¿Para qué? —preguntó Sister—. Hace cinco años, cuando las cosas iban tan mal, teníamos todo el dinero que cualquier persona en su sano juicio pudiera desear. Ahora nos dices que las cosas van bien, pero si quiero enviar a Ivey a por una botella de leche, tengo que pasar por el aserradero para conseguir unos billetes.

—Es una medida provisional —dijo Oscar—. Y sabes que la situación no es tan terrible, Sister.

—Pero ¿y si todo se va al traste? —preguntó James—. ¿Qué haremos entonces?

—No se irá al traste. Dadme un poco de tiempo y ya veréis. Ahora

no os dais cuenta, pero estamos en una posición muy ventajosa.

Efectivamente, James y Sister no lo veían. A pesar de todo, decidieron confiar en Oscar.

—Al fin y al cabo —le comentó James a Sister más tarde—, ¿qué remedio nos queda?

Aunque James y Sister tuvieran dudas y no apoyaran a Oscar en los asuntos relacionados con el aserradero de los Caskey, Oscar siempre podía contar con el apoyo y la confianza de su esposa. «Oscar —decía siempre Elinor—, te conozco y sé que lo estás haciendo bien.»

Todos los Caskey asistieron a la ceremonia de graduación de Miriam en el instituto, después de enterarse por el *Perdido Standard* de que Miriam había sacado la mejor nota de su clase. Esta no había dicho nada, como si quisiera negar a su familia el placer de compartir el orgullo de ese logro. Miriam pronunció un discurso impecable, en el que comparó la vida con un juego de cajas chinas y que dejó a todo el mundo perplejo. Tras la presentación de los diplomas de graduación, Miriam permitió que todos la besaran, incluidos su madre, su padre y su hermana: la ocasión, comprendió, la obligaba a someterse a esas formalidades indignas. La tarde era tórrida, y los alumnos de último año —ataviados con túnicas blancas y birretes con borlas— y sus familias vagaban por el campo de fútbol americano sin rumbo, como si les hubiera dado un golpe de calor.

—¿Crees que irás a la universidad? —le preguntó Oscar a Miriam, como si estuviera hablando con una compañera de clase de su hija a la que no conociera. Miriam hizo una pausa antes de responder.

—Me lo estoy planteando —dijo, al fin.

—¿Y a qué universidad planeas ir? —preguntó Elinor, aprovechando la ocasión para hablar con su hija directamente y sin rodeos.

—No estoy segura —se apresuró a responder Miriam, mirando a su alrededor, tras lo que salió corriendo a abrazar a un compañero de clase al que detestaba.

Sister le hizo la misma pregunta más tarde, pero tampoco obtuvo una respuesta clara.

—No lo descubriremos hasta el día que se marche —le dijo James a Sister—. Si es que decide marcharse, claro.

—¿Por qué crees que Miriam es así? —preguntó Sister con un suspiro.

—Por MaryLove, claro —respondió James, sorprendido—. ¿No te has dado cuenta, Sister? Miriam es igual que tu madre.

Y desde luego que lo era, siempre urdiendo sus planes en secreto.

Llegó la sofocante canícula y aún nadie sabía qué sería de Miriam en otoño. No era un asunto menor para Sister, puesto que si Miriam se marchaba a la universidad, ella se quedaría sin motivos para quedarse en Perdido y tendría que ingeniarse otra excusa para no regresar con su marido. Y era casi inconcebible que Miriam no fuera a la universidad: una chica lo bastante lista como para sacar las mejores notas de la clase, con una buena posición social y el futuro económico asegurado, seguro que seguiría estudiando. Pero Sister estaba tan desmoralizada por la necesidad de inventarse un pretexto para no volver junto a Early Haskew que se convenció a sí misma de que Miriam no acabaría marchándose.

Así pues, todos esperaban con impaciencia el otoño para descubrir por fin qué haría Miriam, pero antes de que llegara ese momento se produjo un cambio sorprendente. Un día de finales de junio Miriam asistió a una fiesta en el casino de la isla de Santa Rosa, frente a la bahía de Pensacola, y desde ese día se obsesionó con la playa. Todos los días salía de casa a las cinco y media de la mañana en el descapotable que le había regalado MaryLove y regresaba a casa por la tarde, justo a tiempo para comer. Cada vez tenía la piel más morena.

—¿Crees que está viendo a algún chico? —le preguntó Queenie a James.

—Vete a saber —respondió James, y esa noche le hizo esa misma pregunta a Sister.

—¿Estás viendo a algún chico en la playa de Pensacola? —le preguntó Sister a Miriam al día siguiente a mediodía, cuando la joven entró en casa con una toalla encima del hombro.

Miriam pareció ofenderse con la pregunta.

—No, Sister: voy allí y me tiendo a tomar el sol.

—Solo me lo preguntaba —dijo Sister.

Una tarde, ataviada con un vestido blanco sin mangas que resaltaba su espectacular bronceado, Miriam cruzó el patio y llamó a la casa de su madre. Elinor abrió la puerta.

—Elinor, ¿Frances está por aquí? —preguntó Miriam con frialdad. Había llamado con la esperanza de que le abriera la misma Frances, o tal vez Zaddie. Le fastidiaba tener que dirigirle la palabra a su madre.

—Pues no. Ha ido al pueblo, pero no creo que tarde mucho. ¿Quieres pasar y esperarla dentro?

—Pues no, pero cuando vuelva, ¿serías tan amable de decirle que pase a verme un momento? Quiero hacerle una pregunta.

Y, dicho eso, dio media vuelta y se marchó antes de que Elinor pudiera añadir una sola palabra.

Frances recibió con asombro e incluso alarma la noticia de que su hermana quería verla, y salió corriendo a la casa de al lado para abordar el asunto cuanto antes, como un reo que pide que adelanten su ejecución en lugar de intentar postergarla. Miriam estaba leyendo una revista junto a la ventana de su habitación, en el piso de arriba.

—Miriam, mamá me ha dicho que querías hablar conmigo.

Frances se quedó en el umbral y Miriam no la invitó a entrar.

—Sí. Quería saber si te apetecería acompañarme a Pensacola mañana.

Al descubrir el motivo por el que su hermana la había mandado llamar, su asombro aumentó todavía más.

—¿Para... para qué? —balbuceó.

—Para tumbarnos en la playa.

Frances se la quedó mirando con estupor.

—Bueno —dijo Miriam con impaciencia—. ¿Quieres ir o no?

—Sí —se apresuró a responder Frances.

—¿Puedes estar lista a las cinco y media?

Frances asintió.

—Me marcho a esa hora. Si no estás en el porche, me iré sin ti. No pienso llamar a la puerta de Elinor a esas horas de la mañana, y tampoco quiero tener que gritar para avisarte. ¿Me estarás esperando en el porche cuando esté lista para salir?

Frances asintió de nuevo.

—Bien —dijo Miriam—. Ivey nos preparará algo para el camino, o sea que no te preocupes por la comida. Si quieres comprarte algo en el quiosco, será mejor que traigas algo de dinero.

—De acuerdo —replicó Frances y dudó un instante, a la espera de más instrucciones. Pero Miriam no le indicó nada más.

—Bueno —dijo finalmente, levantando la mirada—, y ahora ¿te importaría marcharte? Tengo cosas que hacer.

Frances regresó a casa, aturdida. Ni su padre ni su madre supieron interpretar el significado de esa invitación. Elinor llamó a James para ver si él o Queenie tenían alguna idea sobre lo que aquello podía presagiar. No supieron qué decirle. James llamó a Sister, pero ella tampoco lo sabía con seguridad, aunque se le ocurrió algo:

—Tal vez Miriam quiere que todo el mundo sepa que no va a Pensacola para quedar con ningún chico. Quizá por eso ha decidido llevarse a Frances.

Miriam conducía deprisa. Llevaba el coche sin la capota, y el viento rugía con tanta fuerza que las hermanas no pudieron hablar en todo el

camino. A esas horas de la mañana el sol aún estaba levantándose. Miriam y Frances llevaban los trajes de baño debajo del vestido. El trayecto duró poco más de una hora, y cuando llegaron la playa aún estaba vacía. El casino todavía no había abierto, pero había media decena de pescadores lanzando ya sus sedales desde el extremo del muelle. Miriam se alejó unos centenares de metros hasta una extensión de arena desierta, y tendió su toalla. Sin decir nada le señaló a Frances dónde tenía que colocar la suya.

—¿Has traído loción o algo? —preguntó Miriam de improviso.

—No —respondió Frances—. ¿Debería haberla traído?

—Por supuesto. Aunque te quemarás de todos modos, porque no estás acostumbrada al sol. Pero sin loción te dolerá un montón cuando lleguemos a casa. Toma, usa la mía.

Frances soportó estoicamente que su hermana la rociara con aquella loción tan fría. Miriam le frotó la piel con brusquedad, y cuando hubo terminado con Frances se la aplicó ella también.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Frances con timidez.

—Nada. Simplemente vas cambiando de lado de vez en cuando. Y no abras la boca.

Cuando Miriam se tendía de espaldas al sol, se dedicaba a leer. Cuando se tendía boca arriba, cerraba los ojos y dormitaba, o al menos eso parecía.

Frances no se había aburrido tanto en la vida, ni siquiera cuando la artritis la había confinado en cama. No se había llevado nada para leer. El murmullo sordo del golfo de México se apoderó de su mente. Las pulgas de mar le picaban en las piernas. La cegadora arena blanca y el cielo despejado eliminaban cualquier rastro de color en el paisaje, hasta que todo adquiría un tono pálido, brillante y abrumador, como el flash continuo de la cámara de un reportero. Sentía que la piel le empezaba a arder, pero no se atrevió a dirigirle la palabra a su hermana, puesto que esta le había prohibido terminantemente la conversación.

Frances se sentó en la toalla y dirigió una mirada anhelante hacia el agua. Al final, cuando ya sentía que tenía la piel frita y que la sangre le bullía en las venas, se volvió hacia Miriam.

—¿Puedo meterme? —preguntó.

—¿Dónde te quieres meter? —dijo Miriam de malos modos.

—En el agua.

—Sí. Aunque no entiendo para qué. Yo odio nadar. Ten cuidado con las medusas. Y con la resaca. Alguien vio un tiburón por aquí el miércoles.

—Iré con cuidado —dijo Frances, levantándose de la toalla.

Echó a correr hacia el mar y se zambulló en una ola justo cuando esta rompía en la orilla. El agua estaba deliciosamente fría, y le encantó el vaivén de las olas. Le gustaba incluso el sabor de la sal. Frances nunca había estado en el golfo. Cuando pensaba en agua y en masas acuáticas, solo le venía a la mente el río embarrado. La voz del Perdido era leve y sigilosa, formada por cientos de sonidos mínimos, incesantes e imposibles de identificar. El golfo, en cambio, solo tenía una voz: regular, potente, insistente. Las aguas del Perdido eran oscuras y turbias, como si tratara de ocultar algo en sus profundidades; en el golfo, en cambio, el agua era azul, blanca y transparente, hasta el punto de que Frances podía verse los pies en ella. El lecho del Perdido era un manto insondable de lodo negro que sepultaba las cosas muertas; bajo el bamboleo de las olas solo había arena blanca y millones de fragmentos de conchas de colores. Solo de vez en cuando podía divisarse algún besugo o algún bagre taciturnos nadando por el Perdido; aquí había almejas boquiabiertas en la arena, algas limpias y brillantes, y gigantescos bancos de piscardos que a veces sobrevolaban la cresta de las olas.

Frances se adentró aún más, hasta donde los peces que se veían eran todavía más grandes. Cuando detectaban su intromisión se alejaban con perezosa lentitud. Notó la resaca que le había comentado Miriam, pero no le pareció nada peligrosa y dejó que se la llevara un poco más allá. De pronto se dio cuenta de que el muelle no era más que una línea oscura que sobresalía del agua, y que ya no acertaba a ver a su hermana. Pensó que tal vez se había alejado demasiado, pero ni siquiera eso la inquietó. Mientras regresaba a la orilla, nadando con calma, cayó en la cuenta de que en ningún momento había dudado de su capacidad para salir del agua.

—Creía que te habías ahogado —dijo Miriam con calma, levantando la mirada de su libro cuando Frances se plantó de nuevo junto a su toalla en la playa, totalmente empapada—. En cuanto he querido ver dónde estabas, ya habías desaparecido. Debes de haberte alejado demasiado.

—No, no...

—Vámonos a casa.

Frances se quedó mirando a su hermana, desconcertada.

—No puede ser que tengamos que volver ya. ¡Pero si acabamos de llegar!

Miriam levantó la mirada de nuevo, cubriéndose los ojos con la mano.

—¿Cuánto rato crees que has estado en el agua?

—¿Veinte minutos? ¿Media hora?

Miriam señaló el cielo.

—Mira dónde está el sol —se limitó a replicar—. Lo tenemos justo encima. Ya es casi mediodía. ¡Has estado más de tres horas en el agua!

Frances alzó la mirada hacia el cielo y luego se volvió para contemplar de nuevo las aguas azules y cálidas del golfo de México.

Miriam tampoco dijo nada durante el trayecto de vuelta, pero a Frances no le importó. Con una sola mano en el volante, Miriam mantenía la mirada fija en la calzada, con aire pensativo a través de las gafas ahumadas. Frances echó la cabeza hacia atrás, relajada pero no agotada. Cuando ya llegaban a Perdido, Frances intentó pensar algún modo de agradecerle a su hermana esa invitación tan sorprendente, una invitación que, de improviso, le había proporcionado una experiencia misteriosamente relevante. Pero cuando por fin aparcaron frente a la casa de Miriam, Frances aún no se había armado del valor necesario para hablar.

—Gracias —dijo Frances con timidez mientras salían del coche, maldiciéndose por lo insignificante que sonaba esa palabra.

—Será mejor que vayas a comprarte loción esta misma tarde —dijo Miriam—. No quiero que estés siempre usando la mía.

Frances se detuvo en seco y pensó en lo que le acababa de decir su hermana.

—¿Eso quiere decir que mañana volveremos a ir? —preguntó con cautela.

—Yo voy todos los días —respondió Miriam sin llegar a responder del todo la pregunta.

—¿Y me estás invitando a acompañarte de nuevo?

Miriam no estaba dispuesta a admitir algo semejante.

—Yo salgo cada mañana a las cinco y media, y hay sitio en el coche. Pero nunca espero a nadie.

Frances sonrió y volvió corriendo a casa. Les contó cómo había ido la mañana a sus padres, que la escucharon con verdadero asombro.

—¿Y volverás a ir? —preguntó su padre.

—¡Por supuesto! —exclamó Frances—. ¡Me lo he pasado genial!

—¡Pero si te has quemado, cariño! —dijo Elinor—. Cuando vayas quiero que pases todo el rato en el agua. ¡Así el sol no te dará tanto en la piel!

—¡Ay, mamá! ¡Me encanta esa agua! ¡Qué ganas tengo de que llegue mañana!

Elinor Caskey pareció particularmente satisfecha con esa declaración, y durante las semanas posteriores no se le oyó ni una sola

palabra en contra de Miriam, porque gracias a ella Frances podía nadar en el golfo cada día.

Aquel primer viaje dictó el patrón para el resto del verano.Todas las mañanas entre semana, si hacía sol, Miriam y Frances cogían el coche y se iban a la playa de Pensacola. Miriam apenas le dirigía la palabra a su hermana, excepto para decirle «¿Estás lista?» o «¿Has traído dinero para el peaje del puente?». Miriam se tendía en su toalla a leer o a dormitar, y la piel se le volvía cada vez más y más morena. Frances nadaba en el golfo, unas veces entre las olas, otras en las aguas calmas que quedaban bajo la superficie y otras dejándose llevar por la resaca. En una ocasión se alejó tanto que una manada de marsopas pasó nadando junto a ella. Extendió los brazos, se abrazó a una de las más pequeñas y dejó que la arrastrara varios kilómetros, mucho más rápido de lo que hubiera nadado jamás. Otra vez se sumergió a gran profundidad para evitar que la vieran unos pescadores de gambas que pasaban en barca, y a punto estuvo de quedar atrapada en las redes de arrastre. Cuando la embarcación hubo pasado, Frances se preguntó por qué había reaccionado de ese modo instintivo para evitar que la vieran. Entonces se dio cuenta de que el hecho de que estuviera tan lejos de la playa podía levantar sospechas; los pescadores no habrían comprendido que una chica de dieciséis años pudiera estar flotando a ocho kilómetros de la costa sin correr peligro.

Había algo en las horas que Frances pasaba en el golfo que le recordaba la época que había pasado enferma, e incluso tiempos más vagos y alejados en el tiempo. En cuanto se sumergía en las primeras olas de la mañana, era como si perdiera la conciencia; o más bien como si dejara de ser Frances Caskey y se convirtiera en otra persona, o en otra cosa. Llegaban a la playa antes de las siete, y Frances podía estar nadando hasta las once sin hacer pie ni una sola vez y sin preocuparse por la resaca, los tiburones, las medusas, los calambres o la desorientación. Cuando llegaba el momento de salir del agua, no se decía a sí misma: «Miriam se estará preparando para marcharse», sino que se descubría caminando entre las olas de vuelta a la playa. La sensación le recordaba los baños que su madre solía darle cuando estaba enferma, hacía ya tres años. Frances no recordaba nada más de esos baños que el momento en el que su madre la cogía en brazos y la sacaba del agua, el movimiento con el que recuperaba la identidad que había perdido temporalmente mientras estaba sumergida. Y ahora, cuando salía entre la espuma de las olas y notaba la arena y los fragmentos de conchas bajo los pies, Frances recuperaba su antigua

identidad y se olvidaba de todo lo que había sentido y experimentado tan lejos de la orilla.

Miriam siempre le hacía algún comentario del tipo: «Te he buscado con la mirada un par de veces, pero no había manera de verte. Ya verás como le cuente a Oscar lo mucho que te alejas... Un día te ahogarás y todos me echarán la culpa a mí».

Mientras regresaban a Perdido, siempre sin mediar palabra, Frances intentaba recordar exactamente cómo había pasado esas horas en el agua, rememorar hasta dónde se había alejado, lo hondo que se había sumergido y los peces que había divisado. Pero el sol impactaba con fuerza en sus párpados y no era capaz de recuperar nada más que la vaga impresión de haberse hundido tanto que la luz del sol no producía más que un tenue resplandor turquesa. O evocar el recuerdo brumoso de haber estado sentada con las piernas cruzadas sobre el ondeante fondo marino, a seis kilómetros de la costa, o de haber perseguido y devorado truchas marinas y cangrejos que se le habían acercado de un modo tentador. Aunque todo eso eran sueños, sin duda, porque ¿cómo podían ser verdad? Aunque Frances hubiera pasado cuatro horas en el agua y no hubiera desayunado siquiera, cuando volvía a la playa y se acercaba de nuevo a la toalla en la que Miriam tomaba el sol nunca tenía hambre. En casa, su padre la obligaba a comer al menos algo ligero, pero su madre siempre la disculpaba.

—Si Frances dice que no tiene hambre, dejémosla en paz, Oscar. Imagino que cuando quiera comer algo ya sabrá dónde encontrarlo.

Creosota

Un amanecer rosado y despejado del mes de septiembre de 1938, Frances Caskey estaba sentada en el porche de su casa con la toalla sobre el hombro y el bañador bajo el vestido, esperando a que Miriam saliera de la puerta de al lado. Nadie de toda la familia había sido capaz de determinar por qué Miriam se llevaba a Frances a la playa todos los días. Podía ser que intentara acallar las sospechas de que se encontraba con un chico en Pensacola, o tal vez disfrutaba en secreto de la compañía de su hermana, pero fuera cual fuera el motivo, Frances se alegraba de acompañarla. Esa mañana, no obstante, Frances salió a esperarla a la hora de siempre, pero Miriam no se presentó. Aunque habían pasado los dos últimos meses yendo juntas a la playa casi todos los días, habían hablado poco y Frances todavía no sentía la confianza necesaria para llamar a la puerta de la casa de Miriam.

A Elinor le sorprendió encontrar a su hija sentada en el porche cuando bajó a desayunar, una hora más tarde.

—¿Qué le ha pasado a Miriam? —preguntó Elinor.

—No lo sé. ¿Crees que estará enferma?

—Le diré a Zaddie que pase por su casa y hable con Ivey —decidió Elinor—. Ella lo sabrá.

Zaddie regresó pocos minutos después con una noticia alarmante.

—¡La señorita Miriam está haciendo las maletas! ¡La señorita Miriam se marcha para siempre!

Justo en el instante en el que se revelaba esa información, se oyó un portazo, y Frances, Elinor y Ivey se volvieron justo a tiempo para ver cómo Miriam salía por la puerta de su casa cargada con dos maletas en dirección a su descapotable. Frances se quedó mirando a su hermana, desconcertada.

—Supongo que no iremos a Pensacola esta mañana —constató en voz alta.

—Pues no —replicó Miriam—. ¿Tú me ves vestida para ir a la playa? —preguntó. Llevaba un vestido blanco, abotonado por delante, y unos zapatos de tacón bajo de color rojo—. ¿Suelo llevarme maletas a Santa Rosa?

—No —respondió Frances—. ¿Adónde vas?

Miriam, que ya le había dado la espalda para volver a meterse en

la casa, contestó por encima del hombro: —¡A la universidad!

Nadie lo había visto venir. Ni siquiera Sister había intuido los planes de Miriam. Se quedó de pie en el porche, con una taza de café en la mano, observando cómo Miriam —con la ayuda de Bray— iba llevando bolsas y cajas de la casa al coche. Al ver que sucedía algo, James Caskey salió al porche de su casa. Sister lo puso al corriente a gritos.

—¡Miriam se marcha a la universidad ahora mismo!

—¡No! —exclamó James Caskey—. ¿Adónde va?

Justo en ese momento Miriam salía cargada con tres sombrereras.

—No lo sé. Todavía no nos lo ha contado —respondió Sister con malicia.

Los Caskey vieron cómo el descapotable de Miriam se iba llenando de cajas y maletas. Frances había subido a su habitación para quitarse el traje de baño y ya había vuelto a bajar al porche. Danjo llamó por teléfono a Queenie, que llegó a toda prisa. Cuando por fin ya no cabía nada más en el coche, Miriam se dio media vuelta en la acera y se quedó mirando a sus familiares.

—Si tanto os interesa saberlo, os diré que esta mañana empiezo a estudiar en el Sagrado Corazón de Mobile.

—¡Pero si es una universidad católica! —exclamó Queenie con asombro.

—Me convertiré —le espetó Miriam mientras subía al coche.

Dicho esto, arrancó, metió la marcha y se alejó sin mediar ni una palabra más. Mientras doblaba la esquina, agitó la mano a modo de saludo general dirigido a todos los Caskey, que, boquiabiertos, la siguieron con la mirada.

Se quedaron estupefactos, sobre todo Sister. Se habían acostumbrado tanto a las idas y venidas de Miriam a la playa y a ese bronceado cada vez más intenso, que se les había olvidado por completo el asunto de si iría o no a la universidad. Ahora, sin embargo, todos convinieron que había sido muy propio de Miriam hacer las cosas como las había hecho.

—Esa chica preferiría cortarse la yugular que darte la hora —dijo Elinor.

—Toma, las llaves del coche —le dijo Oscar a su hija menor—. Para que puedas ir a la playa sola cuando tú quieras.

Pero Frances negó con la cabeza.

—No sería lo mismo.

El polvo que había levantado el coche de Miriam todavía flotaba en la calle, y Frances ya la echaba de menos. Las semanas que habían

pasado yendo y viniendo juntas de Pensacola habían convencido a Frances de que aquel talante taciturno, impaciente y parco en palabras solo era una parte del carácter de Miriam.

Después del desayuno, Oscar fue a visitar a Sister. Se sentaron en el balancín que tenía en el porche lateral.

—Supongo que esto ha sido una sorpresa para ti tanto como para el resto de nosotros —dijo Oscar.

—Pues sí —respondió Sister con desolación—. Siempre me preguntaba por qué Miriam nunca me dejaba recoger sus cartas de la oficina de correos e insistía en ir ella. Debía de ser porque no quería que viera las que le mandaban del Sagrado Corazón.

—Creo que no conozco a nadie que haya estudiado allí —dijo Oscar—. ¿Por qué crees que habrá elegido esa universidad?

Sister se encogió de hombros.

—Oscar, hace tiempo que dejé de intentar comprender lo que Miriam dice o hace. La quiero, pero no la entiendo.

—Desde luego, es igual que mamá —dijo Oscar, meneando la cabeza.

—Sí, pero ella es joven —puntualizó Sister—, y eso es todavía peor.

—¿Qué piensas hacer?

Sister le lanzó una breve mirada a su hermano.

—¿A qué te refieres?

—Ahora que Miriam se ha marchado, digo. Ahora que ya no tienes que quedarte aquí para cuidar de ella, aunque tampoco es que Miriam necesitara muchos cuidados. ¿Regresarás con Early? ¿Dónde está tu marido ahora mismo?

—En Ohio —respondió Sister, sin entrar en detalles—. O en Kentucky. En alguna parte, vete a saber.

—¿Volverás a Nashville?

—Ay, creo que voy a quedarme una temporada más por aquí. Estoy segura de que Miriam se habrá olvidado de algo y querrá que se lo mande. Lo mejor será esperar a ver de qué se trata.

—Eso podría hacerlo Elinor, si quieres volver con Early.

Sister no respondió.

—¿Y bien? —insistió Oscar al cabo de un momento.

—Oscar —dijo Sister, levantándose con impaciencia—, olvídate del tema, ¿me oyes? ¡Déjame hacer lo que quiera!

—Vale, vale —dijo Oscar, confundido y avergonzado ante la vehemencia de su hermana—. Solo pensaba que...

—Pues te equivocabas —lo interrumpió Sister, bajando el tono de voz—. Esta casa es de Miriam, y me ha dicho que puedo quedarme

tanto tiempo como quiera. ¡Te agradecería que no te presentaras aquí de buena mañana para desahuciarme!

—Siéntate, Sister. No era mi intención ofenderte.

Sister volvió a sentarse, se cruzó de piernas y apoyó un codo en la rodilla y la mejilla en la mano. Cumplía con todos los rasgos del estereotipo de solterona sureña aristocrática: alta, esbelta, con la piel arrugada de forma prematura y espolvoreada con esencia de rosas. Cuando no fruncía el ceño, sus delicadas facciones parecían marchitarse. Aunque su expresión no era ni tan dura ni tan decidida, se parecía mucho a su difunta madre. MaryLove habría estado orgullosa de ella. Su falta de fortaleza era el resultado de todos los años que había vivido sometida a las burlas y los menosprecios de MaryLove.

—Sister —dijo Oscar en tono conciliador—, oye, es que no sabía que tenías problemas con Early...

Sister suspiró.

—No son problemas, Oscar. Es solo que no me apetece mucho volver con él ahora mismo.

Oscar no replicó nada a eso, y Sister siguió hablando, aunque no sin cierto titubeo.

—Early anda siempre viajando, siempre de un lado a otro. Se construyen diques en tantos sitios que parece que el mundo entero corriera el riesgo de inundarse. O tal vez hay alguien en el Cuerpo Civil de Conservación que siente predilección por Early y por eso siempre le da trabajo. En cualquier caso, no quiero acompañarlo a todos esos sitios.

—¿Y qué me dices de tu casa en Nashville?

—¡Allí estaría más sola que la una! Y no es mi casa, mi casa es esta. Si tengo que estar sola, al menos que sea aquí, en Perdido. Tú y Elinor detestáis tenerme como vecina, es eso, ¿verdad?

—No es eso y lo sabes. Solo queremos que seas feliz.

—Pues soy feliz aquí, y la verdad es que agradecería que hablaras con los demás, Oscar. Diles que no quiero dejar la casa vacía. Diles que no sé qué sería de Ivey si me marcho. Diles que quiero mantener la casa para que Miriam pueda venir a pasar las vacaciones aquí. Diles lo que te parezca, pero que no vengan a verme como has hecho tú y me digan: «Sister, seguro que Early se alegraría de verte...».

Oscar le prometió a su hermana que la libraría de esa carga.

Dos días más tarde llegó una tarjeta con la dirección de Miriam, y nada más. Tanto Sister como Frances le escribieron de inmediato para decirle lo mucho que la echaban de menos. Durante las dos semanas

siguientes mantuvieron las esperanzas, pero no llegó ninguna respuesta cargada de ternura contenida, por lo que no volvieron a escribirle.

Sister experimentó por primera vez en la vida cómo era eso de vivir sola. En realidad, los únicos momentos difíciles eran al atardecer, cuando Ivey ya se había marchado a Baptist Bottom con Bray. Sister cenaba sola y luego se sentaba en el porche a coser o a leer revistas. Durante esos momentos de soledad, no echaba tanto de menos a Miriam como a su madre. Sister tenía cuarenta y seis años, pero se sentía mucho mayor. Estaba casada, pero se veía como una vieja solterona.

—Oye —le dijo una mañana a Ivey—, ¿tu padre todavía cría perros de caza?

—Sí, señora.

—En ese caso, creo que iré a buscarle uno.

Eso fue lo que hizo, y gracias a la experiencia que tenía con los pitbulls de Early, fue capaz de destetar al cachorro ella misma. Adoraba a ese perro, al que llamó Grip. Grip la ayudó a sobrellevar la soledad, aunque Ivey no paraba de hacer funestas predicciones respecto a los perros de caza que no se crían para su cometido original.

Queenie dejó el trabajo en el aserradero de los Caskey cuando James renunció a su despacho, pero seguía cobrando su sueldo íntegro, que ahora salía del bolsillo de su cuñado. A cambio de ese apoyo (y a pesar de que nunca formalizaron el trato), Queenie se convirtió más que nunca en una compañía constante e infatigable para James. Se sentaban en el porche por la mañana y pasaban la tarde conduciendo por el pueblo. A veces bajaban hasta Pensacola o Mobile, para comer o para ir de compras juntos; a James le gustaba comprar ropa tanto como a Queenie. Algunos días los dedicaban al guardarropa de él, otros al de ella. Queenie y James eran amigos íntimos, lo que permitía a Queenie sincerarse con él sin reservas.

—James, cuando llegué a este pueblo... ¿Cuándo sería? En 1922, supongo. Me propuse librarme de Carl y casarme contigo, porque eras un viudo rico —decía, y soltaba una de esas carcajadas estridentes a las que James había terminado por coger cariño. James también se reía.

—Pues te equivocaste de objetivo, Queenie. Entonces yo ya era un viejo, y además el matrimonio nunca ha sido para mí. Mi papá siempre decía que yo llevaba grabado «el sello de la feminidad» y que nunca le serviría de nada a nadie, fuera hombre, mujer o niño.

—¡Pues se equivocaba! Es terrible que tu padre te dijera eso.

James Caskey se encogió de hombros.

—Carl está muerto —constató—. ¿Quieres que me case contigo?

—Eres demasiado viejo, James Caskey.

—Tengo sesenta y ocho años.

—Son demasiados —replicó Queenie—. Yo tengo cuarenta y ocho, solo dos más que Sister. Creo que debería buscarme a un jovencito...

Pasaban los días y las tardes juntos en ese ambiente de alegre camaradería. Y si uno de los dos tenía dificultades o problemas, nunca dudaba en confesárselos al otro. Y en ese momento el principal problema de Queenie era su hijo Malcolm.

A Malcolm no le gustaba su trabajo en el aserradero, que consideraba monótono, ruidoso y mal pagado. Sin embargo, se le había metido en la cabeza que no estaba cualificado para hacer nada más. Como no tenía dinero para mudarse a otro sitio, vivía en casa de su madre y era grosero con ella y con su hermana. Se había juntado con malas compañías en el pueblo. Su principal compinche era un tal Travis Gann, que trabajaba pintando postes telefónicos con creosota en el aserradero. Debido al penetrante olor de esa sustancia, Travis no podía acercarse a nadie con sigilo. Su casa entera estaba impregnada de ese olor, e incluso su perro olía a alquitrán. Travis, sin una madre que lo mantuviera a raya, tenía los mismos hábitos y tendencias que Malcolm, solo que acumulaba unos cuantos años más de experiencia. En cierto modo, era como si Malcolm fuera el aprendiz de Travis Gann.

Queenie sabía lo de Travis Gann. Sabía que su hijo acompañaba a Travis a las carreras de Cantonment los sábados, donde perdía el dinero que no se había gastado en licor la noche anterior. Sabía que cuando Malcolm salía de casa después de la cena era para reunirse con Travis. La ropa de Malcolm empezó a oler también a creosota.

Un sábado por la tarde, Queenie y James volvían en coche de Pensacola cuando pasaron frente a un rótulo que indicaba el camino hacia Cantonment.

—Seguro que si vamos al canódromo nos encontraremos a Malcolm y a Travis Gann apostando el dinero que no tienen. James, me gustaría que hablaras con Oscar y le pidieras que despida a ese Travis. Eso me haría muy feliz.

—No se puede despedir a un hombre solo porque se junta con tu hijo, Queenie —protestó James—. Si Travis Gann no estuviera, se juntaría con otra persona, y lo sabes. Supongo que Malcolm ha salido a Carl, eso es todo.

Queenie negó con la cabeza y soltó un suspiro.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó en voz baja.

Pero Queenie se equivocaba. Su hijo y Travis Gann no estaban en Cantonment. En realidad habían tomado prestado el coche de Queenie y habían cruzado la carretera forestal que llevaba hasta Bay Minette y Mobile. A diez kilómetros de Perdido se detuvieron frente a un almacén destartalado y polvoriento que tenía un rótulo con una lata de Coca-Cola sobre la puerta y una sola palabra: «Crawford's». Los dos jóvenes salieron del coche cargados con unas escopetas que habían pertenecido a Carl Strickland.

Entraron en la tienda, que resultó estar tan destartalada y polvorienta por dentro como por fuera. Dos largos pasillos de estanterías mugrientas llevaban hasta un mostrador con varios tarros de cristal llenos de galletas y una caja registradora. Detrás del mostrador había una cortina de paño de color verde que sin duda daba acceso a la casa de la trastienda. Atendía el mostrador una mujer ajada de mediana edad.

—Chicos, no entréis aquí con esas armas —les dijo con timidez—, me dan miedo. Mi padre disparó a mi madre por error cuando yo era pequeña.

—Danos todo el dinero que tengas y nos las llevaremos enseguida —replicó Travis Gann.

—¿Me vas a disparar? —preguntó la mujer.

Travis Gann levantó el arma, la encañonó y esbozó una sonrisa.

—No, señora —dijo, sin bajar el arma.

La mujer empezó a temblar y, con gesto vacilante, pulsó una tecla de la caja registradora para abrir el cajón y metió todo el dinero que había dentro en una de las bolsas que utilizaba para las galletas de los tarros. Mientras tanto, Malcolm se quedó cerca de la puerta, vigilando con aprensión por si venía alguien. Travis Gann se acercó a la mujer y cogió el dinero.

—¿Vas... vas a disparar? —repitió la mujer con un hilo de voz.

—¿Tienes dinero ahí detrás? —preguntó Travis, señalando hacia la trastienda.

La mujer negó con la cabeza.

—Ahí detrás solo está Dial, mi marido. Y no está bien —susurró, dándose unos golpecitos en la sien—. Será mejor que no entréis.

—Ahí detrás tienes dinero —insistió Travis Gann, apoyando la escopeta en el recodo del brazo, de tal modo que apuntaba a la barriga de la mujer.

—¡Vámonos! —gritó Malcolm—. Viene alguien por la carretera.

—Hasta la vista —dijo Travis Gann con una sonrisa y un guiño. Él y Malcolm corrieron hacia el coche intentando torpemente ocultar las escopetas para que no las vieran desde el coche que se acercaba. Cuando Malcolm arrancó el motor, el coche que habían visto pasó por su lado sin detenerse.

—Volvamos a entrar —dijo Travis Gann—. Tiene dinero en la trastienda.

—No —repuso Malcolm, incorporándose a la carretera con presteza—. ¡Dios,Travis, estaba muerto de miedo! ¡Por un momento estaba seguro de que le ibas a volar la cabeza a esa vieja!

—Ojalá —murmuró Travis—. Eso aún no lo he hecho nunca...

Dollie Faye Crawford entró corriendo en la trastienda y cogió el arma de su marido sin saber si estaba cargada. Salió por la puerta de la tienda y miró a través de la mosquitera. Solo alcanzó a divisar el coche cuando ya se estaba alejando. La polvareda que había levantado no le permitió leer los números de la matrícula, pero por los colores vio que era una matrícula de Alabama. Entonces corrió hasta el teléfono y llamó a la policía de Perdido.

—Soy Dollie Faye Crawford, de la carretera de Bay Minette. Dos tipos me acaban de robar. Iban en un Ford azul marino, diría que del 34, con matrícula de Alabama. Se han marchado en dirección a Perdido. Uno de ellos olía a creosota.

—¿Cuánto se han llevado? —preguntó el sheriffCharles Key.

—Todo lo que tenía —respondió la señora Crawford.

—Señora Crawford, voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Haga el favor de llamar también a la comisaría de Bay Minette, ¿de acuerdo?

—El tipo que olía a creosota ha dicho que iba a dispararme, pero al final no lo ha hecho —añadió la señora Crawford justo antes de colgar.

Solo había dos Fords del 34 de color azul marino en Perdido. Uno pertenecía a la esposa del director del instituto; el otro, a Queenie Strickland. Charley Key se acercó a la casa del director del instituto, que estaba regando el césped.

—¿Ha estado robando tiendas esta tarde? —le gritó a través de la ventanilla del coche.

—¡No! —gritó el director—. ¡No tengo tiempo para tonterías!

El automóvil de Queenie Strickland no estaba aparcado frente a su casa. Una vez dentro, Lucille le contó al sheriffque Malcolm y Travis Gann se habían llevado el coche hacía más o menos una hora, pero que no habían dicho adónde iban.

—El sinvergüenza de Travis... —dijo el sheriffKey—. Trabaja en el

aserradero, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Lucille—. Siempre apesta a creosota, por eso no dejo que se me acerque. ¿Quiere hablar con alguno de los dos, sheriff?

—Quiero hablar con los dos.

—¿Quiere dejarles algún mensaje?

—Lo que quiero es sentarme en el porche y esperar a que vuelvan a casa, eso es lo que quiero. ¿Cómo te llamas?

—Lucille.

—Lucille —repitió el sheriff—, ¿no tendrás un poco de té helado? Me muero de calor.

3

Dollie Faye

Charley Key arrestó a Malcolm Strickland y Travis Gann esa misma tarde, acusados de robo a mano armada. Queenie y James se presentaron en el cuartelillo de Perdido diez minutos después de que encerraran a los dos jóvenes en una de las cinco celdas.

Malcolm estaba sentado, con aire hosco, en un banco del fondo, protegiéndose los ojos del resplandor de la bombilla eléctrica que colgaba desnuda del techo.

—No lo digas, mamá.

—¿Que no diga qué? —preguntó Queenie—. ¿Que no sirves para nada? ¿Que esta vez te has pasado de la raya? Bueno, pues lo diré. No sirves para nada, Malcolm Strickland, y esta vez te has pasado de la raya. Y tú, Travis Gann —añadió, volviéndose hacia el tipo que sonreía con suficiencia desde otro rincón de la celda—, has sido tú quien ha metido a mi hijo en todo esto.

—Por Dios, señora Strickland —dijo Travis, arrastrando las palabras. El olor a creosota llenaba toda la celda—. No podría haber convencido a Malcolm para que hiciera nada que no quisiera.

—Mamá, tío James, ¿me sacaréis de aquí o solo habéis venido para soltarme el sermón?

Queenie no respondió.

—Te sacaremos de aquí —dijo James en voz baja.

—Bien —replicó Malcolm. Los dos jóvenes se pusieron en pie al mismo tiempo.

—A usted no, señor Gann —dijo James Caskey.

—Oiga, es que... —protestó Travis—. Es que no tengo parientes que puedan pagarme la fianza.

—Entonces tendrás que quedarte aquí y pudrirte —dijo Queenie —. Malcolm, ¿vas a prometerme algo antes de que te saque de aquí?

—¿Qué quieres que te prometa, mamá? —preguntó Malcolm con recelo.

—Que no volverás a tener nada que ver con este tipo en toda tu vida.

Travis Gann sonrió de nuevo.

—Claro, mamá. ¿Sabes cuánto nos hemos llevado? —preguntó Malcolm con gesto arrepentido y le lanzó una mirada a Travis—. Veintitrés dólares.

James negó con la cabeza.

—Me va a costar más de cien sacarte de aquí.

Charley Key apareció con las llaves de la celda en la mano.

—Mamá —dijo Malcolm en voz baja, alargando las manos hacia su madre a través de los barrotes—. ¿Iré a la cárcel?

—Donde te mereces estar —replicó ella con sequedad—, por hacernos pasar esta vergüenza a James y a mí.

—Buenas noches, James —dijo el sheriff—. Buenas noches, señora Strickland. Menuda vergüenza de hijo tiene usted.

—Es justo lo que le estaba diciendo, sheriff—dijo Queenie—. Aunque su amigo todavía es peor.

—Tu madre tiene la lengua muy larga —comentó Travis Gann mientras Malcolm salía de la celda—. Señora Strickland, tenga cuidado con esa lengua, no vaya a ser que algún día alguien se la arranque de cuajo y la estrangule con ella. ¿Quién te sacaría de la celda entonces, Malcolm?

—Ten cuidado, Travis —murmuró el sheriff—. Yo en tu lugar no iría amenazando a la gente. Alguien podría tomárselo en serio y levantarte la barbilla con el cañón de un rifle. Levantártela por encima de la cocorota.

Queenie tiró de Malcolm hacia el pasillo, fuera de la vista de Travis Gann, aunque no del alcance de sus carcajadas.

—Vámonos —le dijo a James.

Este estaba frente a otra celda, charlando con dos antiguos empleados del aserradero a los que había contratado treinta años atrás. Estaban en el cuartelillo por una trifulca.

—Caballeros —dijo—, son demasiado viejos para pelearse por una mujer. Y demasiado pobres para pelearse por dinero. ¿Qué ha ocurrido?

—Son tiempos difíciles, nada más —respondió uno de ellos.

—No teníamos nada mejor que hacer —añadió el otro.

Una vez fuera, James pagó también la fianza de esos dos hombres.

En la carretera de Bay Minette, en la vivienda que había en la trastienda del establecimiento de los Crawford, Dollie Faye Crawford ya se había acostado. Estaba rodeada de vecinos y parientes que se habían congregado para acompañarla en esos momentos tan angustiantes. Todos estaban convencidos de que había estado a punto de sufrir un ataque de apoplejía y después de aquel aterrador incidente tenía la presión sanguínea por las nubes. Dial, su marido, se mecía apaciblemente en un rincón de la estancia, lejos de todos.

La tienda estaba cerrada, pero amigos y parientes cargados con

comida y palabras de consuelo sacadas de Biblias marcadas con retazos de papel llamaban a la puerta lateral, que daba directamente a la vivienda. Los hacía entrar una niña menuda que había recibido un puñado de galletas de los tarros del mostrador como pago por ese trabajo. Más o menos a las once de la mañana del domingo, el día siguiente al del robo, todos se habían marchado a la iglesia y Dollie Faye y Dial se quedaron solos de nuevo. Alguien llamó a la puerta con timidez y la niña fue a abrir.

—¿Quién es? —preguntó Dollie Faye con la voz débil—. ¿Quién no ha ido a la iglesia esta mañana?

Entraron dos personas muy distintas a las que Dollie y Dial Crawford estaban acostumbrados: gente del pueblo, con dinero, vestida con ropa nueva, comprada en una tienda, y que no estaba ni gastada ni polvorienta.

—Señores, ¿qué puedo hacer por ustedes? —dijo Dollie Faye, intentando levantarse de la cama.

—¡Por favor, no se levante, señora Crawford! —exclamó Queenie.

—Señora Crawford —dijo James—, seguramente no nos conozca de nada, pero Queenie y yo hemos venido a disculparnos y a reparar el daño cometido.

—¿Qué daño? —dijo Dollie Faye, intentando salir de la cama. Queenie se acercó a ella e impidió que se levantara.

—Fue mi hijo —confesó Queenie en voz baja y con la cabeza gacha—, quien la apuntó ayer en la cabeza.

Dollie Faye cayó de nuevo sobre el colchón debido a la sorpresa.

—¡Su hijo!

—Sí, señora —confirmó James.

—No tiene arreglo —dijo Queenie—. Debería matarlo por haberle dado un susto semejante.

—¿Su hijo huele a creosota?

—No, señora —dijo James—. Ese era el otro joven, Travis Gann. Es una mala pieza.

Dollie Faye, que pareció haberse recuperado un poco del susto, se volvió hacia Queenie antes de hablar.

—Su hijo no fue el que amenazó con matarme. Fue el otro, el que olía a creosota. Su hijo no quería estar allí, se le notaba en la cara. Estaba casi tan asustado como yo.

—Me gustaría darle un escarmiento —dijo Queenie con vehemencia. Cogió una silla, se sentó junto a la cama y se inclinó hacia delante como si estuviera a punto de hacerle una confidencia—. Le contaré una cosa, señora Crawford —dijo en voz baja—. Mi hijo Malcolm ha salido a su padre, que estuvo en la sombra en más de una

ocasión, por mucho que me avergüence tener que admitirlo. Lo mejor que puedo contarle sobre el padre de Malcolm es que lleva cinco años bajo tierra.

—Señora Crawford —intervino James después de echar un vistazo a Dial y decidir que no iba a participar activamente en la conversación—, le hemos traído algo de dinero para compensarla por lo que se llevaron esos chicos.

—¡Ay, estaba tan ocupada disculpándome que casi se me olvida! —exclamó Queenie, y acto seguido abrió el bolso y le ofreció diez billetes de veinte dólares a Dollie Faye.

—¡Eso es mucho dinero! —protestó Dollie Faye—. Pero si no tenía más que veinte dólares en la caja, ayer. Me pregunto qué harían con tan poco dinero, por cierto...

—Gastárselo en las carreras —respondió Queenie, negando con la cabeza con vehemencia—. ¡Hasta el último centavo, los malditos! Ay, lo siento tanto, señora Crawford. No era mi intención ser tan malhablada en su casa.

—Llámenme Dollie Faye.

—Dollie Faye —dijo James—, Queenie y yo queremos saber qué podemos hacer por usted.

—Nada más, gracias —se apresuró a responder la mujer—. Ya tengo a gente que me cuida, se han portado realmente bien conmigo. Y ustedes me han dado demasiado dinero.

—¿Cuándo podrá volver a levantarse? —preguntó Queenie.

—El médico dice que debería guardar cama durante al menos una semana. Tengo problemas de presión, ¿saben? Y mamá murió por culpa de eso. Pero estaré bien. Más me vale, porque tengo que levantarme y atender el negocio. Dial, mi marido, ahí en el rincón..., ni siquiera sabe usar la caja registradora. Y tampoco sabe gran cosa sobre la provisión de existencias, de hecho. A veces le dejó limpiar los parabrisas de los clientes, pero poco más. Antes tenía a un chico que se ocupaba del surtidor de gasolina, pero se largó...

—Usted no va a levantarse de la cama —dijo James Caskey con severidad.

—Ojalá pudiera quedarme aquí descansando —repuso Dollie Faye—, pero la gente de los alrededores depende de mí y de esta tienda.

—Yo me encargaré de ello —dijo Queenie, dándole un apretón afectuoso en la mano a Dollie Faye.

—¡¿Usted?!

—Trabajé en Ben Franklin, unos grandes almacenes que hay en Nashville. Sé cómo funciona una caja registradora.

—Queenie aprende rápido —le aseguró James.

—¡Pero no puede venir y encargarse de la tienda en mi lugar!

—Ya sé por qué no quiere —le dijo Queenie en voz baja y muy seria—. No le apetece tener a la madre del chico que le apuntó en la cabeza con un arma merodeando por aquí. No quiere tener que ver su cara de sufrimiento.

—¡No! Es solo que es demasiado trabajo. Siempre hay alguien que quiere algo especial que solo yo sé cómo conseguir y...

—¿Y no podría venir aquí atrás y preguntarle?

—Supongo que sí, pero...

—Entonces está decidido —sentenció Queenie.

—No puede operar el surtidor de gasolina —objetó Dollie Faye.

—Pero mi hijo sí —le susurró Queenie, inclinándose hacia ella—. Mire, voy a obligarlo a dejar el empleo en el aserradero. Tampoco se le daba muy bien, y no quiero que esté cerca de esa tropa. Tarde o temprano se acabaría juntando con otro Travis Gann. Lo traeré aquí y lo obligaré a trabajar para compensar lo que le robó. Pero no se preocupe, no tendrá que verlo, no pienso permitir que ponga los pies en la tienda; es posible que solo de verlo le volviera a subir la presión... He visto que tiene un banco ahí afuera. Mi hijo se sentará allí y pasará el día atendiendo el surtidor de gasolina. Y si el señor Crawford se cansa de limpiar parabrisas, no se preocupe: mi hijo Malcolm lo hará en su lugar.

Al día siguiente, la tienda de los Crawford volvió a abrir las puertas y Queenie Strickland se instaló tras el mostrador con su segundo mejor vestido. Malcolm estaba fuera, encargándose del surtidor tal como le habían ordenado.

James también estaba allí, sentado en la trastienda para hacerle compañía a Dollie Faye y comentarle algo de vez en cuando a Dial Crawford, que se limitaba a asentir sin dejar de mecerse. A mediodía, y con el permiso de Dollie Faye, Malcolm entró en la vivienda. Colorado como un tomate, balbució unas palabras de disculpa.

—Lo que hiciste estuvo mal —sentenció Dollie Faye— y casi le rompes el corazón a la santa de tu madre. Pero te perdono, Malcolm, y que conste que lo hago tanto por ella como por ti.

Durante las dos semanas siguientes, Queenie se encargó de la tienda y Malcolm del surtidor, mientras James se sentaba junto a la cama de Dollie Faye. Incluso cuando esta se hubo recuperado y ocupó de nuevo su lugar tras el mostrador, Queenie y James no dejaron de visitarla por si necesitaba algo, y Malcolm conservó su puesto a cargo del surtidor de gasolina. El juicio tuvo lugar el primer miércoles de noviembre, al día siguiente de las elecciones. Queenie acompañó a

Dollie Faye al juzgado de Bay Minette y se quedó con ella toda la mañana. Antes de pasar a los robos juzgaron dos homicidios, y las dos mujeres siguieron los procedimientos con genuino interés.

A Malcolm y a Travis iban a juzgarlos conjuntamente. Dollie Faye declaró lo sucedido ese sábado de septiembre. Travis Gann había amenazado con volarle la cabeza, había levantado el arma y le había apuntado con ella, y también se había llevado el dinero. Claramente incómodo con el robo, Malcolm Strickland había intercedido para evitar que hubiera violencia. Dollie Faye estaba convencida de que Malcolm se había visto obligado a participar en la operación en contra de su voluntad. Aseguró bajo juramento que estaba convencida de que el chico habría intercedido si Travis hubiera intentado matarla. Además, después del delito, Malcolm había devuelto con creces el dinero que se habían llevado trabajando para ella en la tienda. Todos los presentes en el juzgado lo habían visto llenando depósitos de combustible, cambiando aceite y lavando parabrisas. Dollie Faye solo tuvo buenas palabras para Malcolm Strickland, su madre y su tío, que se habían portado con ella como los buenos cristianos que eran.

Tras el testimonio de Dollie Faye, Malcolm Strickland salió de rositas con solo una advertencia, mientras que Travis Gann fue sentenciado a cinco años de cárcel en la prisión de Atmore.

En la mesa de los acusados, los dos jóvenes se miraron.

—Pues parece que yo quedaré fuera y tú dentro —dijo Malcolm.

—Sí, eso parece —replicó Travis Gann con una sonrisa que Malcolm no esperaba ver.

—Oye —dijo Malcolm—, cinco años es mucho tiempo. Lo siento...

—No lo sientas —dijo Travis, todavía con la sonrisa en los labios—. Me mandan a Atmore. ¿Tú sabes lo que cuesta salir de Atmore?

Malcolm negó con la cabeza, agradeciendo que tras la decisión del tribunal esa información fuera irrelevante para él.

—Salir de Atmore —dijo Travis— es como escalar un tronco podrido en el pasto de un granjero. Así de fácil es salir de Atmore.

—¿No deberías esperar a estar ahí dentro antes de empezar a pensar en fugarte? —preguntó Malcolm.

—Ni hablar, yo no. Yo ya estoy pensando en lo que haré cuando vuelva a ser libre.

Aquella sonrisa estúpida parecía congelada en el rostro de Travis, y Malcolm empezó a sentirse incómodo. Queenie y Dollie Faye le estaban haciendo señas, pero Malcolm se volvió de nuevo hacia Travis.

—¿Qué piensas hacer, Travis?

—Voy a darle una lección a alguna gente, eso es lo que pienso

hacer.

—¿A quién te refieres?

—Me refiero a gente que campa libre cuando debería estar entre rejas con sus amigos, esos son los primeros a los que me refiero.

Y, para asegurarse de que Malcolm lo comprendía, Travis Gann subrayó su amenaza clavándole un dedo en el pecho.

—Y también me refiero a una vieja a la que no le importa ver al mejor amigo de su hijo metido en problemas. Una vieja —prosiguió Travis, intentando ser más específico todavía—, a la que le encantaría ver cómo me pudro en la cárcel.

Travis dirigió su sonrisa hacia Queenie.

—Eh, señora Strickland —gritó—, será mejor que venga a buscar a su chico antes de que se meta en más problemas por mi culpa.

Al oír eso, Queenie se acercó a su hijo y lo cogió del brazo.

—Travis Gann —dijo— tienes lo que te mereces. No me sabe ni pizca de mal.

—Ya lo sé —replicó Travis, todavía sonriendo—. Lo tengo muy claro. Pero tal vez algún día sí le sepa. Mal, quiero decir.

Queenie se llevó a Malcolm fuera del juzgado mientras devolvían a Travis Gann a su celda, a la espera de que lo trasladaran a Atmore. Dos acusados más ocuparon los puestos de los jóvenes a la mesa, y la ley y la justicia siguió impartiéndose en Alabama.

Esa tarde, cansado de atender el surtidor y aún más de su penitencia obligada, Malcolm Strickland le robó el coche, se fue a Mobile y se alistó en el ejército. No creyó necesario contarle nada a su madre acerca de las amenazas nada veladas de Travis Gann: fugarse de Atmore no podía ser tan sencillo.

4

El Sagrado Corazón

Después de que Miriam se marchara a la universidad, Sister mantuvo su actitud distante respecto a su hermano Oscar y su esposa. Sin embargo, una noche de noviembre, Sister estaba sentada en su comedor, sola, cenando sobras y mirando por la ventana que daba a la casa de Oscar, cuando vio a su hermano cenando con su familia. Frances estaba contando una historia, y Oscar y Elinor se reían de algo que su hija acababa de decir. Sister incluso oyó vagamente sus voces. Y entonces tuvo una revelación. Salió corriendo, cruzó el patio de arena y gritó hacia la ventana del comedor.

—¡Eh, Oscar! ¡Elinor!

Elinor se acercó a la ventana y se asomó a la penumbra del anochecer.

—¿Sister?

—¿Puedo entrar un momento?

—Claro, pasa —respondió Elinor, que fue hasta el recibidor para abrirle la puerta.

—Elinor —dijo Sister nada más poner los pies en la casa—, quiero disculparme. No sé en qué estaría pensando.

—¿Pensando? ¿Cuándo?

Oscar apareció en el umbral del comedor con la servilleta arrugada en la mano y la boca todavía llena de comida.

—Hola, Sister, ¿cómo estás?

—Ya sabes cómo estoy, Oscar. Más sola que la una.

—Entonces ¿por qué no has venido a vernos antes?

Sister entró en el comedor, se sentó a la mesa y aceptó la taza de café que le sirvió Zaddie.

—No sé dónde he tenido la cabeza todo este tiempo —insistió Sister.

—Sister, ¿de qué estás hablando? —preguntó Oscar.

—El único motivo por el que no venía a veros eran mamá y Miriam. Ellas nunca venían si no era imprescindible.

Oscar y Elinor asintieron en silencio.

—Pero mamá está muerta y Miriam se ha marchado a la universidad, y yo estaba sentada en casa, sola, viendo cómo cenabais y he pensado: «Lástima que no pueda ir con ellos, porque mamá me mataría o Miriam dejaría de hablarme». Y entonces me he dado cuenta de repente de lo tonta que soy, y he decidido venir.

Oscar se echó a reír.

—Sister, esas dos te tenían sometida.

—¡Y que lo digas!

—Espero que a partir de ahora vengas a vernos siempre que quieras —dijo Elinor.

—Os aseguro que me gustaría —dijo Sister con un suspiro—. Y tal vez lo haga.

—¿Qué te lo iba a impedir? —preguntó Elinor.

—¿Quién sabe? —replicó Sister en tono funesto—. Ese es el problema de esta familia: no puedes contar con que las cosas sigan igual durante mucho tiempo.

A partir de ese día, Elinor y Oscar no permitieron que Sister volviera a cenar sola en esa casa tan oscura. Por la tarde, Elinor a menudo la llamaba a través del patio.

—Sister, ¿por qué no vienes y me haces compañía?

A veces Sister y Elinor iban de compras juntas.

—Elinor —dijo Sister en una ocasión—, te casaste con Oscar hace diecisiete años. Todos hemos envejecido desde entonces, pero esta es la primera vez que tú y yo pasamos tiempo juntas. Cada vez que pienso en todas las cosas que mamá y Miriam me han impedido hacer, me pongo furiosa con ellas.

—Puedes culpar a MaryLove —replicó Elinor—, pero no a Miriam. Ella no era adulta. Podrías haberle ordenado lo que fuera y Miriam te tendría que haber obedecido. Fuiste débil, Sister. Aunque habiendo crecido con una madre como la tuya, no veo de qué otra forma podrías haber salido.

Ese no fue el único cambio en las relaciones dentro de la familia Caskey ese otoño. Cuando Malcolm se marchó para alistarse en el Ejército, Queenie se llevó un buen disgusto y le suplicó a James que mandara a alguien a buscarlo, pero este le respondió que Malcolm tenía veintiún años y podía hacer lo que le viniera en gana.

—Además —comentó James mientras elegían un coche para sustituir el que Malcolm le había robado a su madre—, siempre has dicho que lo que Malcolm necesitaba era una buena dosis de disciplina militar.

Así pues, Queenie se dio permiso para librarse de la carga que había supuesto su hijo. A partir de ese momento dejó de preocuparse por él y pasó más tiempo que nunca en compañía de James. Lucille se quejaba de que su madre nunca estaba en casa y de que siempre sabía dónde encontrarla: en casa de tío James. James y Queenie cotilleaban e iban de compras a Pensacola y Mobile, entre ellos no existían los

secretos. Luego empezaron a ir juntos de visita a otras casas de Perdido. Alguna señora del pueblo le comentaba a su amiga: «Me muero de aburrimiento, ¿por qué no llamamos a James y a Queenie para que vengan y así charlamos un rato?». Otra tal vez decía: «Pasemos por casa de James, a ver si él y Queenie están en el porche».

Juntos, Queenie y James iban a visitar a Elinor, a la que a menudo encontraban en compañía de Sister. Esas visitas pronto perdieron el aspecto formal que habían tenido al principio y se convirtieron en algo orgánico, natural, como los habitantes de Perdido siempre habían creído que deberían haber sido, teniendo en cuenta que todos los Caskey vivían en casas contiguas. Pronto las casas empezaron a compartir las comidas. Parecía una tontería que Zaddie, Roxie y Ivey se pasaran la mañana preparando tres comidas completamente distintas si luego iban a encontrarse todos en casa de Elinor para comer en un ambiente más agradable. Así, las tres sirvientas se reunían a primera hora de la mañana, se ponían de acuerdo y se retiraban a sus respectivas cocinas para preparar la parte de la comida que les había tocado. A media mañana, Roxie y Ivey atravesaban los patios de arena carreteando ollas y cacerolas humeantes entre los robles acuáticos. Al mediodía se reunían todos. James u Oscar bendecían la mesa, y durante una hora los Caskey eran una familia tan feliz como cualquier familia merece serlo.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo un día Oscar desde su puesto habitual en la cabecera de la mesa—. Nada de esto habría sido posible si mamá estuviera viva. Jamás nos habría permitido reunirnos así.

Todos los presentes guardaron silencio, conscientes de que Oscar tenía razón. Pero aquella acusación contra MaryLove era reveladora.

Mientras servía un plato de panecillos calientes, Ivey se animó a intervenir:

—A la señora MaryLove no le gustaba ver a nadie hacerse rico, a menos que ella le hubiera puesto los dólares en la mano.

—A la señora MaryLove no le gustaba ver a nadie feliz a menos que lo fuera gracias a ella —añadió Roxie.

—La señora MaryLove no me dirigía la palabra solo por ser la criada de la señora Elinor y no la suya —aseguró Zaddie—. ¡Si los viera a todos aquí juntos, le daría un ataque y se caería redonda al suelo!

Hubo otro momento de silencio mientras la familia recordaba a MaryLove Caskey.

—Pero mamá está muerta —declaró Sister, levantando su copa con una leve sonrisa.

Después de la comida y de que Oscar regresara al aserradero, Lucille a los almacenes Ben Franklin, y Danjo y Frances al instituto, los demás solían subir al primer piso y se sentaban en el porche, protegidos tras las mamparas, para seguir bebiendo té helado. Una tarde, unos días antes de Acción de Gracias, Queenie, Sister, Elinor y James estaban en el porche planeando el banquete con el que celebrarían la festividad, cuando Luvadia Sapp apareció en el umbral.

—Señor James, hay un coche delante de su casa. Alguien ha venido a verle.

—¿Quién es?

—No lo sé.

Todos se levantaron para echar un vistazo, pero solo acertaron a ver un fragmento del coche que había aparcado frente a la casa de James.

—Será mejor que vaya a ver quién es —decidió James.

Bajaron todos, y entonces vieron ni más ni menos que a Grace, la hija de James, por la acera, cargada con dos enormes maletones. Tras graduarse en Vanderbilt, Grace había impartido clases de Educación Física en una escuela femenina de Spartanburg, en Carolina del Sur, y había vivido con alguna chica a la que los Caskey siempre se referían como «la amiguita de Grace». Al principio, esa amiguita se llamaba Georgia, pero pronto pasó a llamarse Louise, y más tarde, Catherine. Por lo que sabían tanto su padre como el resto de la familia, Grace era feliz, y eso, a pesar de esa forma tan poco ortodoxa de alcanzar la dicha, era lo único que importaba.

—¡Grace! —exclamó James.

—¡Papá!

Grace, que ya tenía veintiséis años, parecía más fuerte y robusta que nunca. Viendo la facilidad con la que subió las maletas al porche, uno habría podido pensar que iban vacías. Todos se congregaron a su alrededor.

—Cariño, no sabía que volverías a casa por Acción de Gracias —dijo James.

—Vuelvo a casa para quedarme —replicó Grace con aire desafiante.

—¡No me digas! —exclamaron todos—. Grace, ¡¿qué ha pasado?! —añadieron.

—Grace —dijo su padre—, ¿ha ocurrido algo malo? ¿Qué hay de tu amiga Catherine?

—¡Pero si Catherine se largó hace dos cursos, papá! Ya te lo dije —añadió con un suspiro—. La última se llamaba Mildred.

—Bueno, pero ¿os habéis enfadado? —preguntó Queenie.

—¡La odio! —exclamó Grace—. Y no quiero hablar de ella, porque tampoco volveré a verla en la vida. Si llama preguntando por mí, decidle que me he mudado a Baton Rouge o algo así. ¿Ya habéis comido? Me muero de hambre, he venido conduciendo desde Atlanta sin parar.

—¿Qué hizo Mildred para hacerte enfadar tanto? —preguntó su padre—. Creía que te gustaba trabajar en esa escuela...

Grace frunció los labios.

—¡Ha decidido casarse! Papá, no quiero oír ni una palabra más sobre Mildred, porque me pongo furiosa cada vez que pienso en ella. La quería con toda mi alma —añadió, dirigiéndose a la familia en general—, ¡y de pronto va y me cuenta que se casará con un viejo que vende propiedades en Miami! ¡O sea que no quiero oír hablar de ella de nuevo!

—¿Has dejado tu empleo? —preguntó Elinor.

—Sí. Papá, necesito tu ayuda. Estoy cansada de entregar mi corazón a gente que no se lo merece.

—Bien hecho, Grace —dijo Queenie—. Nos alegramos de tenerte otra vez aquí. No te imaginas lo mucho que te hemos echado de menos. Nunca llegué a ver a esa tal Mildred, pero estoy segura de que no te merecía.

No supieron nada más acerca de los motivos que habían llevado a Grace a abandonar su empleo en la escuela femenina de Spartanburg, pero de algún modo empezaron a circular rumores por Perdido de que Grace no había dejado el puesto por voluntad propia, sino que la habían echado por algún incidente oscuro y desafortunado. Sin embargo, lejos de actuar como si regresar a Perdido le hubiera supuesto un deshonor, Grace Caskey afrontó esa nueva etapa de su vida con energía y determinación. Al día siguiente de su reaparición, fue a ver al director del instituto y le mostró sus certificados.

—Déjeme entrenar a las chicas del equipo de baloncesto —le propuso.

—No tenemos equipo femenino —respondió el director.

—En ese caso me encargaré de formar uno —dijo Grace—. Y en primavera podemos hablar sobre un equipo de softball.

En efecto, formó un equipo de baloncesto femenino, entrenó a las chicas sin descanso y se las llevó por los cinco condados de Alabama y Florida para competir contra otros equipos. Ese invierno dio clases de baile en el lago Pinchona, y no veía el momento de que llegara el calor para poder empezar a dar clases de buceo y salvamento acuático. De vez en cuando se calzaba unas botas altas y salía a cazar serpientes

de cascabel con los chicos del instituto. O se ponía un sombrero de paja y se plantaba con Roxie en el puente de Baptist Bottom para pescar percas en el curso inferior del Perdido.

—Cuando Grace era pequeña, me costaba horrores lograr que se sentara en los escalones traseros cuando brillaba el sol —le dijo James a Queenie—. Era tan tímida que salía corriendo cada vez que alguien llamaba a la puerta. Ahora, en cambio, no puedo seguirle el ritmo, y no pasaría cinco minutos en casa ni aunque la atara a un mueble.

Lo único que superaba la fenomenal energía que exhibía Grace era su apetito. Entraba en la cocina media hora antes de comer para picar trozos de pollo, exponiéndose a los manotazos de Roxie, que seguía viéndola como a una niña pequeña. Ya en la mesa, siempre pedía más carne, más guisantes, más puré de maíz, más panecillos, más mantequilla, y se zampaba lo que quedaba en las fuentes de servir cuando todos los demás ya habían quedado llenos a reventar. Era siempre la primera en sentarse y la última en levantarse, y nunca parecía engordar más de la cuenta.

Una tarde, a mediados de diciembre de 1938, Grace apartó finalmente su plato y pidió otro vaso de té helado antes de tomar la palabra.

—Bueno, que alguien me cuente cómo le van las cosas a Miriam en el Sagrado Corazón.

Los Caskey se miraron, desconcertados.

—Es que no lo sabe nadie —respondió Elinor al fin.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Grace—. ¿Nadie le ha escrito en todo este tiempo?

—Sí, pero no responde —añadió Sister, afligida de repente.

Grace miró a su alrededor con asombro.

—¿Me estáis diciendo que esa pobre chica se marchó en septiembre y nadie ha hablado con ella desde entonces?

—¿Cómo quieres que hablemos con ella? —preguntó Oscar, encogiéndose de hombros con impotencia—. Miriam hace lo que quiere. Si quisiera hablar con nosotros, supongo que nos escribiría o nos llamaría. No le contó a nadie adónde se marchaba hasta la misma mañana en la que se fue. No quisimos entrometernos, Grace. Pero supongo —añadió, mirando alrededor de la mesa— que tal vez hemos demorado este asunto demasiado tiempo...

El caso es que Miriam les recordaba mucho a MaryLove. Y aunque ninguno de ellos lo había expresado en voz alta, lo cierto era que los Caskey, reunidos de nuevo después de tantos años de división y animadversión, no tenían demasiado interés en que Miriam volviera y reavivara viejas hostilidades. Incluso Sister, que la quería más que

nadie en el mundo, se alegraba de que estuviera lejos. Pero durante esos tres largos meses de ausencia, ninguno de ellos había considerado por un momento la posibilidad de que Miriam pudiera estar pasándolo mal o de que no estuviera satisfecha con la decisión que había tomado.

—Pero bueno —exclamó Grace, con los brazos en jarra—, nunca había visto ni oído nada semejante. Escuchadme bien —ordenó, y todos obedecieron—. Cuando me levante de esta mesa, cogeré el coche, conduciré hasta Mobile e iré a la universidad del Sagrado Corazón para ver a Miriam. Y le preguntaré a la cara cómo le van las cosas. ¿A nadie se le ha ocurrido averiguar si piensa venir por Navidad?

Nadie había pensado en ello.

—Tal vez... debería acompañarte —sugirió Sister sin mucha determinación.

—Tal vez sí —decidió Grace con firmeza, y se levantó de la mesa.

Al cabo de cinco minutos, Grace y Sister ya se dirigían a Mobile para ir a visitar a Miriam.

La universidad del Sagrado Corazón era una institución dirigida por jesuitas, ubicada en el extremo oeste de Mobile, en una finca de veinte hectáreas de césped, robles, azaleas y cipreses, con edificios de ladrillo tosco. Las alumnas también eran toscas, chicas con una intensa dedicación al catolicismo, a sus profesoras jesuitas y a sus compañeras. Vivían de tres en tres en dormitorios castos y grises, en marcado contraste con la vegetación intensa y cuidada del campus.

Grace no tardó en encontrar el edificio de administración, y una monja de la oficina de admisiones le indicó dónde estaba la habitación de Miriam. Grace y Sister recibieron una mínima reprimenda por esa visita improvisada a media semana, puesto que contravenía las costumbres del lugar y tendría sin duda un efecto disruptivo.

—No hemos tenido más remedio —dijo Grace sin dejarse amilanar—. Verá, la hermana del padre de Miriam murió anoche y hemos venido a informar a Miriam de la desgracia.

Alarmada y conmovida, la monja llamó a un jardinero para que les indicara el camino hasta el dormitorio de Miriam a Grace y a Sister. Una vez allí, la noticia ya había llegado a la encargada de las alumnas internas, que acompañó a Grace y a Sister a la habitación de Miriam.

—¡No puedo creer que les hayamos mentido de esta forma a las monjas! —susurró Sister, angustiada—. ¡Mira que contarles que me he muerto!

—Silencio —siseó Grace.

La encargada llamó a la puerta de Miriam y se retiró de forma respetuosa.

Grace abrió la puerta sin esperar respuesta.

En el cuartito gris había tres camas estrechas cubiertas con mantas grises; tres pupitres diminutos con sendas hojas de papel secante verde encima; tres cómodas, apiladas una encima de la otra, y un armario de pie con puertas dobles. En una de las camas, bajo una ventana, estaba Miriam, llorando desconsolada abrazada a su almohada. La monja ya debía de haberle comunicado la mala noticia, se dijo Grace.

Entonces Miriam levantó la mirada con incredulidad y se quedó mirando a Sister y a Grace en el umbral.

—¡Pobrecita! —exclamó Grace con los brazos abiertos.

Miriam se incorporó sin mucha decisión y tras un leve titubeo se puso de pie y corrió a refugiarse entre los brazos de Grace.

—Cariño —exclamó Sister—, ¡no estoy muerta! ¡Grace, no deberías haberle contado esa mentira a la monja!

—¿Cómo? —balbuceó Miriam.

—¡Dame un abrazo! —exclamó Sister, apoderándose de Miriam —. Han venido y te han dicho que me había muerto, ¿no? Por eso llorabas, ¿verdad?

—No —respondió Miriam, desconcertada y todavía sorbiéndose la nariz.

—Entonces ¿por qué llorabas? —preguntó Sister.

Miriam se apartó un poco y se quedó mirando a Grace.

—Porque siempre estoy llorando —respondió.

—¿Qué? —exclamó Sister—. ¡Pero si no has llorado en tu vida, Miriam! ¡Ni siquiera cuando eras pequeña y te caíste de cabeza al suelo desde los brazos de Ivey Sapp!

Miriam se retiró una vez más a su cama y se secó los ojos con el pañuelo.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó.

—Pues para ver si iba todo bien —dijo Grace, sentándose sobre uno de los pupitres de un salto cruzando las piernas debajo—. Y ya veo que no, ¿verdad?

—¡Odio estar aquí!

—¿Cómo? —exclamó Sister—. Pero Miriam, ¡no teníamos ni idea! ¿Por qué no me has llamado y me has contado que eras tan infeliz?

—¡Porque te alegraste de librarte de mí, por eso!

—¡No es verdad! ¡Yo no quería que te marcharas! Quería que te quedaras a mi lado para siempre.

—Nadie quería que me quedara en Perdido —dijo Miriam.

—Todos te echan mucho de menos —insistió Sister—. Frances no para de hablar de ti. Está lánguida desde que te marchaste.

—Echas de menos tu casa, ¿verdad? —se aventuró a preguntarle Grace.

Miriam le dirigió una mirada penetrante y finalmente asintió.

—Sí, mucho.

—Entonces ¿se puede saber por qué no has vuelto? —preguntó Sister.

—Porque nadie me lo ha pedido.

—Nadie tenía que pedírtelo —exclamó Sister, exasperada—. Cariño, esa casa es tuya y somos tu familia. Podrías haber regresado a casa cada fin de semana y siempre nos habríamos alegrado de volver a verte. Ivey se muere de ganas de volver a cocinar para ti, y tu habitación está siempre preparada. De hecho, nadie sabe qué hacer sin ti.

—Odio estar aquí —repitió Miriam, mirando a su alrededor con cara de asco.

—¿No te caen bien tus compañeras de habitación? —preguntó Grace.

—Las odio. Y ellas a mí.

—Apuesto a que son un encanto —dijo Sister en tono sarcástico—. Oye, Miriam, ¿por qué no viniste a casa por Acción de Gracias? Nos quedó una silla vacía.

—Nadie me lo ha pedido.

—¡Cielo santo! —exclamó Sister—. ¿Qué se supone que teníamos que hacer, mandarte un heraldo y una invitación lacrada? Miriam, somos tu familia. ¿No lo sabes?

Al fin, los ojos de Miriam se secaron y esta adoptó una actitud taciturna.

—Miriam —dijo por fin Grace después de pasar un rato mirando alternativamente a Miriam y a Sister—, ¿cuándo empiezan tus vacaciones de Navidad?

—El viernes.

—Muy bien, pues Sister y yo volveremos el viernes a buscarte. Vendrás a Perdido para pasar las vacaciones y no quiero oír ni una palabra más sobre el tema. Si habías hecho otros planes, ya puedes ir avisando a quien sea de que los cancele, porque no te daré elección.

—Una chica de la clase de Historia me ofreció que la acompañara a su casa, en Nueva Orleans —explicó Miriam, titubeando.

—Pues no vas a ir —objetó Grace con severidad—. Porque vendrás con nosotras a casa. Sister y yo vendremos el viernes.

—No hace falta —dijo Miriam—, tengo coche. Llegaré a Perdido a la hora de cenar.

—Sister y yo vendremos igualmente —aseguró Grace—.Tenemos que hacer unas compras de Navidad por aquí de todos modos y aprovecharemos para ayudarte a hacer las maletas.

Al parecer, que la cogieran de la mano y le ordenaran volver a Perdido era justo lo que Miriam deseaba. Se aventuró a esbozar una sonrisa y reconoció alegrarse de que hubieran ido a verla; se ofreció para mostrarles el campus, y después de dar una vuelta, les presentó a sus compañeras de habitación. Les costó un poco ceñirse a la mentira de la tía muerta, puesto que el humor de Miriam había mejorado de forma evidente. Cuando una de las monjas le preguntó por ello, fue Grace la que se animó a responder.

—Falsa alarma. Solo ha sido un ataque y nos han dicho que ya se encuentra mucho mejor.

Esa noche, Grace, Miriam y Sister salieron juntas a cenar al Government House, en el centro de Mobile, y Miriam, muerta de vergüenza, admitió lo mucho había echado de menos su hogar.

—Lloro todas las noches antes de acostarme, y todas las mañanas antes de levantarme. Nunca pensé que pudiera llegar a echar tanto de menos Perdido y a la gente que vive allí. A veces incluso fantaseo con la idea de pasear por el dique y comprar pasadores para el pelo en Ben Franklin.

—Cielo, ojalá nos hubieras llamado o escrito para contarnos lo deprimida que estabas —dijo Sister con voz llorosa.

—Es igual que MaryLove —dijo Grace de improviso—. Siempre tiene que ser otra persona quien dé el primer paso. Miriam, sabes que eres así, y MaryLove te enseñó unas cuantas lecciones inapropiadas. Ya va siendo hora de que lo vayas superando un poco.

Sister estaba segura de que Miriam, que se mostraba siempre muy susceptible en todo lo relacionado con su difunta abuela, iba a indignarse ante aquella acusación tan directa. Pero al parecer aquella etapa tan infeliz había templado sus ánimos.

—Sin duda me alegraré de dormir en mi cama —se limitó a responder—. Estoy harta de tener que compartirlo todo. Y después de Año Nuevo, sé que me costará volver a marcharme de Perdido.

5

El viaducto

Miriam había aprendido una dura lección durante los tres meses que había pasado en la universidad del Sagrado Corazón y se había dado cuenta de que no era tan fuerte e independiente como pensaba. Desde la primera noche la habían asaltado la soledad, la nostalgia, la inseguridad y la desdicha. Del Sagrado Corazón no le había gustado absolutamente nada: ni sus edificios, ni el campus, ni sus profesoras, ni sus alumnas.Todo se le hacía muy extraño. Las monjas le resultaban amenazadoras. Las chicas con las que compartía el dormitorio parecían estar al corriente de un secreto sobre la vida que a Miriam se le escapaba. A pesar de lo que le había dicho a su familia, había decidido no convertirse al catolicismo. Cuantas más cosas descubría sobre esa religión, más se daba cuenta de que no iba con ella. Aunque nunca lo habría admitido —ni siquiera ante sí misma—, Miriam no estaba del todo segura de por qué había elegido el Sagrado Corazón por delante del resto de universidades. Tal vez porque estaba bastante cerca de Perdido, a pesar de que se había marchado de casa con la intención de regresar solo muy de vez en cuando. Tal vez porque era una universidad solo para mujeres, lo cual evitaría que su familia gozara de la satisfacción de imaginar que en algún momento se plantearía casarse. O tal vez había sido tan solo porque, de entre todas las universidades, el Sagrado Corazón le había parecido la menos adecuada para ella.

Había echado de menos Perdido desde los primeros días que había pasado allí. A menudo pensaba en la casa donde había crecido. Pensaba en su habitación, en la de Mary-Love y en la de Sister. Pensaba en Ivey trabajando en la cocina, y ansiaba volver a oír el ruido que hacía Luvadia con el rastrillo en el patio de arena. Quería oír el crujido de las ramas podridas de los robles de agua que le llegaba por la ventana. Pensaba en el río Perdido, siempre tan veloz, siempre tan turbulento tras su muro protector de arcilla roja. Desde el momento en que había puesto los pies en el campus del Sagrado Corazón, había querido regresar a Perdido y seguir viviendo como siempre había vivido. Ansiaba con desesperación la compañía de Sister y echaba de menos tener a Oscar, Elinor y Frances en una de las casas contiguas y a James y a Danjo en la otra. En una ocasión, Miriam había bajado a la ciudad para visitar uno de los bancos de Mobile, abrir su caja de seguridad y examinar los diamantes y zafiros

que guardaba dentro, pero las joyas no le habían proporcionado el más mínimo consuelo. Había cerrado la caja de nuevo y había vuelto al colegio mayor a llorar.

Miriam no se había planteado siquiera la posibilidad de volver a Perdido un fin de semana, a pesar de que no estaba ni a ochenta kilómetros, menos de hora y media de trayecto en el descapotable. A pesar de lo mucho que los echaba de menos, y de darse cuenta por primera vez de lo mucho que los quería, Miriam seguía pensando en sus familiares como el enemigo. Era lo que le había enseñado su abuela, una lección que al final solo la había perjudicado a ella. Así, había esperado que llegara alguna señal de capitulación: una llamada telefónica de Sister para contarle lo mucho que la echaban de menos, una postal de Frances preguntándole cuándo volvería a casa, un telegrama frenético requiriendo su presencia en la cena de Acción de Gracias, o una visita improvisada de James y Queenie tras una de sus excursiones para ir de compras a Mobile.

Pero no había sucedido nada de eso, y Miriam había llegado a la conclusión de que su familia había ganado y ella había perdido. La visita de Grace parecía un regalo del cielo, y Miriam rezó para darle las gracias al Dios de sus compañeras de clase.

Pero a medida que se acercaban las vacaciones de Navidad, Miriam se fue angustiando. Se daba cuenta de que iba a volver a un lugar donde todos estaban al corriente de su desdicha, y de que eso la haría vulnerable. Grace les habría contado a todos que había estado a punto de sucumbir al peso de la nostalgia, que había estado esperando con desesperación recibir noticias de casa, que había echado de menos a todo el mundo, incluso a su madre y a su padre. Miriam rechazó el ofrecimiento de Sister y Grace de volver a la universidad para ayudarla a hacer las maletas y, no sin recelo, regresó a Perdido en su propio coche, atravesando el crepúsculo.

Aparcó delante de la casa, salió del coche, entró su bolsa y llamó a Sister. No había nadie.

En el Sagrado Corazón, Miriam había tenido una pesadilla. En el sueño, se tragaba el orgullo y regresaba a Perdido, pero descubría que su familia había abandonado las tres casas del río y se había marchado sin avisar ni comunicarle su nuevo paradero. En la penumbra del ocaso que reinaba en la casa vacía, su pesadilla pareció hacerse realidad, y Miriam empezó a temblar. Salió corriendo afuera por la puerta trasera y se detuvo, diminuta y temblorosa, bajo los altos robles de agua.

—¡Miriam! —gritó Sister desde algún lugar elevado. Miriam levantó la mirada. Sister estaba en el porche con mamparas que Oscar

y Elinor tenían en el primer piso—. ¡Estamos todos aquí, cariño!

Pensando «Han ganado, han ganado», Miriam entró en la casa de sus padres. Zaddie apareció como una sombra oscura en un vestíbulo todavía más oscuro.

—Hola, señorita Miriam, ¿cómo está?

—Bien, Zaddie. Estoy bien —respondió, y poco a poco empezó a subir los escalones hasta el primer piso.

Estaban todos en el porche: sus padres, Sister, Frances, Danjo y James, Grace, Queenie y Lucille.

—Hola a todos —dijo Miriam en voz baja—. He vuelto.

Nadie reaccionó como si hubieran ganado.

—Miriam —dijo su madre en voz baja—, Grace nos dijo que una de tus amigas te había invitado a pasar las Navidades con ella, pero nos alegra mucho que hayas decidido venir a pasarlas con nosotros...

—Cenaremos todos juntos aquí... en tu honor —dijo Oscar en tono dubitativo—, porque nos alegramos de volver a verte, cariño.

Nadie dijo ni una palabra más sobre su regreso. Nadie le echó en cara su ignominia; nadie pisoteó su espíritu postrado.

Miriam se sentó en el balancín junto a Frances, y esta, con un movimiento rápido y aprensivo, se inclinó hacia ella y la abrazó. Miriam intentó ordenar sus pensamientos, reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Y entonces miró a Grace.

—Miriam —dijo esta—, cuando les conté a todos que habías decidido volver por Navidad se alegraron muchísimo, ¡ni te lo imaginas!

Entonces era eso: Grace y Sister no habían revelado nada acerca de su nostalgia o su absoluta desdicha en el Sagrado Corazón. Había salido derrotada por sus propias emociones y debilidades, pero aparte de Grace y Sister nadie más estaba al corriente.

Queenie le preguntó si le gustaba el Sagrado Corazón.

—Cuesta un poco... acostumbrarse —respondió Miriam con cautela—. No sabía que hubiera tantos católicos. Algunos de los trabajadores del aserradero son católicos, ¿verdad, Oscar? Pero no sabía que todo el mundo le rezaría a la Virgen y que la gente pasaría el rosario y coleccionaría estampitas con imágenes de la crucifixión. Todo eso me pone un poco nerviosa. Todavía no me he acostumbrado.

Miriam no tardó en descubrir que durante su ausencia habían tenido lugar cambios considerables en la familia. Se dio cuenta de que sus padres la esperaban en casa cada mediodía para comer y que no iban a tolerar la testarudez que había demostrado en el pasado respecto a ese asunto. Durante los primeros días se ponía tensa solo de pensar que iba a tener que hablar con su padre y su madre, con

quienes no había tenido prácticamente nada que ver en toda su vida, pero no tardó en darse cuenta de que la trataban de un modo distinto.

Por primera vez, de golpe y de forma radical, la veían como a una adulta. Ocupaba un lugar equivalente al de Sister, al parecer, y de algún modo estaba por encima de Frances o de Lucille.

Miriam no estaba segura de cómo se había producido ese ascenso.

Lo que Miriam no sospechaba (y nunca llegó a descubrir) era que Grace y Sister se lo habían contado todo a los Caskey: todos estaban al corriente de lo mucho que Miriam había sufrido, de que lloraba todas las noches, de que odiaba el Sagrado Corazón y de que sentía asco por cualquier cosa que no fuera Perdido. Los Caskey habían quedado conmovidos por aquella revelación. Nadie había sospechado que Miriam fuera tan sensible; y cuando regresó para pasar las vacaciones de Navidad, nadie se lo echó en cara.

En Año Nuevo, Miriam sabía que tenía una semana o bien para regresar al Sagrado Corazón o bien para declarar sus intenciones de no volver a marcharse jamás de Perdido. Hasta donde sabía, nadie en su familia estaba al corriente de lo mucho que detestaba aquel lugar y lo mucho que amaba su hogar. No podía confesar de repente lo mucho que la deprimía el Sagrado Corazón y anunciar que no quería volver: su familia no habría sabido qué pensar. Pero, por otro lado, la idea de marcharse otra vez de Perdido, ahora que el pueblo le resultaba más agradable de lo que había sido nunca, le parecía una opción igualmente inimaginable.

Fue su padre quien resolvió el problema. El día de Año Nuevo, mientras los platos de faisán y jamón iban pasando por la mesa del comedor, Oscar se dirigió a su hija.

—Miriam, ojalá no volvieras a marcharte. Nunca te había visto tanto como en las últimas semanas y cuando vuelvas a esa universidad se me partirá el corazón.

—Tengo que irme, Oscar —respondió Miriam sin mucha convicción.

—Si no quieres, no —objetó Sister—. Hoy en día es importante que una chica tenga educación universitaria, nadie lo sabe mejor que yo, pero por una vez me gustaría que dejaras de lado tu egoísmo y pensaras en mí. Me siento tan sola sin ti...

A esas alturas, Sister podía hablar de su soledad segura de que nadie iba a proponer como posible solución que regresara con su marido a Nashville.

Miriam no supo qué decir. Ahora que tenía el camino libre para quedarse, ahora que su familia en cierto modo había capitulado y le

había suplicado poder seguir gozando de su presencia, a Miriam empezó a parecerle que los meses que había pasado en el Sagrado Corazón no habían sido tan malos después de todo. Había sido infeliz, sí; se dormía llorando y se despertaba con los ojos pegados por las lágrimas secas; y aun así, sus notas no se habían visto afectadas, por no hablar de que allí vivía más cerca de las comodidades que ofrecía Mobile. El hecho de que su familia le pidiera que se quedara en Perdido fue lo único que convirtió su regreso al Sagrado Corazón en una posibilidad.

—Miriam, ¿te acuerdas de cuando el verano pasado íbamos todas las mañanas a Pensacola? —preguntó Frances con cautela.

—Claro que me acuerdo —respondió Miriam con aire ausente.

—Pues Mobile está más o menos igual de lejos —prosiguió Frances—. ¿Por qué no vas y vuelves cada día? Solo tardarías una hora, más o menos.

—Se tarda más —dijo Miriam, levantando la mirada con repentino interés—. Porque el Sagrado Corazón está en el otro extremo de la ciudad.

—Pero igualmente es factible —comentó Sister con entusiasmo—. Podrías vivir en casa, ir a Mobile cada mañana y volver a tiempo para cenar en casa. Podría pedirle a Ivey que se quedara hasta más tarde para que pudieras cenar algo caliente.

—Sí, no habría ningún problema —dijo Ivey, que en ese momento salía de la cocina con un plato de crema de maíz—. Me alegraría poder cocinar para usted, señorita Miriam.

—Está decidido, pues —sentenció Oscar—. No te marcharás. Irás en coche a la universidad cada mañana y volverás por la noche. Podrás dormir en tu cama y de paso nos harás felices a todos.

—Pero será muy molesto para mí —objetó Miriam.

—Ya, pero es que no nos importa —repuso Sister—. Tendrás que aguantarte, por inconveniente que te resulte.

La administración de la universidad rechazó la propuesta de Miriam de mudarse a su casa. Ella volvió a su habitación, desolada, y se echó a llorar. Con los ojos anegados, llamó por teléfono a Sister para contarle que no sería posible.

Grace se presentó en la universidad la mañana siguiente a las ocho en punto para hablar con el rector. Le dijo que necesitaban a Miriam en casa porque tenía que cuidar de su tía y tutora, que estaba enferma, puesto que todavía se estaba recuperando del ataque que había sufrido. Que la mujer no tenía a nadie más que pudiera ocuparse de ella por las noches. Y que, de lo contrario, Miriam tendría

que dejar la universidad para poder cuidar a su tía. El rector acabó cediendo. Miriam hizo las maletas, estrechó las manos de sus compañeras de habitación y volvió a toda prisa a Perdido.

Todas las mañanas, Miriam conducía hasta Mobile en su descapotable, asistía a las clases y regresaba hacia las cuatro o las cinco de la tarde. Había días en los que llegaba a tiempo incluso para comer al mediodía. Nunca se quejaba del trayecto, aunque todos pensaban que lo más probable era que se acabara hartando. A veces Grace, Sister o incluso su madre viajaban con ella y luego pasaban el día de compras en Mobile. Aunque a menudo seguía mostrándose arisca y escueta, Miriam se acostumbró a pasar tiempo con su familia, y a esas alturas ya podía sentarse a comer con ellos sin enfurruñarse ni ofenderse ante el más inocente de los comentarios. La influencia de su difunta abuela se estaba diluyendo.

No vio motivos para alterar esa situación durante el segundo año de universidad. Un día le sugirió a su hermana Frances, que por aquel entonces estudiaba el último curso del instituto de Perdido, que también eligiera el Sagrado Corazón.

—De cualquier forma, tengo que conducir hasta allí a diario, y así me acompañas.

Frances quedó encantada con el ofrecimiento. El plan ya se le había ocurrido a ella, pero no se había atrevido a planteárselo a Miriam por miedo a recibir una abrupta negativa. Elinor y Oscar estaban entusiasmados. Todavía veían a Frances como una niña frágil y dependiente, y sería un verdadero consuelo saber que durante los duros inicios en la universidad iba a tener a Miriam tan cerca. Oscar estaba un poco inquieto ante la posibilidad de que Frances no se opusiera a la conversión al catolicismo como había hecho Miriam, pero Elinor le aseguró que Frances se mantendría escrupulosamente fiel a los principios metodistas. Frances envió la solicitud al Sagrado Corazón y fue aceptada. A partir del otoño de 1940, Frances ocupó a diario el asiento del pasajero del descapotable.

A Frances le parecía extraño que, siendo siempre la misma ruta, el trayecto a Mobile por la mañana transcurriera de un modo tan distinto al de regreso a casa por la tarde. Saliendo de Perdido, la carretera primero serpenteaba por un bosque de pinos que en gran parte pertenecía a los Caskey, y a continuación descendía hasta Bay Minette, el centro administrativo del condado de Baldwin. La carretera seguía luego hasta Pine Haven y Stapleton, aldeas desoladas donde vivían sobre todo granjeros dedicados al cultivo del nogal pecano y las patatas, y luego atravesaba Bridgehead. A partir de ahí había un largo viaducto bordeado por pantanos, ríos e islas que se fundían en una

misma imagen borrosa bajo la primera luz del día. Los ríos de la zona eran anchísimos, hasta un kilómetro y medio, y eso que sus fuentes se encontraban a menos de quince kilómetros. Había vastas islas cubiertas de hierba que sobresalían apenas medio metro del nivel del agua y en las que a menudo desaparecía algún pescador. A lado y lado de aquel viaducto asfaltado no había más que el cielo rosado, agua azul y hierba verde. El río Blakeley desembocaba en Dacke Bay, que a su vez se convertía en el río Apalachee. Los límites de todos esos cuerpos acuáticos eran nebulosos: Chacaloochee Bay, el río Tensaw, Delvan Bay y el río Mobile.

Durante esos trayectos a Mobile, que empezaban antes incluso de que cualquiera de las dos hermanas se hubiera despertado del todo, Frances contemplaba el agua, el cielo y la hierba, recordando no solo el verano que ella y Miriam habían pasado yendo a la playa de Pensacola, sino también una época anterior, borrosa, de su infancia, y momentos que, por increíble que resultara, eran incluso más alejados en el tiempo, anteriores a la existencia de Frances Caskey. Siempre llevaban el coche descapotado, y el rugido del viento impedía la conversación. El olor de las salinas en las que todos esos ríos, estuarios y arroyos vaciaban su contenido en Mobile Bay, se apoderaba de la mente de Frances, que, sin llegar a dormirse, tenía la sensación de estar soñando. El cielo rosado era claro y despejado. El agua era azul e inmóvil. El viento se convertía en una canción sin notas, melodía ni letra, pero con un tono y un ritmo que le resultaban de lo más familiares.

En sueños, Frances veía las cosas secretas que nadaban sin ser vistas, por debajo de la superficie del agua, y que contemplaban con avidez los automóviles que pasaban por el viaducto. Frances soñaba en lo que se ocultaba en la hierba baja de aquellas marismas insustanciales y en las cosas muertas que debían de haber quedado retorcidas y quebradas entre el lodo antiguo. Soñaba con los huesos enterrados en las colinas, veía lo que desgarraba las redes de los pescadores y comprendía por qué algunos de esos pescadores a veces desaparecían.

Se despertaba (o dejaba de soñar) cuando el descapotable salía del túnel que atravesaba el último zarcillo del segmentado río Mobile, y entonces se volvía hacia su hermana con una sonrisa.

—Oh, ya hemos llegado —decía.

El viaje de vuelta a Perdido, por la tarde, era distinto. Las nubes profanaban la pureza del cielo, ensombreciendo el este de forma prematura. Las marismas, las bahías, los ríos y las colinas de hierba parecían lugares sucios y empapados. Las pequeñas poblaciones del

condado de Baldwin eran lugares concurridos, ruidosos y vulgares. Incluso el bosque de pinos parecía polvoriento y tedioso. Ya en casa, Frances nunca soñaba y nunca recordaba lo que había soñado por la mañana.

Por las tardes siempre tenía la sensación de que le faltaba algo y deseaba que las horas pasaran rápido para que llegara de nuevo el amanecer. Y por la mañana, mientras Miriam conducía por el viaducto, volvía a soñar con todas esas cosas que había bajo la superficie azul y ondulante del agua.

6

Movilización

Perdido apenas prestaba atención a la guerra que se libraba en Europa; el pueblo estaba a favor de los Aliados y en contra del Eje, nada más. Perdido estaba más preocupada por las dificultades crecientes que imponían los severos y repetidos coletazos de la Depresión. Pero entonces, en noviembre de 1940 y de un modo tan inesperado como un golpe en la nuca, la Guardia Nacional se movilizó y ciento setenta hombres de Perdido recibieron la notificación de que podían llamarlos a filas en cualquier momento. Uno de los viejos barracones de Baptist Bottom, que había servido para alojar a los obreros del dique, se reconvirtió en depósito de armas, y los ciento setenta hombres (trabajadores del aserradero, haraganes y estudiantes de último curso del instituto) se congregaban allí todas las mañanas esperando la orden de incorporarse al Ejército. Pasó la Navidad y Año Nuevo, pero las órdenes seguían sin llegar.

Oscar lo agradecía, pues necesitaba a sus trabajadores. Durante la Depresión, había empleado a más hombres de los que en realidad necesitaban en el aserradero y en las fábricas de los Caskey. Durante los últimos meses, no obstante, la actividad había aumentado de forma considerable. El Departamento de Guerra había hecho grandes pedidos de madera y postes. Oscar se enteró de que estaban construyendo un nuevo fortín en Camp Rucca, en la región de Alabama conocida como Wiregrass, y oyó que había planes para triplicar el tamaño de Eglin Field, la base aérea de Florida.

Oscar puso anuncios en el *Perdido Standard* y en los periódicos de Atmore, Brewton, Bay Minette, Jay, Pensacola y Mobile ofreciendo trabajo a los hombres que todavía no estuvieran en alerta activa. Se presentaron algunos, pero menos de los que esperaba. Muchos chicos de los condados de Baldwin y Escambia ya se habían incorporado a filas. Cada mañana, mientras el barbero lo afeitaba, Oscar pensaba en las opciones que tenía: contratar a chicos del instituto por las tardes, dar empleo a mujeres en los trabajos menos duros que antes hacían hombres, y ascender a los hombres de color a puestos que de momento se les negaban. Eran estrategias que todavía no eran necesarias, pero Oscar quería adelantarse al momento en el que lo fueran.

Oscar había perdido parte de su optimismo. Con la muerte de

Mary-Love y la jubilación de James, la dirección del aserradero había recaído directa y exclusivamente sobre sus espaldas. De repente se había encontrado con una ampliación de las operaciones combinada con un descenso de los ingresos. Además, ya no era joven: tenía casi cuarenta y cinco años, dos hijas en la universidad y la responsabilidad de una industria de la que dependía el bienestar del pueblo entero. Se había instalado en una vida estrecha, estricta, limitada a su familia y al aserradero. Adoraba a su familia y estaba orgulloso del aserradero, pero a veces miraba a su alrededor y se preguntaba qué sentido tenía todo. A veces veía a su esposa y pensaba, ¿quién es esa mujer?

Elinor había cambiado, sobre todo desde la muerte de Mary-Love. Ahora era mucho más sosegada y menos propensa a los ataques de ira; parecía menos peligrosa. Ya no tenía el instinto destructivo que había visto en ella antes. Oscar sabía que en algunas ocasiones su esposa había actuado motivada por una especie de codicia desinteresada, más centrada en lograr bienes para él y para Frances que para sí misma. Pero el manantial de esa avaricia amorosa parecía haber perdido caudal en los últimos años. A veces, por la noche, tendido en la cama junto a Elinor, Oscar pensaba en el futuro del aserradero y le pedía su opinión. Quería saber qué haría ella en su lugar; quería oír lo que la gente del pueblo pensaba sobre ciertas cosas. Pero Elinor había perdido interés en esa clase de conversaciones. De hecho, había perdido el interés en tantas cosas que Oscar se alarmó y le sugirió que fuera a ver a Leo Benquith para que le recetara alguna medicina. Estaba seguro de que algo le pasaba.

—Elinor —le dijo una noche, volviéndose hacia ella en la oscuridad—. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Nunca me lo habías preguntado —replicó Elinor—. ¿Por qué quieres saberlo ahora?

Oscar titubeó.

—Últimamente actúas de un modo raro y pensaba que tal vez estabas embarazada.

Elinor soltó una carcajada, pero fue una carcajada breve y débil.

—He estado pensando —dijo Elinor, y Oscar se dio cuenta de que su esposa solo había estado esperando a que le hiciera una pregunta semejante para poder hablar sobre algo que la preocupaba desde hacía tiempo.

—¿Pensando en qué? —preguntó su marido en voz baja.

—En Miriam y en lo mucho que echó de menos su casa cuando se marchó a la universidad.

—Sí, lo recuerdo. Y no soltó prenda...

—Yo también echo de menos mi hogar, Oscar —confesó Elinor

con un hilo de voz, rodeando el cuello de su marido con los brazos con un gesto de fría desesperación.

—Elinor —exclamó él, sorprendido—. Creo que no habías mencionado Wade ni una sola vez en los últimos quince años.

Elinor hizo una pausa antes de responder.

—Pero le he dado muchas vueltas.

—¿Tienes a alguien allí que todavía siga vivo? Sé que nunca tienes noticias suyas...

—No quedamos muchos, es cierto. Y nunca nos hemos prodigado con las cartas o el teléfono.

—Entonces ¿por qué no coges el coche y les haces una visita?

—Sí, a lo mejor lo hago —dijo Elinor.

—Puede que te siente bien salir un poco de aquí. Creo que llevas demasiado tiempo encerrada. Perdido es un pueblo pequeño, y hace mucho que no vuelves a casa...

—La verdad es que sí —dijo Elinor con un suspiro—. Y lo echo de menos. Últimamente me siento cansada, abatida, y quizá recuperaría las fuerzas pasando una temporada en mi hogar.

—Ojalá pudiera acompañarte...

—No puedes, Oscar, estás demasiado ocupado con el aserradero —se apresuró a decir Elinor.

—Lo sé, pero llévate a alguien. Llévate a Sister, o a Grace, o a James. Sé que a todos les gustaría conocer a tu familia. Nunca hablas de ellos, por eso siempre se me olvida que tú también tienes parientes. Por algún motivo pensaba que estaban todos muertos...

—Como ya te he dicho, quedan unos cuantos —dijo Elinor—. Pero creo que prefiero ir sola.

—Tienes ganas de perdernos de vista, ¿verdad? No te culpo en absoluto. Podemos llegar a cansar bastante, ¿verdad?

Elinor se rio y abrazó aún más a su marido. Su gesto ahora transmitía menos desesperación, pero sus brazos seguían siendo húmedos y fríos.

A la mañana siguiente, en la barbería, Oscar no solo pensó en el aserradero, sino también en su esposa. Le complacía creer que había conseguido descubrir su secreto: la nostalgia que sentía por Wade, en el condado de Fayette. De todas las cosas que podrían haber deprimido o entristecido a Elinor, lo último que se le habría ocurrido era que pudiera echar de menos a su familia y su primer hogar. Haría lo posible por que pudiera marcharse pronto, porque quería que recuperara el ánimo y la energía cuanto antes. Cuando llegara a casa, al mediodía, la animaría a partir esa misma semana; al fin y al cabo,

no había nada en Perdido que la retuviera.

Sin embargo, al llegar a casa se sorprendió al ver que, sin mediar palabra, Elinor ya se había marchado.

—Ha sacado una maleta, la pequeña —explicó Zaddie—. Ha enviado a Bray a llenar el depósito del coche, me ha explicado todo lo que tengo que hacer en su ausencia y luego se ha marchado. Le he dicho: «Señorita Elinor, ¿no quiere un poco de pollo?», pero me ha contestado: «Zaddie, me muero de ganas de llegar a mi casa». No quería perder ni un segundo, señor Oscar.

—No me lo puedo creer —dijo Oscar, perplejo—. Ni siquiera me ha dicho adiós.

Zaddie repitió su historia a los demás miembros de la familia a medida que fueron llegando para comer. Todos los Caskey se sorprendieron sin excepción, y de vez en cuando la llamaban para hacerle otra pregunta desconcertada.

—Zaddie, ¿ha llamado antes a Wade para ver si alguien estaría en casa? —preguntó Queenie.

—¿Ha dejado algún número para que podamos ponernos en contacto con ella? —intervino Grace.

—¿O una dirección para poder mandarle un telegrama? —añadió James.

—¿Ha dicho al menos cómo se llama la gente que ha ido a visitar? —preguntó Oscar—. Imagino que serán los Dammert, pero no creo que nunca se lo haya oído decir a Elinor con seguridad. Podrían ser del lado de su madre, en cuyo caso nunca sabríamos cómo ponernos en contacto con ellos —añadió, tras lo que miró a los congregados a la mesa—. ¿Alguno de vosotros ha estado alguna vez en Wade?

Todos los Caskey negaron con la cabeza.

—Yo nunca había oído hablar de ese lugar hasta que Elinor dijo que había nacido allí —confesó James—. Y se me había olvidado hasta ahora. ¡Quién habría dicho que a Elinor todavía le quedaba familia a la que visitar! Creo que no los ha mencionado ni una sola vez en los últimos veinte años…

—Yo lo único que sé —añadió Sister— es que debía de estar muy ansiosa por ir, si se ha marchado sin decirle adiós a nadie más que a Zaddie. Oscar, ¿estás seguro de que no ha pasado por el aserradero antes de salir del pueblo?

—Estoy seguro, no ha pasado —dijo Oscar.

—Es que se fue hacia el otro lado —comentó Zaddie desde la cocina—. Hacia la vieja carretera federal.

Todos se quedaron de piedra.

—¡Pero si no lleva a ninguna parte! —exclamó James—. Espero que se haya llevado un mapa, porque la vieja carretera federal se desvanece sin más.

Nadie entendía nada. No tenían ningún modo de ponerse en contacto con Elinor si surgía una emergencia, y no tenían ni idea de cuándo tenía previsto regresar. No había dado ninguna indicación sobre la duración de su estancia. Cada día, los Caskey esperaban que volviera a aparecer, y por las noches Oscar se acostaba solo y decepcionado. Al cabo de una semana, Grace se ofreció para conducir hasta Wade (dondequiera que estuviera) e ir a buscar a Elinor, pero Oscar rechazó el plan.

—No, no quiero que lo hagas. Elinor está bien, no me preocupa ella. Quería alejarse un tiempo de nosotros. Después de veinte años, no se lo reprocho. No vamos a salir a deambular por ahí para traerla de vuelta a rastras, como si no pudiéramos vivir sin ella.

—Yo no puedo vivir sin ella, papá —protestó Frances—. ¡La echo tanto de menos!

—Ya lo sé, cariño, y yo también —respondió Oscar con un suspiro.

A mediados de la segunda semana de ausencia de Elinor, durante unos días del mes de junio de 1941 en los que hizo un calor fuera de lo habitual, los hombres de la Guardia Nacional recibieron órdenes de trasladarse al cabo de dos días a Camp Blanding, en la costa atlántica de Florida, para recibir instrucción básica. Los chicos y los hombres tenían dos días para dejar sus asuntos resueltos, despedirse de quien fuera y salir a emborracharse.

En la víspera del día en que debían incorporarse al servicio —tenían previsto partir a las seis de la mañana—, dos alumnos de último curso del instituto, vecinos y amigos de toda la vida que de pronto iban a verse apartados de sus estudios y de sus escarceos con las chicas, cruzaron la frontera de Florida en coche y, mediante un soborno de un dólar, compraron una caja de veinticuatro botellas de cerveza Budweiser.

Cuando regresaban a Perdido, temiendo que sus padres u otros adultos pudieran ver con malos ojos esa indulgencia alcohólica, dieron un rodeo hacia el norte y aparcaron su automóvil en el robledal que quedaba justo encima de la confluencia de los ríos Perdido y Blackwater. De inmediato procedieron a abrir las botellas y trasegar su contenido. Cuando iban por la tercera ronda, uno de los chicos sintió

la necesidad imperiosa de aliviar la vejiga. Salió del coche y se acercó a uno de los robles. Mientras estaba allí, orinando de pie sobre una de las ramas más bajas, divisó algo brillante y metálico entre la cortina de hojas. Cuando se hubo abotonado de nuevo los pantalones, apartó las ramas bajas y se metió bajo la sombrilla viviente en la que se había convertido la copa del roble. Para su sorpresa, descubrió un coche. Había una pequeña maleta en el asiento trasero y las llaves estaban aún en el contacto. Aturdido por la cerveza, intentó resolver el misterio de la presencia inesperada de ese coche sin pasajero.

Su prolongada ausencia atrajo la atención de su amigo, que tampoco fue capaz de dar con una explicación para aquella aparición. Con la esperanza de encontrar alguna pista acerca del propietario del vehículo, y animados por las tres botellas de Budweiser que se habían tomado, los chicos decidieron abrir la maleta. Estaba vacía.

—Es un coche robado —dijo el chico que lo había descubierto—. Debieron de robarlo y lo dejaron aquí.

—Pero si simplemente pensaba dejarlo y marcharse, ¿por qué se molestó en esconderlo? —preguntó su amigo.

—Tal vez haya un cadáver en el maletero.

Pero ni siquiera la idea de que al día siguiente estarían oficialmente alistados en el Ejército les bastó para reunir el valor necesario para poner a prueba esa hipótesis.

Los chicos salieron dando tumbos de debajo del árbol y regresaron a su coche. Se tomaron cuatro botellas más para intentar olvidar el automóvil oculto bajo el árbol y luego seis más mientras intentaban predecir lo que iba a depararles la vida militar. Mientras el sol se ocultaba tras el horizonte, los chicos perdieron la conciencia dentro del coche, con la esperanza de despertar sobrios.

A la mañana siguiente a primera hora, tres autobuses aparcaron frente al ayuntamiento y ciento quince hombres se subieron a ellos. La mayoría de los habitantes de Perdido habían ido a despedirlos. Pero la ocasión quedó arruinada de repente cuando anunciaron que faltaban dos estudiantes de último curso del instituto, los únicos hombres llamados a filas de todo el condado de Baldwin que no se habían presentado. La deserción de esos dos chicos se consideró una lacra para el pueblo. Sus padres, avergonzados e inquietos, regresaron a sus casas asegurando débilmente que debían de haber sufrido algún accidente; que si no se habían presentado tenía que ser por alguna necesidad inaplazable.

Los Caskey se habían unido a sus conciudadanos en el ayuntamiento, y cuando los autobuses hubieron partido entre gritos de

ánimo deslucidos, ellos también se retiraron. Para su gran sorpresa, se encontraron el coche de Elinor aparcado delante de la casa, y a ella sentada en el porche, esperándolos. Oscar aceleró el paso mientras Frances echaba a correr hacia su madre. Elinor la recibió entre sus brazos y la levantó del suelo.

—¡Ay, mamá, te he echado tanto de menos! No sabíamos cuándo volverías, debo de haber mirado por la ventana cincuenta millones de veces con la esperanza de verte.

—Bueno —se rio Elinor—, pues ya he vuelto, cariño.

—Estás espléndida —dijo Frances, algo sorprendida cuando se apartó de su madre y la miró a la cara con detenimiento.

Entretanto, Oscar y los demás ya habían llegado a los escalones de la casa.

—Es verdad, estás guapísima —constató Oscar. Elinor bajó los escalones y le dio un beso a su marido. Todos se disputaron la oportunidad de abrazarla.

—Me siento estupendamente —anunció Elinor—. Me siento capaz de acabar con todo el ejército alemán yo sola.

—Parece que este viaje te ha sentado de maravilla —comentó James.

—¿Qué has hecho en Wade, mamá? —preguntó Frances.

—Nada. Nada de nada. Volví a casa y estuve holgazaneando por ahí. No he hecho absolutamente nada. Solo necesitaba apartarme de vosotros durante dos semanas, eso es todo —dijo, y se echó a reír con regocijo. Oscar se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había visto a su mujer tan despreocupada.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó Sister.

—Ah, bien —respondió Elinor sin entrar en más detalles—. No quedan muchos vivos, y tampoco es que nos llevemos muy bien.

—¿Por qué no? —preguntó Grace.

—Bueno, porque creen que me marché y los dejé tirados cuando vine aquí y me casé con Oscar. La mayoría de ellos nunca salen de allí. Yo lo hice y no se lo tomaron bien, nada más.

—¿Y todavía están enfadados? —preguntó Oscar con curiosidad. Elinor nunca le había hablado de su familia.

—Por supuesto —replicó con una sonrisa—. Pero durante dos semanas no me ha importado. Por mí, podían decir misa. Simplemente me he alegrado de poder pasar unos días en casa.

Elinor parecía haber recuperado toda su energía y determinación. Ya nunca estaba quieta, nunca se mostraba infeliz y nunca le faltaba una ocupación u otra. Se propuso añadir un lecho de camelias nuevo en la

parte trasera de la casa y mandó a Bray que lo construyera, a pesar de las protestas de este, que consideraba que en aquel suelo arenoso no había nada que hacer. Compró muebles nuevos para las habitaciones de la planta baja. Colgó unas cortinas en el primer piso de la casa de Miriam y Sister sin que ellas se lo pidieran. Hablaba con Oscar sin cesar sobre los efectos que la guerra podía llegar a tener sobre el negocio, y se recorría todo el condado en coche, llamando puerta a puerta para preguntar si alguien necesitaba empleo en el aserradero. A veces acompañaba a Frances y a Miriam a Mobile, y se pasaba el día de compras mientras ellas estaban en clase. Ella y Zaddie limpiaron la casa y se dedicaron a tirar todo lo que no se había usado en los últimos dos años. Llevó a Leo Benquith en coche a casa de los Sapp para que curara a todos los hijos y nietos de las enfermedades típicas de las familias rurales empobrecidas. Fue con Queenie a visitar a Dollie Faye Crawford a la carretera de Bay Minette. Se ofreció para enseñarle a Lucille a coser a máquina. Preparó pasteles de frutas y se los mandó a Malcolm, que estaba destinado en Nueva Jersey. La familia entera pareció contagiarse de su buen humor.

Las noticias que llegaban de Europa eran cada vez más siniestras, y el Departamento de Guerra no paraba de mandar nuevos pedidos al despacho de Oscar. Por primera vez desde 1926, el aserradero de los Caskey funcionaba casi a pleno rendimiento. Un murmullo de actividad constante subyacía a la vida en Perdido. Puede que fuera la maquinaria del aserradero cortando madera y astillas, fabricando postes, jambas y marcos para ventanas. O tal vez era el río Perdido, casi olvidado tras sus muros de arcilla roja, que fluía con la urgencia de antaño, inexorable como siempre, transportando hojas, palos y huesos hacia la confluencia, y enterrándolos en el lodo que cubría el fondo del río.

Los ciento quince chicos de Perdido terminaron la instrucción básica a finales de abril y a continuación quedaron repartidos por todo el país. La mayoría de ellos terminaron en Michigan, algunos en Missouri, y a unos cuantos los enviaron a contribuir en las tareas de construcción de Camp Rucca. A los dos alumnos de último curso del instituto que no se incorporaron no los encontraron jamás. Una semana más tarde, cuando deberían haber terminado la instrucción básica, hallaron su automóvil, con media caja de Budweisers sin abrir en la parte trasera, en el robledal que había en el flanco deshabitado de la confluencia.

7

Racionamiento

Cuando un domingo por la tarde oyeron la noticia en la radio, Lucille y Queenie ni siquiera sabían dónde estaba Pearl Harbor. En Perdido, poca gente lo sabía. No obstante, todos entendieron lo que significaba el bombardeo japonés para el país. Durante toda la tarde, la gente fue de casa en casa exclamando cosas como «¡Qué va a ser de nosotros!». La guerra era inevitable. Y todo el mundo tenía su teoría sobre cómo iba a afectar a Perdido.

Tres días después de la declaración de guerra, empezaron los racionamientos de gasolina. Como propietarios de una industria considerada de vital importancia para la defensa del país, las tres viviendas de los Caskey recibieron una clasificación de tipo «C», que les daba derecho a cincuenta y seis litros de gasolina semanales. El racionamiento del azúcar tampoco tardó en llegar, y más adelante fue el turno de los zapatos y la carne.Todos los ciudadanos tenían que registrarse en el ayuntamiento para recibir sus cupones, y para ello debían declarar su edad. Las mujeres de Perdido nunca habían sufrido un ataque tan burdo a su intimidad, pero a pesar de los llamamientos patrióticos, ninguna admitió tener más de cincuenta y cinco años, ni siquiera las que a menudo rememoraban sus recuerdos de la guerra civil.

La economía del país se recuperó de repente, tal como Oscar había predicho. El despacho del aserradero de los Caskey se llenó de pedidos del Departamento de Defensa. Frances y Miriam acudían al aserradero los sábados y domingos para asistir a su padre con el trabajo acumulado. Frances estorbaba más que ayudaba, pero Miriam comprendió el negocio de forma instintiva nada más poner los pies en el aserradero. Las dos muchachas recorrían las zonas rurales en uno de los camiones de la empresa (para no malgastar su asignación personal de gasolina) para ofrecer trabajo en el aserradero a todos los hombres que encontraban.

Todas las nuevas bases militares se estaban construyendo con madera. En Camp Rucca había tres mil hombres instalados en tiendas, y era necesario erigir barracones lo más pronto posible. A menudo Oscar era capaz de suministrar la madera necesaria al día siguiente de recibir el encargo formal. La base aérea de Eglin Field, cerca de Pensacola, había empezado a expandirse, y Oscar consiguió también ese contrato. Se estaban tendiendo miles de kilómetros de líneas

eléctricas por todo el país, y la planta de Oscar era la que fabricaba los postes de mejor calidad y con mayor celeridad.

Oscar estaba ocupadísimo. No solo tenía que lidiar cada vez con más papeleo, sino que encima tuvo que aprender a tratar con los militares. Aquella era una experiencia empresarial distinta a la que había tenido hasta entonces con civiles, cuyas transacciones eran menos estrictas pero mejor informadas. En una época en la que todo patriota se había alistado, los hombres pobres habían aceptado incorporarse a filas por veintiún dólares al mes con alojamiento y comida incluidos, y los demás habían sido llamados a filas, Oscar se dedicaba a buscar trabajadores para cubrir un segundo turno. Además, recorría los bosques de la familia para determinar el orden de las talas y, puesto que nadie conocía el asunto mejor que él, supervisaba las tareas de reforestación.

La vida en Perdido cambió de la noche a la mañana. Ahora había plena ocupación y el aserradero necesitaba incluso más mano de obra. Muchas de las mujeres del pueblo habían encontrado trabajo construyendo buques de la clase Liberty en los astilleros de Pensacola y Mobile. Cada mañana a las seis en punto salían dos autobuses repletos de esposas de Perdido que no habían tenido un empleo remunerado en toda su vida. En aquel tranquilo rincón rural de Alabama reinaba una actividad frenética, sin precedentes. Los contratos del Departamento de Defensa reportaron tanto dinero que Oscar consideró oportuno aumentar los salarios de forma generalizada en dos ocasiones durante los seis primeros meses de la guerra. Los trabajadores invertían sus nuevos ingresos en Perdido. Las tiendas que habían cerrado al inicio de la Depresión abrieron de nuevo y empezaron a prosperar de inmediato.

Incluso Baptist Bottom mejoró. Los hombres negros trabajaban en el aserradero o se alistaban en el Ejército. Las mujeres negras se hicieron cargo de hogares blancos en los que tanto el marido como la mujer tenían que trabajar. A partir de los trece años, las chicas negras se vieron empujadas al servicio.

Oscar ganó dinero desde el principio. No había previsto que la prosperidad acabara dependiendo de la declaración de guerra, pero el caso era que el aserradero de los Caskey había llegado a ese momento totalmente preparado, lo cual se tradujo en unos beneficios considerables.

Sister y James ya no tenían que pedirle dinero a Oscar para sus gastos. Cada vez con más frecuencia, Oscar obsequiaba a su tío a y a su hermana con cheques por valor de varios centenares de dólares. Más adelante pasó a pagarles por miles. James y Sister echaban un

vistazo a los giros y los firmaban sorprendidos y con manos temblorosas.

—Oscar —dijo Sister un día durante la cena—, cuando yo era pequeña e incluso más tarde, cuando ya vivía con Early, no sabía gran cosa sobre el aserradero. Nadie me contaba nada. Pero nunca habíamos ganado tanto dinero como ahora, ¿verdad? Mamá lo acumulaba y lo guardaba, ya lo sé, pero nunca me pareció que llegara tanto y con tanta facilidad, ¿verdad? Cada vez que me doy la vuelta me tiendes un cheque.

Fue James quien le respondió.

—No, nunca llegaba tan rápido ni con tanta facilidad. Y no es solo por la guerra. Es también por lo que Oscar hizo antes de la guerra. Oscar, ¿sabías que todo esto iba a suceder?

—Más o menos —contestó Oscar con cierta incomodidad—. Sabía que ocurriría algo. De hecho, a quien tenéis que agradecérselo es a Elinor.

Esta asintió ante el elogio de su marido.

—¿Qué hiciste? —preguntó Sister, pero fue Oscar quien respondió:

—Elinor siempre me animaba a ampliar la planta, a hacer las cosas bien incluso cuando para ello había que echar mano al capital. No me resultó nada fácil, ya sabes cómo era mamá con la gente que gastaba su capital. Expandir, mejorar, crecer, conseguir nueva maquinaria, adquirir más tierras... Elinor no paró de insistir en que teníamos que seguir por ese camino.

Sister y James se volvieron hacia Elinor.

—Entonces tú sí viste venir la guerra.

—No —respondió Elinor, como si en realidad estuviera respondiendo todo lo contrario—. Simplemente supe qué era lo mejor para Oscar y para el aserradero.

—Nos estamos haciendo ricos, os lo aseguro —prosiguió Oscar—. Y lo que nos lo está permitiendo es el hecho de tener tantas tierras. Cada vez que salía a la venta una hectárea de terreno, Elinor me insistía en que teníamos que comprarla. Me decía «Oscar, ve a por ello». Y yo le hacía caso, aunque solo fuera para que se callara. Ya sabéis que hay aserraderos en Atmore y Brewton, y si tuvieran los árboles necesarios, podrían conseguir tantos contratos como yo. Pero les faltan los árboles, y cada vez que llega un pedido tienen que ir a buscarlos demasiado lejos. Durante los últimos diez años han estado perdiendo terrenos, incluso me vendieron algunos a mí, y ahora se quedan cortos. Todos me tomaron por loco, dedicando tanto dinero a acumular tierras...

—Yo también creía que era una locura —admitió James.

—Sí —convino Sister—, pero tú y Elinor nos habéis demostrado que James y yo nos equivocábamos, gracias a Dios. Ha habido momentos en los que no estaba segura de poder pagarle los estudios a Miriam.

—Cielo santo, Sister —exclamó James—, pero si dentro de unos meses tendremos ya dinero suficiente para comprar la universidad entera.

La amistad de Queenie Strickland con Dollie Faye Crawford había sido sincera; la primera no la había buscado solo para asegurarse un testimonio favorable cuando el caso de Malcolm llegó a juicio. Después de que Malcolm marchara para alistarse en el Ejército, Queenie siguió visitando la tienda y empezó a comprar allí, lo mismo que James y Elinor. Resultaba insólito que la familia más rica del pueblo acudiera a un almacén rural para llenar su despensa, pero a los Caskey no les importaba lo que pudieran pensar en Perdido. La familia quiso continuar compensando el susto que Dollie Faye se había llevado enfrentándose a Malcolm Strickland y Travis Gann armados con escopetas.

Como resultado de esa nueva y en cierto modo extraordinaria clientela, Dollie Faye empezó a abastecerse mejor. James Caskey le prestó dinero para construir un ahumador en la parte trasera. No tardó en añadir un matadero y contrató al hijo de un vecino granjero para que se encargara de él. Cuando se supo que la señora Crawford vendía el mejor tocino y cerdo del condado, otros residentes de Perdido también empezaron a desplazarse hasta la tienda de la carretera de Bay Minette. Elinor le prestó mil dólares a Dollie Faye y Oscar envió a cuatro carpinteros, que pasaron una semana trabajando para mejorar el establecimiento.

Dollie Faye era consciente de que los Caskey eran la fuente de su nueva prosperidad y, a pesar del racionamiento, se aseguró de que no pasaran penurias. Hacía llamadas clandestinas cada vez que iban a sacrificar un cerdo, y Queenie, Elinor o Sister llegaban justo a tiempo para oír los chillidos en el matadero. Los Caskey siguieron disponiendo de azúcar para que Elinor pudiera continuar horneando pasteles de fruta. En cualquier caso, el azúcar no habría sido un problema, ya que Ivey, Zaddie y Luvadia podían conseguir todo el azúcar de caña que quisieran de la granja que su madre tenía más allá de Old Federal Road. Lo único que daba problemas a Dollie Faye eran los zapatos y los neumáticos. Oscar podía arreglárselas con los últimos gracias a los contactos que había establecido en los últimos años con

el ejército, y de vez en cuando, si iba acompañado por algún coronel, se le permitía comprar en las tiendas de aprovisionamiento militar de la base de Eglin, donde aprovechaba también para conseguir zapatos.

Al inicio de la contienda, el Departamento de Guerra contrató a Early Haskew como ingeniero civil. Le asignaron un sueldo generoso y de inmediato lo enviaron a Washington. Desde allí llamó por teléfono a Sister y se lo contó. Ella se alegró por él. Llevaba tanto tiempo separada de su marido que ya lo consideraba un viejo amigo. Y la noticia de que un viejo amigo gozaba de una posición lucrativa e importante la complació. Además, se alegraba de que el traslado mantuviera a Early alejado de ella. Como funcionario que era, tenía acceso a cupones de racionamiento extraordinarios, que metía en sobres y enviaba por correo a Sister. Los Caskey estuvieron bien provistos durante una época que para mucha gente resultó trágica y difícil.

De hecho, Perdido en general sufrió menos que otras partes del país. El pueblo apenas había salido de la Depresión, y muchos de los chicos que se alistaron en el Ejército lo hicieron con una voluntad que excedía el mero cumplimiento del deber patriótico. El sustento, el alojamiento y el dinero contante y sonante eran más fáciles de conseguir si llevabas uniforme en Michigan que si vivías en una casucha destartalada en alguna área rural del condado de Baldwin. Gran parte de las tierras que rodeaban Perdido eran bosques propiedad de los Caskey, pero también había unos cuantos granjeros, algunos negros, otros indios y otros blancos pobres; y todos ellos estaban molestos con los intentos del Gobierno de regular cualquier parte de sus vidas. Sacrificaban a sus animales en privado y recogían las cosechas a primera hora, antes de que los agentes pudieran patrullar por las carreteras. Cuando tenían que responder a las preguntas de esos agentes, los granjeros solían quejarse de que el mal tiempo, los insectos y los animales rapaces habían diezmado sus cosechas. Con la cara manchada de tierra, sus hijos se dedicaban a vender hortalizas en carros tirados por mulas por las calles residenciales de Perdido. Ocultos en cajas cerradas, llevaban también piezas de tocino, bistecs de buey envueltos en papel de estraza y pollos con el cuello retorcido.

Ante el temor de que las restricciones de gasolina que sufría la población obligaran a Miriam y Frances a volver a instalarse en el colegio mayor del Sagrado Corazón, los Caskey se dedicaron a acumular prudentemente los cupones asignados para que las dos hijas pudieran llegar por lo menos hasta el final del semestre. Así, Miriam conseguiría graduarse y el problema dejaría de afectarla; en cuanto a

Frances, en cambio, cuando regresara a la universidad al otoño siguiente, tendría que resignarse a vivir fuera de casa.

Una mañana gélida de principios de marzo, Miriam y Frances salieron de Perdido en coche media hora antes de que asomara el sol para llegar a tiempo a las clases de las siete y media. Cuando se aproximaban a la tienda de Crawford, Miriam rompió el silencio.

—Frances, ¿esa que está frente a la tienda con una linterna no es la señora Crawford?

Frances salió de su ensoñación habitual y echó un vistazo antes de responder:

—Sí, es ella. Para un momento.

En la oscuridad, Miriam detuvo el coche en el sendero de arcilla roja del almacén.

—Hola, señora Crawford —dijo Frances—. ¿Hay algún problema?

—No, todo bien —respondió Dollie Faye—. Solo pensaba que tal vez os faltaría gasolina esta mañana.

—Tenemos bastante para llegar hasta Mobile y volver —dijo Miriam—. Y, además, no he traído los cupones.

—Dejadme que os llene el depósito de todos modos —dijo Dollie Faye, descolgando la manguera del surtidor—. Ya me daréis los cupones en otro momento.

—Hola, señor Crawford —dijo Frances, saludando a Dial. El anciano se levantó del banco y se acercó al coche con un trapo mojado para limpiarles el parabrisas, pero entonces se la quedó mirando y murmuró algo incoherente.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Frances, que no había entendido ni una sola palabra.

—No le hagáis caso —exclamó Dollie Faye desde detrás del coche —. ¡Cállate, Dial!

El hombre siguió murmurando y mirando fijamente a Frances mientras les limpiaba el parabrisas. Frances vio algo en él que le dio miedo, de modo que se arropó todavía más con su jersey.

—Lo añadiré a la cuenta de Sister —anunció Dollie Faye después de rellenar el tanque de combustible.

—Gracias, señora Crawford —dijo Miriam—. Mañana le traeré los cupones.

—No hace falta que os preocupéis por eso, chicas —dijo Dollie Faye con cierta solemnidad—. Más vale que penséis en la universidad. Sé lo mucho que os esforzáis allí, y eso hace muy feliz a vuestra familia. Por cierto, siempre que necesitéis gasolina, parad aquí un momento cuando paséis por la mañana. Podéis llamar a mi ventana, esa de ahí —dijo, señalando la que quedaba a su espalda—, y yo me

levantaré y os la pondré en un momento —aseguró, y a continuación echó un vistazo a la carretera: estaba oscura y no había pasado ni un solo coche desde que Miriam había aparcado—. A estas horas, tan temprano, nunca hay nadie por aquí...

—Señora Crawford —dijo Miriam—, acaba usted de ganarse el cielo.

Con el depósito lleno, Miriam y Frances se adentraron en la oscuridad camino a Mobile.

Miriam y Frances terminaron el curso en el Sagrado Corazón con la ayuda clandestina de Dollie Faye. Miriam se graduó con la segunda mejor nota de la promoción, y los Caskey acudieron a la ceremonia de entrega de diplomas. Miriam no dudó en expresar el alivio que le suponía haber terminado los estudios. De vuelta en Perdido, nadie se atrevió a preguntarle qué pensaba hacer a continuación. Y, como era característico en ella, Miriam no reveló de inmediato sus intenciones. En lugar de eso, el día posterior a su graduación se presentó en casa de sus padres a la hora del desayuno para hablar con su padre.

—Bueno, Oscar, ya que hoy no tengo que ir a Mobile, tal vez sería buena idea que te acompañara al aserradero y te echara una mano.

—Cielos, Miriam, me encantaría que vinieras. Y me vendrá la mar de bien que me eches una mano. Tengo la sensación de andar cada vez más retrasado en todo.

Padre e hija salieron en coche juntos, volvieron a casa al mediodía juntos, regresaron al aserradero juntos tras tomarse un segundo vaso de té helado y a las cinco y media se acomodaron por fin en el porche, juntos.

—Miriam —dijo su padre, sacudiendo la cabeza—, te has ventilado todo ese trabajo como si nada. Nunca había visto nada semejante. Me has solucionado una semana entera.

—Pues mañana puedo ir otra vez, si tú quieres —respondió Miriam, como si nada—. Por ahora no tengo nada mejor que hacer.

—Pues la verdad es que me gustaría —se apresuró a responder Oscar, que no se había atrevido a pedírselo directamente.

A partir de entonces, Miriam acudió al aserradero a diario y siguió los mismos horarios que su padre. Oscar mandó derribar un tabique de su despacho para poder duplicar el espacio. Le asignó a Miriam un escritorio propio y unos archivadores, y contrató a una alumna del instituto para que fuera su mecanógrafa. Al cabo de un mes, Oscar llegó al despacho y le tendió un cheque con la paga.

—Oscar —se extrañó ella, examinando el cheque—, ¿por qué me pagas por este trabajo? Yo lo hago porque quiero...

—Es lo mínimo que puedo hacer, Miriam. Me sentía culpable de tenerte aquí trabajando así; de algún modo tengo que aliviar mi conciencia.

Ella volvió a echarle un vistazo al cheque.

—En ese caso, supongo que ahora trabajo para ti.

—Así es. Creo que no sería capaz de salir adelante sin tu ayuda.

—Yo también lo creo —confirmó ella, y le devolvió el cheque por encima de la mesa—. O sea que con este dinero no basta: tienes que subirme el sueldo.

Él sacudió la cabeza, soltó un suspiro y volvió al despacho de contabilidad. Miriam obtuvo el aumento que había reclamado.

—¿Qué piensas hacer con todo ese dinero, cariño? —le preguntó Sister una noche en casa de Elinor.

—No es asunto tuyo —replicó Miriam, la única que podría haber dicho algo semejante sin que sonara como una insolencia.

—¿Piensas darme algo para ayudarme a mantener la casa?

Miriam se echó a reír.

—Sister, ya te sale el dinero por las orejas. ¿Vas a pagarme tú un alquiler por vivir en mi casa?

—No —respondió Sister—. Ni hablar. No tienes ni idea del tiempo y la energía que dedico a mantener la casa.

—Entonces estamos en paz —sentenció Miriam. Dicho esto, miró a su alrededor: en el porche, los miembros de su familia estaban leyendo, jugando a las damas o meciéndose en balancines, disfrutando de la cálida brisa del atardecer—. Voy a invertir el dinero.

—¿En qué? —preguntó Frances, levantando la mirada.

—Diamantes —respondió su hermana—. Me he procurado otra caja de seguridad y pienso llenarla hasta arriba...

La familia llegó a la conclusión de que, por muchos años que llevara muerta, Miriam sería siempre la niña de Mary-Love.

8

Billy Bronze

Mientras duró la guerra, todos los sábados y domingos Perdido se llenaba de soldados que llegaban de permiso procedentes de la base aérea de Eglin. Algunos de esos hombres querían ir a la iglesia, y otros llevarse a alguna chica de la zona al salón de baile construido sobre pilotes en el lago Pinchona. Las familias de Perdido alojaban con gusto a esos soldados, les ofrecían grandes platos de pescado el sábado por la noche, y jamón y costillas los domingos, después de la iglesia, y luego pasaban el rato con ellos en el porche. Los soldados no tenían que pagar para entrar en el cine Ritz o para alquilar los automóviles con los que acudían al lago. A cambio, la gente de Perdido conseguía una ración extra de cupones, neumáticos de contrabando y comida que no estaba disponible en las tiendas. Perdido aún recordaba cómo había cambiado el pueblo con la afluencia de trabajadores del dique en 1922; la situación ahora no era muy distinta, solo que los hombres iban uniformados, llegaban de todos los rincones del país y eran, gracias a Dios, mucho más educados.

Al final de la misa dominical, la congregación cantaba las cuatro estrofas de *God Bless America* impresas en una hoja pegada con cola en la tapa de sus himnarios. Durante esa canción patriótica, Elinor siempre observaba a la congregación y elegía a los tres, cuatro o cinco soldados a los que pediría que la acompañaran a casa ese día. Cuando terminaban los cánticos, les señalaba las opciones a Queenie y a Sister, y entre las tres se lanzaban a la captura de los hombres antes de que nadie más pudiera invitarlos. Zaddie, Ivey y Roxie preparaban comida y cena para los soldados; cuando los Caskey no tenían compañía, en cambio, se las arreglaban solo con la comida. Todos los domingos, el comedor de Elinor quedaba repleto de familiares y visitantes uniformados. Algunos de los hombres de Eglin solo acudían en una ocasión, pero la mayoría repetían dos o tres veces, y los especialmente favorecidos por los Caskey los visitaban cada vez que surgía la oportunidad. La familia nunca se había mostrado tan sociable y locuaz. Siempre había algún hombre del Cuerpo Aéreo importunando a las cocineras en la cocina, sentado con Elinor en el porche del piso de arriba o esperando en los escalones de la entrada a que Frances y Miriam regresaran de Mobile al atardecer.

De vez en cuando llegaban también militares de color, que se quedaban en la celosía o en el patio trasero, para alegría de Zaddie y

Luvadia.

A veces, durante las comidas, había tantos comensales que no cabían todos en el comedor y tenían que montar un bufé en el porche del primer piso. Los militares flirteaban con Sister, que era mayor que las madres de la mayoría de ellos; trataban a James y a Oscar con deferencia; demostraban su admiración por Elinor y cuando estaban con Frances, Miriam y Lucille exhibían una educación calculada para dejar claro que sus intenciones eran inocentes; intentaban llevarse a Danjo de caza, y desafiaban a Grace en proezas atléticas cada vez más meritorias.

La mayoría de esos visitantes uniformados nunca pasaba el tiempo suficiente en la casa como para forjar lazos íntimos con la familia. Tras cierto tiempo de formación, los mandaban a Europa o al Pacífico Sur. Los Caskey recibían alguna que otra postal —a veces censuradas—, pero esas comunicaciones no solían durar mucho.

La única excepción a la naturaleza efímera de la multitud de invitados de Elinor fue un cabo de las montañas de Carolina del Norte. Se llamaba Billy Bronze, era un instructor de mecánica de radio y lo habían destinado de forma permanente en Eglin para formar a los nuevos reclutas. Era un tipo realmente atractivo, con el pelo rubio oscuro, los ojos grises y el mentón ensombrecido por la barba. Era de modales reservados, pero seguro de sí mismo.Tenía veintisiete años, y puesto que la mayoría de los invitados de Elinor no tenían más de diecinueve o veinte, parecía mucho más maduro en comparación. En una ocasión puso fin a una pelea en el patio trasero entre soldados blancos y de color, y bastó esa afortunada intervención para que se acordaran de él y lo invitaran de nuevo. Acudió al día siguiente, y al otro también. Un fin de semana le pidieron que se quedara en una de las habitaciones para invitados, siempre que su permiso y el oficial al mando lo permitieran, y el sábado por la noche siguiente repitió. Pronto Elinor confiaba en que el cabo Bronze mantuviera a los chicos a raya, se deshiciera de los alborotadores y le recomendara los hombres solitarios de Eglin que más pudieran beneficiarse de la hospitalidad de los Caskey.

En la mayoría de circunstancias, Billy era un hombre directo y afable, pero con Frances se mostraba más vergonzoso. A pesar de ello y de la timidez natural de Frances, los dos parecían disfrutar con la compañía del otro y gozaban de numerosas oportunidades para estar juntos. Billy acudía a Perdido al menos dos tardes por semana, a veces incluso con más frecuencia, y cada quince días se quedaba a pasar el fin de semana. En una casa repleta de familiares, sirvientes e invitados, no obstante, los dos jóvenes apenas tenían ocasión de verse

a solas.

Un sábado por la noche, cuando ya se habían acostado y la casa volvía a estar tranquila, Oscar comentó la situación con su esposa.

—El cabo Bronze le presta bastante atención a nuestra hija.

—Sí, eso parece —respondió Elinor.

—¿Y tú qué piensas?

—Que es un joven agradable.

—¿Pero te parece lo bastante bueno para Frances?

—Nadie es lo bastante bueno para nuestra Frances, pero algún día tendrá que casarse, y Billy no será ni mucho menos tan malo como la mayoría de los chicos que pasan por aquí. Aunque una cosa es tenerlo sentado a la mesa del comedor y otra es que se case con tu hija...

—¿Crees que deberíamos decirle algo a Frances? —preguntó Oscar.

Elinor negó con la cabeza.

—Tarde o temprano Frances tendrá que tomar una decisión, pero ahora mismo tiene solo veinte años. Quizá todavía es demasiado pronto.

—Elinor, ¿a qué decisión te refieres? ¿A casarse?

—No, no me refería a eso —murmuró Elinor en tono evasivo—. Vamos a dormir, Oscar. Siempre que vienen estos chicos los días se me hacen muy largos.

Los demás Caskey también se habían fijado en el romance incipiente entre Frances y Billy Bronze, pero sentían más curiosidad aún por la reacción de Elinor que por el verdadero progreso de ese intento de cortejo. Todavía recordaban cómo MaryLove, que ya llevaba cinco años muerta, había desalentado cualquier relación ajena a la familia. De haber sido por MaryLove, no se habría casado nadie y todos seguirían dependiendo de ella. Elinor había ocupado el lugar de MaryLove en la familia, y tal vez por eso los demás tenían la sensación de que en ese papel reaccionaría igual que su suegra. Pero lejos de seguir su ejemplo, Elinor no puso reparos a la relación. Todo lo contrario: alentaba las visitas de Billy con entusiasmo, y le decía cosas como: «A Frances le gusta que venga a casa tan a menudo. Y a nosotros también». Los sábados por la noche, cuando los otros chicos regresaban a Eglin y solo se quedaba Billy, Elinor se iba a la cama con su marido y dejaba a Frances y a Billy solos en el porche.

Una de esas noches, después de que los dejaran solos de esa forma tan premeditada, Billy y Frances se sentaron de lado en el columpio, meciéndose suavemente y abanicándose. El tórrido viento nocturno soplaba entre las ramas más altas de los robles de agua, y el arrurruz

susurraba en las orillas del dique. Centenares de polillas se pegaban a las mosquiteras, atraídas por la luz tenue que brillaba en el porche. Frances le habló del Sagrado Corazón y Billy, de Eglin. Esa noche la besó por primera vez.

Y a la noche siguiente la besó dos veces.

—¿Tienes familia? —le preguntó Frances.

—Solo a mi padre —respondió Billy—. Es un viejo mezquino, pero tiene dinero —añadió, riendo.

—¿Tu madre murió?

—La mató mi padre.

—¿Cómo que la mató?

—Se pasó veinticinco años denigrándola, hasta consumirla. Después del funeral empezó a maltratarme a mí, porque ya no la tenía a ella. Por eso me alisté en el Cuerpo Aéreo. «No me hagas esto, Billy», me dijo. «Necesito a alguien con quien hablar.» Yo lo dije: «Pues habla con las paredes y con tu cama vacía. Adiós».

—No deberías haberle hablado así a tu padre —le reprochó Frances.

—Mató a mi madre —se limitó a replicar Billy—. Era alistarme en el Cuerpo Aéreo o abrirle la cabeza con un poste. Y te aseguro que si hubiera tenido que aguantar que me hablara de ese modo durante dos minutos más, lo habría hecho.

—Siento que no os llevéis bien.

—Yo también. Por eso me gusta tanto venir por aquí.

—¿Por qué? —preguntó Frances.

—Porque sois una familia feliz.

Frances soltó una leve carcajada.

Danjo tenía diecisiete años y estaba en el primer curso del instituto cuando se declaró la guerra. James Caskey rezaba a Dios cada noche para que el chico no se dejara influir por los militares que visitaban la casa de Elinor y se acabara alistando el día en el que cumpliera los dieciocho. Sin él, James se quedaría tan desolado como Queenie sin Malcolm, quien ni siquiera se dignaba a escribir a su madre.

—No piensas abandonarme, ¿verdad, cielo? —le dijo James un día durante el desayuno, antes de que Danjo se marchara al instituto. Grace había salido una hora antes para ir a nadar de buena mañana en el lago Pinchona.

—Claro que no —respondió Danjo—. Pero seguramente me tocará ir, James, a menos que la guerra termine antes.

—Me temo que eso no sucederá.

—He estado charlando con Billy…

—No quiero que hables con esos chicos, Danjo, ¡ni siquiera con Billy Bronze! —exclamó James—. Querrán que te alistes como ellos. No me parece bien que siempre estén intentando ponerte un arma en las manos. ¿Acaso Queenie y yo no te hemos educado bien? Ya sabes lo que le ocurrió a tu padre, cómo murió. O lo que le hizo tu hermano a la pobre Dollie Faye Crawford. Piensa en ello la próxima vez que alguien te ofrezca un arma.

—¡Si yo odio las armas! —exclamó Danjo con vehemencia.

—¡Ese es mi chico! —dijo James, apretando afectuosamente la mano de Danjo por encima de la mesa.

—Aun así, estuve hablando con Billy... —intentó explicar Danjo de nuevo.

—¿Y?

—James, sabes que voy a tener que alistarme el año que viene; que es obligatorio...

—¡Me matarás si lo haces! Aunque supongo que no hay más remedio, este país nos ha tratado tan bien que ahora nos toca a nosotros devolverle el favor. Pero no quiero que cojas un arma a menos que tengas previsto dispararle al mismísimo Adolf Hitler.

—No lo haré —prometió Danjo—. Déjame terminar, ¿quieres? Billy me dijo que si me alistaba ahora...

—¡No!

—... que si me alistaba ahora —insistió Danjo—, podría elegir adónde me destinaban. Y me dijo que podría alistarme en el Cuerpo Aéreo, que él hablaría con alguien e intentaría que me destinaran a Eglin. Podría entrar en el servicio de radiocomunicaciones y Billy velaría por mí tanto tiempo como pudiera. ¿Ves lo que intentaba decirte, James? ¡Pero no me dejabas terminar!

—¿De verdad Billy cree que puede conseguir que te destinen a Eglin?

—Dice que puede intentarlo.

James asintió lentamente.

—En ese caso, la próxima vez que le vea hablaremos de ello. Tal vez si estuvieras en Eglin no me moriría de pena sabiendo que te has marchado.

—Igualmente tendrás a Grace aquí, contigo —comentó Danjo.

—Grace no compensará la pérdida de mi pequeño, Danjo. ¡Es que no sé lo que voy a hacer sin ti! Soy tan viejo... Soy un vejestorio y ya no hay niños a mi alrededor a quienes pueda robar y criar como si fueran míos.

—Tal vez Grace se case. Entonces tendrá hijos y tú podrás quedarte con uno —sugirió Danjo.

—Grace ya es una solterona —dijo James con un suspiro—. A estas alturas ya no se casará. Y no pasa nada, porque es bastante feliz aquí conmigo, pero tampoco va a darme nietos.

—¿Entonces quieres que me case?

—¡Te aseguro que no! ¡Eres demasiado joven incluso para pensar en ello! Pero si ni siquiera te he contado...

—¿Qué no me has contado?

James se encogió de hombros, avergonzado.

—Como se hacen los niños.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Danjo, riendo—. ¡James, tengo diecisiete años, claro que lo sé!

—¿Quién te lo contó?

—Grace.

—Cómo no —dijo James, sacudiendo la cabeza despacio.

—Grace se lo explica a todas las chicas y un día me lo contó a mí. Tiene unas fotos... Tendrías que verlas, James.

—No me hables de esto mientras desayunamos, Danjo. ¡No quiero oírlo! Si ya estás al corriente, entonces no es necesario que volvamos a sacar el tema.

—¡A sus órdenes, señor! —exclamó Danjo, entre risas.

Siguiendo las sugerencias de Billy, y con el permiso reticente de James, Danjo se alistó en el Cuerpo Aéreo en septiembre de 1942, aunque no se incorporaría a filas oficialmente hasta el mes de junio, tras haber cumplido los dieciocho y haberse graduado del instituto. En aquella guerra no había nada seguro, pero Billy estaba bastante convencido de que tras los tres meses de instrucción básica iban a destinar a Danjo a Eglin. Pero a James aquella perspectiva tampoco lo entusiasmaba, y lo único que podía pensar era que solo le quedaban nueve meses para que Danjo se marchara de casa.

—Todas las mañanas me levanto y me digo a mí mismo: «Un día menos con Danjo en casa» —le dijo una tarde a Grace, con un suspiro.

Grace siempre afrontaba aquellos asuntos sin tapujos, con pragmatismo.

—Todavía tienes medio año para disfrutar de él, papá; aprovéchalo. No lo arruines con la obsesión de que se marchará. Además, recuerda que enseguida lo destinarán a Eglin. Y al cabo de dos años volverá a ser un civil, regresará y todo volverá a ser como siempre.

—Podrían matarlo. Podría perder las piernas. O a lo mejor me muero yo antes de que regrese —se lamentó James Caskey—. Nada vuelve nunca a ser «como siempre».

Grace golpeó el reposabrazos del balancín con gesto enérgico.

—Papá —dijo—, debes de ser el tipo más bobo que he conocido en mi vida. No sé qué voy a hacer contigo mientras dure esta guerra.

Los Caskey apreciaron sinceramente los esfuerzos de Billy Bronze para que Danjo Strickland y James Caskey no tuvieran que separarse. Billy no solo les caía bien, sino que ahora también estaban en deuda con él. Elinor ya ni siquiera tenía que invitarlo: bastaba con que se presentara en casa para que lo recibieran con los brazos abiertos. Lo consideraban uno más de la familia hasta el punto de debatir asuntos privados delante de él, de manera que se enteró de detalles sobre viejas enemistades y nuevas situaciones financieras sobre las que nadie más en Perdido estaba al corriente. En su presencia estallaban breves discusiones y afloraban también pequeños momentos de afecto. Los Caskey sentían que habían ganado un hijo, un hermano, un tío, un primo.

El cabo era también el favorito de su comandante, que —siempre que no abusara del privilegio— le permitía quedarse a dormir en casa de los Caskey de vez en cuando, y no solo durante el fin de semana. Oscar le prestaba uno de sus automóviles, alegando que, de todos modos, debido al racionamiento de combustible, no lo usaban. Billy Bronze iba y venía cada vez con más frecuencia y el dormitorio delantero siempre estaba preparado para él. Elinor confiaba tanto en Billy y en Frances que ni siquiera se molestaba en cerrar con llave el pasillo que unía las dos habitaciones.

Una noche de otoño de 1942, unas horas después de que Billy Bronze hubiera regresado a Eglin, Frances le dijo a su madre que quería hablar con ella en privado.

—Es un asunto muy privado, mamá —insistió. Elinor se llevó a su hija por el largo pasillo de la primera planta, cruzaron la puerta de cristal ahumado del final y salieron al estrecho porche delantero, donde nunca se sentaba nadie. Madre e hija ocuparon las dos mecedoras, una al lado de la otra. La noche era oscura y los grillos cantaban desde la hierba que había al otro lado de la calle. Elinor no paraba de balancearse en la mecedora.

—Apuesto a que sé lo que quieres preguntarme —dijo.

—¿Ah, sí?

—Quieres que te cuente cómo funcionan las cosas entre marido y mujer.

Frances se sonrojó, amparada por la oscuridad.

—No, no es eso.

Elinor dejó de mecerse de repente.

—Entonces, ¿qué?

—Dial Crawford.

Elinor se echó a reír.

—¿Dial Crawford? ¿Qué diantres tienes que ver tú con ese viejo? Pobre Dollie Faye. Me dijo que Dial lleva veinte años sin estar bien de la cabeza, que vivir con él es como tener a un crío de tres años en casa.

—Limpia parabrisas.

—Y poca cosa más —confirmó Elinor—. ¿Qué pasa con Dial, cariño? ¿Qué demonios puede interesarte saber sobre él?

Frances empezó titubeando.

—Me paro..., bueno, nos paramos en la gasolinera de Dollie Faye para repostar dos veces por semana, camino de la universidad, y el señor Crawford siempre me limpia el parabrisas. Siempre me habla, pero tiene una voz tan rara que al principio me costaba entender lo que me decía. Durante mucho tiempo no tuve ni idea de lo que me decía, pero desde hace uno o dos meses parece que me he acostumbrado a su manera de hablar y consigo entenderlo. De modo que siempre charlamos. Algunos días, incluso si no me paro a repostar, lo veo ahí fuera, sentado frente a la tienda, y se levanta para saludarme. Y yo le devuelvo el saludo. Supongo que ya conoce el coche y sabe a qué hora voy a pasar.

—¿Y qué? Dudo que tenga otras cosas que hacer...

—¡Mamá, que paso a las cinco de la madrugada!

—La gente de campo se levanta temprano. Pero bueno, continúa, Frances.

—Ayer por la mañana tenía el depósito lleno, o sea que no tenía previsto detenerme. Pero ahí estaba el señor Crawford, junto a la carretera, haciéndome señas para que parara. De manera que detuve el coche y le dije: «¿Ocurre algo, señor Crawford?». Y entonces, mamá, se me queda mirando y me dice: «Aguas negras».

—¿Aguas negras? —repitió Elinor, imitando la entonación.

—«Aguas negras, de ahí has salido tú», dijo. «Y a las aguas negras volverás.»

Frances se quedó mirando a su madre, pero el porche estaba tan oscuro que no logró distinguir la expresión de su rostro. Elinor había dejado de mecerse.

—¿Y qué más te dijo Dial, cariño?

—Dijo otra cosa...

—¿Qué? —insistió Elinor con cierta impaciencia.

—Me dijo: «Tu madre salió del río». Y luego: «Dile a tu madre que se vaya por donde vino y que me deje en paz».

Elinor se echó a reír.

—No sabía que hubiera estado importunando a Dial Crawford. Quizá debería mantener las distancias y dejar que sea Queenie quien vaya a hacer la compra.

—Mamá, ¿a qué se refería, cuando dijo que saliste del río?

—Frances, Dial es un viejo loco. No sabe lo que dice, y Dollie Faye debería enseñarle a mantener la boca cerrada —sentenció Elinor. Frances no respondió—. ¿Realmente crees que salí del río, cariño?

—No, no —se apresuró a responder Frances—. Claro que no, es solo que a veces...

—¿A veces qué?

—A veces pienso que somos distintas, tú y yo. Distintas del resto de la gente.

—¿A qué te refieres?

—No sabría decírtelo exactamente, mamá. Es solo que a veces tengo la sensación de no estar presente del todo; no como Miriam, al menos, ni como papá, Sister, Queenie y todos los demás. Tengo la extraña sensación de que una parte de mí está en otra parte.

—¿En otra parte? ¿Dónde?

—No lo sé, no estoy segura —dijo Frances, e hizo una pausa—. Bueno sí, sí lo sé. En el río, el Perdido. Tal como dijo el señor Crawford, en las aguas negras, las que fluyen al otro lado del dique. Y, mamá —añadió Frances en voz baja—, cuando estoy allí, tú también estás conmigo.

—¿Y eso te inquieta? —preguntó Elinor tras un momento de silencio.

—No, al menos hasta ayer, cuando el señor Crawford puso el dedo en la llaga, en cierto modo. Cuando dijo lo que dijo, me di cuenta de lo que he estado sintiendo todos estos años.

—Pero si te has sentido así todos estos años, ¿qué ha cambiado ahora?

Frances no respondió. Elinor cogió la mano de su hija y le dio un apretón afectuoso.

—Sé qué ha cambiado —susurró, llevándose la mano de Frances a los labios para besarla—. Es por Billy, ¿verdad, cariño?

—Sí —respondió Frances con timidez—. Solo quería saber si todo eso cambiaría las cosas de algún modo. Si en algún momento quiero casarme, o algo por el estilo. Y el problema es que ni siquiera sabría decir qué es «eso».

Elinor no respondió de inmediato. Al cabo de un instante de silencio, volvió a dirigirse a su hija.

—Frances, te responderé y lo haré con toda sinceridad. Pero

cuando lo haga, no quiero oír más preguntas, ¿entendido?

—Sí, mamá.

—Bueno, pues la verdad es que es algo que te afectará, pero más adelante. Ahora mismo aún es pronto. De modo que adelante, haz lo que te apetezca. Algún día, Frances, seré la mujer más orgullosa del pueblo, porque veré cómo mi hija se casa con un hombre que la hará feliz. Y algún día mi hija me dará nietos.

—¿Tú crees, mamá?

—No es que lo crea: lo sé —respondió Elinor, riendo, y le dio otro apretón a la mano de Frances, que aún tenía entre las suyas—. ¿Y sabes lo que voy a hacer? Voy a robarte una de esas niñas, como MaryLove me robó a Miriam. Así toda la familia podrá despotricar de mí y decir que soy tan mala como MaryLove. Pero tendré una niña...

—¿Cómo sabes que será una niña?

Elinor no respondió; parecía feliz pensando en esa nieta que iba a robar.

—No quiero que le des más vueltas a lo que te dijo Dial Crawford, ¿me oyes? —añadió, tratando de tranquilizar a Frances—. No cambiará nada durante mucho, mucho tiempo.

—¿Pero algún día sí?

—¡Nada de preguntas, he dicho! Pero sí, algún día las cosas van a cambiar. Cariño, te prometo que estaré a tu lado cuando llegue el momento y te contaré todo lo que necesites saber. ¿Me crees?

—Sí, mamá.

—¿Confías en mí, Frances?

—Sí, mamá.

—Tú eres mi niña. Miriam, no. Incluso si no la hubiera entregado a MaryLove y me hubiera quedado con las dos, tú seguirías siendo mi hija de un modo que Miriam no podrá serlo jamás.

Frances guardó un silencio obediente y se abstuvo de hacer más preguntas.

—Yo tenía una hermana —añadió Elinor, con voz distante—. Apuesto a que no lo sabías...

—No, mamá. Nunca la habías mencionado —dijo Frances con cautela, y acto seguido se aventuró a formular un par de preguntas con la esperanza de que no estuvieran prohibidas—. ¿Todavía está viva? ¿Cómo se llamaba?

—Mi madre tuvo dos hijas. Mi hermana era igual que mi madre, mientras que yo no me parecía en nada a ella. Mi madre me dijo: «Elinor, tú eres muy distinta, márchate y haz lo que quieras. Yo ya tengo a...» —Elinor hizo una pausa, como si se le hubiera olvidado el nombre de su hermana, pero al cabo de un momento terminó la frase

—. «Ya tengo a Nerita, que es igual que yo.» De manera que mamá se libró de mí del mismo modo que yo me libré de Miriam. Y mamá y Nerita se parecían tanto como tú y yo, ¿comprendes?

—Creo que sí.

—Cuando nació Miriam, me di cuenta de que no se parecía a mí —prosiguió Elinor—. Era una Caskey, y por eso la dejé en manos de MaryLove y de Sister, porque de todos modos era una de las suyas. Pero cuando naciste tú me di cuenta enseguida de que eras mi bebé, y por eso no pienso dejarte jamás. Siempre estaré a tu lado.

—Mamá —exclamó Frances—. ¡Te quiero mucho!

—¡Eres mi niña preciosa!

Frances se levantó de la mecedora y cayó a los pies de su madre. Se aferró a sus piernas y las abrazó con fuerza. Elinor se inclinó sobre su hija y la besó en la cabeza.

—Cariño —le susurró al oído—, los viejos locos como Dial, a veces saben más cosas que el resto de la gente junta. A veces dicen la verdad.

9

La propuesta

Mientras Danjo se preparaba para iniciar la instrucción básica en Camp Blanding, en la costa atlántica de Florida, James no paraba de atosigarlo, decidido a no perderlo de vista ni un segundo. La mayoría de los chicos de la edad de Danjo se habrían agobiado enseguida ante aquella atención tan preocupante, pero Danjo supo sobrellevarlo. Durante los últimos días, en lugar de recorrer el pueblo despidiéndose de la gente, Danjo no tuvo más remedio que quedarse sentado en el porche con James, escuchando sus suspiros y lamentos lúgubres.

—Solo espero seguir vivo cuando vuelvas, Danjo. Solo espero que haya alguien aquí para abrir tus cartas cuando escribas.

Por fin llegó el triste día de la partida. James quería que Bray los llevara en coche hasta Camp Blanding (un trayecto de casi seiscientos cincuenta kilómetros) solo para poder abrazar al chico antes de que entrara en el cuartel, pero Danjo se negó en redondo.

—Iré en autobús, James, como todos los demás. Si quieres hacer algo por mí, dile a Elinor que me prepare unos dulces para que pueda llevármelos, me recordarán a Perdido.

La caja de dulces, galletas y pasteles que Elinor le preparó a Danjo bajo la supervisión de James pesaba casi tanto como el resto del equipaje del chico.

En la tarde previa a la partida de Danjo, James y su hija se sentaron en el porche de su casa.

—Papá —dijo Grace—, ¿por qué estamos aquí sentados, tan deprimidos? ¿Por qué no vamos al menos a casa de Elinor, donde hay más gente?

—Ve tú, Grace. A mí déjame deprimirme en paz esta tarde.

—No sé si debería comentártelo, papá, pero ver cómo te estás tomando todo este asunto de Danjo me hace sentir realmente mal.

—¿Por qué, cariño?

—Porque actúas como si te quedaras más solo que la una. Y no es así. Yo estoy aquí, ¿y acaso no he jurado y perjurado que no pienso casarme ni abandonarte nunca?

—Es cierto.

—Entonces ¿por qué actúas como si estuvieras solo en el mundo?

La tarde era calurosa, y James estaba sentado en mangas de camisa. Había colocado su silla a la sombra del porche, de manera que la gente que pasaba por delante de la casa no pudiera verlo a medio

vestir, y se aventaba con un abanico de papel. Grace estaba sentada a su lado, a pleno sol, con los brazos vueltos hacia fuera para broncearlos de manera uniforme. Al otro lado de la calle, las vacas de los pastos descansaban a la sombra de los nogales pecanos, espantando las moscas con la cola.

—Dime una cosa, cariño —replicó James—. ¿Te acuerdas de lo mucho que te gustaban todas esas chicas que solían venir a verte durante el verano?

—Claro que me acuerdo.

—¿Pero recuerdas que cuando te marchaste a Spartanburg había una chica que te gustaba particularmente?

—Sí, pero no se le ocurrió nada más que casarse, ¡y por eso no quiero que ni tú ni nadie de este pueblo vuelva a pronunciar su nombre en voz alta!

—No lo haría nunca —respondió James con calma—. Bueno, pues así es como me siento yo respecto a Danjo, cariño; hasta tal punto quiero a ese chico. A ti también te quiero, por supuesto, siempre te he querido, pero Danjo ha sido algo especial para mí, porque es lo único que he tenido que era solo mío.

—¿Y yo qué?

—Tú eras en parte de Genevieve; tu madre podría haberte separado de mí, si hubiera querido. En cambio, nadie podía quitarme a Danjo, al menos desde que murió Carl. ¿Estás enfadada conmigo porque lo sienta así?

Grace se echó a reír con los ojos cerrados para protegerse del sol.

—¡Claro que no, papá! Solo intentaba fastidiarte un poco, nada más. Ya sé lo mucho que quieres a Danjo, y no estoy celosa. Danjo es el chico más dulce del mundo, ¡no se puede decir nada más sobre él! Solo espero que no pretendas echarme de casa.

—¡No echaría a mi niña por nada del mundo!

A pesar de las dudas de James Caskey, a Danjo Strickland lo destinaron a la base aérea de Eglin al final de la instrucción básica. James conocía a muchas familias que habían mandado a su hijo al ejército esperando que el joven soldado pasara los dos años de servicio tras el mostrador de información del Cementerio Nacional de Arlington, pero que de pronto habían descubierto que el único lugar que había encontrado el Departamento de Guerra para el soldado en cuestión eran las calderas de un destructor en el Pacífico oeste. Pero en el caso de Danjo las cosas salieron como estaban previstas y, al finalizar la instrucción básica, lo destinaron a Eglin, desde donde podía visitar a su tío dos o tres veces por semana.

Billy Bronze se llevó todo el mérito de que hubieran destinado a Danjo tan cerca de casa. Era verdad que Billy le había pedido el favor a su comandante, pero no había manera posible de saber si su petición había tenido algo que ver con el resultado final. Danjo recibió instrucción como radiofonista, y como tal quedó bajo la supervisión de Billy. Cuando iba de visita a Perdido, este a menudo se las arreglaba para llevarse a Danjo consigo, de manera que su llegada era doblemente celebrada. Billy aceptaba de buena gana la gratitud de los Caskey; tenía intención de pedirle matrimonio a Frances y pensaba que no le vendría nada mal que su familia considerara que les había hecho un gran favor.

Billy Bronze era un hombre atractivo e inteligente cuyo único deseo en la vida era vivir acomodado y bien atendido. Su padre era rico, pero el viejo no era nada cariñoso. Billy no había gozado de comodidades ni afecto durante la infancia y con solo ocho años lo habían mandado a una escuela militar. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, no se había permitido experimentar ni un solo episodio de añoranza y nunca había esperado con anhelo la llegada de las vacaciones.

Por eso ahora, años después, se sentía tan agradecido de haber caído en gracia entre los Caskey. Los hombres de Eglin de vez en cuando se burlaban de él por estar cortejando a una heredera, pero Billy, que también era el heredero de una fortuna considerable, hacía caso omiso de la insinuación. La verdad era que los Caskey, y sobre todo las mujeres de la familia, lo fascinaban. Billy no había tratado a muchas mujeres en su vida. Su madre había sido una inválida amedrentada a la que Billy solo vio salir de la casa en una ocasión, cuando la sacaron dentro del ataúd. Los sirvientes de su padre habían sido todos hombres con la única excepción de la cocinera, y de cualquier forma no le permitían entrar en la cocina. En la escuela militar había conocido a una única mujer, la esposa del comandante, y a una única chica, la hija del comandante, pero para ellas Billy era apenas un chico más entre trescientos alumnos, lo cual no había favorecido una relación cercana.

En el caso de los Caskey, no solo había muchas mujeres, sino que eran las que mandaban en la familia. Billy jamás había visto nada semejante y estaba fascinado por ello. Le encantaba disfrutar de la compañía de los Caskey y no tardó en sentir afecto por todos ellos. Atendía con el mismo deleite a los detallados cotilleos de Queenie, a los comentarios sarcásticos de Miriam, al discurso tímido de Frances, las bromas masculinas de Grace, las evasivas coquetas de Lucille y las aseveraciones tajantes de Elinor. Incluso el servicio parecía haber

quedado afectado por el hecho de que las mujeres Caskey ostentaran todo el poder. Zaddie, Ivey, Roxie y Luvadia hacían y decían lo que les parecía adecuado hacer y decir en cada momento. En comparación, Oscar parecía un hombre superado y podría no haber tenido la menor autoridad si no hubiera gozado al menos de un control superficial del aserradero. James Caskey había renunciado a sus derechos por completo y en cierto modo se había convertido él mismo en una mujer. Danjo era un chico fuerte y masculino, pero entrenado de todos modos para creer que el poder y el prestigio de verdad lo ostentaban las mujeres, no los hombres. Billy, un año antes de llegar a Eglin, jamás habría creído posible la existencia de una familia semejante, pero ahora que la había descubierto no quería renunciar a ella.

Se preguntaba qué habría hecho si no hubiera habido ninguna muchacha casadera en la familia, qué subterfugio se le habría ocurrido para quedarse en Perdido y en el círculo de los Caskey. Tal como estaban las cosas, en el hogar había (al menos en teoría) chicas en edad de merecer: Frances, Miriam y Lucille. Lucille quedaba excluida: a pesar de su escasa experiencia con las mujeres, Billy sabía que tenía que evitar a las de ese tipo. Entre Miriam y Frances, tan distintas entre sí teniendo en cuenta que eran hermanas, Billy había elegido a Frances no porque creyera que terminaría siendo mejor esposa, sino porque consideraba más probable que aceptara una propuesta de matrimonio. Su objetivo principal había sido en todo momento unirse al clan Caskey; los medios para conseguirlo tenían una importancia secundaria.

Así que Billy cortejó a Frances de la mejor forma que supo, simple y directa. Había dejado claro desde buen principio que su intención era pedirle matrimonio tarde o temprano; en ningún momento se le ocurrió que pudiera haber otro método. Pero a pesar de que sus intenciones no eran precisamente románticas, durante el curso del cortejo descubrió que realmente amaba a Frances. No habría podido precisar ningún atributo físico, emocional o intelectual por el que se había enamorado de ella; simplemente había ocurrido. Lo que sí sabía era el momento en el que sucedió: una tarde de la primavera de 1943. Él y Frances paseaban alrededor de la casa, examinando los capullos de azaleas mientras ella le hablaba de los tres años que había pasado en cama por culpa de una artritis incapacitante, cuando de repente empezó a ver a Frances con otros ojos, como si el sol arrojara una luz distinta sobre su rostro y su silueta.

—Frances, ¿sabes una cosa? —preguntó él, interrumpiendo su relato.

—¿Qué?

—Estoy enamorado de ti.

—¿De verdad? —exclamó ella entre risas, ruborizada—. Bueno, pues ¿sabes una cosa? Yo también estoy enamorada de ti, y ahora lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe el pueblo entero.

—¿El pueblo entero?

Frances asintió.

—Cada mañana, Queenie viene y me dice: «Frances, ¿cuándo piensa pedirte que te cases con él, ese chico?» —le confesó, tras lo que se echó a reír de nuevo—. ¡Ay, Dios! Supongo que no debería contártelo, ¿verdad? Porque casi suena como si te estuviera pidiendo que me lo pidas.

Llegaron paseando hasta la parte trasera del jardín y se sentaron en el banco que había entre los esbeltos troncos de los robles de agua.

—¿Quieres que te lo pida? —preguntó Billy.

—Pues claro que sí —respondió Frances—. Pero si tú no quieres, no. Quiero decir que... —se detuvo e intentó adoptar una actitud seria y desconcertada—. De verdad, no debería hablar de esto. Sister me mataría. Y mamá seguramente también. Quiero decir, que si no quieres casarte conmigo debo de estar avergonzándote, ¿no? Vas a sentirte en cierto modo obligado a pedírmelo y no sabrás cómo salir de la situación. En cualquier caso, se supone que la chica no debe mencionarlo antes que el chico. El problema es que siempre estoy pensando en ello y hasta cierto punto siempre asumo que terminará ocurriendo, pero supongo que no debería hacerlo, ¿verdad? Quiero decir que si quieres dar media vuelta y regresar a Eglin y actuar como si nunca te hubiera dicho...

—Frances, ¿te quieres casar conmigo o no?

—¡Claro que sí! —exclamó ella, riendo, tras lo que echó un vistazo al patio y guardó silencio un momento antes de volver a hablar—. ¿Ya está? ¿Con eso basta?

Era evidente que si había una actitud de la que Frances no disponía en su repertorio era la coquetería.

—De momento sí.

—¿Y ahora qué? —preguntó Frances.

—Bueno, para empezar tendremos que decidir cuándo comunicárselo a tu familia.

—Mi familia ya lo sabe. Como te he dicho, no paran de preguntarme si ya me lo has pedido.

—Entonces tenemos que decidir cuándo.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo nos casaremos. Imagino que tu mamá querrá tomar parte en los preparativos de la boda. Tú te graduarás del Sagrado

Corazón en mayo, de modo que deberíamos esperar hasta entonces. De hecho, es posible que incluso sea mejor esperar hasta que termine la guerra; podrían destinarme a algún lugar que no sea Eglin en cualquier momento.

—No me importa —dijo Frances—. El día que sea. Simplemente me alegro de que lo hayamos decidido, así no tendré que pensar más en ello y todos dejarán de hacerme preguntas.

—Y lo más importante...

—¿Qué?

—¿Qué vamos a hacer una vez casados?

Frances se lo quedó mirando, perpleja.

—Quiero decir, dónde viviremos y todo eso —añadió Billy.

—Ah —repuso Frances como si no le hubiera pasado por la cabeza esa cuestión hasta el momento—. Dudo que mamá quiera que me mude a otro sitio. Creo que lo que querrá será que vengas tú a vivir con nosotros. Mamá y papá querrán que todo siga igual, solo que tú y yo dormiremos en la misma habitación —explicó, y de pronto se le ocurrió algo; se quedó mirando a Billy muy seria y cuando volvió a hablar lo hizo con un leve temblor en la voz—. Billy, prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Cuando nos hayamos casado, dormiremos en mi habitación. Prométeme que no me harás dormir en la habitación delantera.

Él sonrió.

—¿A ti también te da pesadillas, esa habitación?

Frances asintió.

—Pero espera —dijo entonces, cambiando de expresión—, ¿tú dónde quieres que vivamos después de casarnos? Supongo que, si me obligaras, me marcharía de casa contigo...

—No, no te obligaré a hacer nada que no quieras hacer. Además, quiero vivir aquí. Quiero vivir con tus padres. Ya sabes —añadió, inclinándose hacia ella y besándola— que el único motivo por el que me caso contigo es para convertirme yo también en un Caskey.

—Sí, ya lo sé. Y es una suerte que no eligieras a Miriam...

Se quedaron sentados en el banco, mirando hacia el dique. De repente, después de tantas semanas juntos en las que ninguno había tenido ninguna dificultad para hablar, parecía como si se les hubiera comido la lengua el gato.

—Subamos allí arriba —propuso Frances de improviso.

—¿Al dique?

—Sí. Nunca has estado en la parte de arriba, ¿verdad?

Billy negó con la cabeza.

—No sabía que se pudiera subir.

—Detrás de la casa de James hay una escalera. Está prácticamente cubierta de arrurruz, pero sigue allí —le explicó. Lo tomó de la mano y lo guio por los patios hasta el lugar donde empezaba la escalera. Los escalones estaban ocultos por la enredadera, pero no le costó mucho encontrarlos—. Ten cuidado —le advirtió—. Papá siempre decía que hay serpientes entre el arrurruz, aunque yo nunca he visto ninguna.

Sorteando el arrurruz como si subieran a oscuras por una escalera que no conocían, treparon hasta lo más alto del dique. En los veinte años transcurridos desde que habían erigido esos bancos de arcilla, los flancos habían quedado completamente cubiertos por aquella vid desbocada que ahogaba todo lo demás. Sin embargo, en lo más alto del dique habían echado raíces algunos robles y pinos jóvenes. También crecían verbenas silvestres, así como castillejas, petunias y una especie de flox, flores todas ellas cuyas semillas el viento se había encargado de transportar desde los jardines de Perdido. En dos décadas, el dique se había vuelto casi invisible para los habitantes del pueblo, incluso para los que vivían bajo su sombra. Los niños, para quienes no suponía ninguna novedad, no sentían el menor deseo de jugar en él y ya no era necesario advertirles del peligro que suponía. Los ríos que fluían tras los diques dejaron de ser un elemento familiar para los habitantes del pueblo. ¿Quién pensaba ya en el Perdido y en el Blackwater? Solo los veían cuando cruzaban el puente que había bajo el hotel Osceola, y los nuevos flancos de hormigón del puente limitaban aún más las vistas.

En lo alto del dique, a Billy Bronze le sorprendió el aspecto que el río tenía en el otro lado.

—¡Parece realmente salvaje! —exclamó. El Perdido fluía con rapidez, formando remolinos de agua lodosa y rojiza. Su movimiento era urgente, insistente, inexorable—. Parece peligroso. No me extraña que construyeran los diques.

Frances se echó a reír.

—¡Me encanta este río! Bajemos hasta la confluencia —propuso, tirándole de la mano. A su derecha quedaban las casas que en otros tiempos habían pertenecido a los DeBordenave y a los Turk. Una estaba cerrada a cal y canto, con las ventanas tapadas con tablones, y en la otra vivía el sepulturero—. ¿Sabes? —dijo Frances—, a mi madre el río le gusta incluso más que a mí. Desde el mes de marzo hasta noviembre se baña en él todos los días.

—¿¡Ahí!?

Frances asintió.

—Lleva haciéndolo desde que tengo uso de razón. Mamá es la mejor nadadora que he conocido. Y a mí tampoco se me da mal. A veces —añadió Frances con orgullo—, yo también nado con ella.

—¡Pero es muy rápido! ¿Cómo puedes nadar ahí?

Frances se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo hago. Cuando estuve tan enferma —dijo, esforzándose por recuperar el recuerdo—, mamá me bañaba a diario con agua del Perdido, y gracias a eso me recuperé.

—¿Cómo es posible que eso te curara?

—No lo sé. Mamá dice que me bautizaron con agua del Perdido, y que por eso me curó. No sé, tal vez fuera por eso.

Llegaron a la confluencia de los dos ríos. Tenían el ayuntamiento a sus espaldas, y el autobús de los astilleros de Pensacola acababa de dejar a las obreras en el aparcamiento. Algunos de sus maridos las esperaban en sus automóviles. Ante la pareja recién prometida, las aguas veloces y rojizas del Perdido y las aguas negras del Blackwater, de menor caudal, se mezclaban formando un remolino que descendía hasta el lodo del fondo.

—Y cuando vas a nadar ¿no te da miedo eso? —preguntó Billy, señalando hacia el punto en cuestión. Frances no respondió, sino que se quedó mirando fijamente el remolino, como si intentara recordar algo—. ¿Y si se te traga? Sin duda te ahogarías.

—No... —respondió Frances con aire ausente—. En realidad no.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy intentando recordar...

—¿Recordar qué?

—He estado ahí abajo —dijo al fin, tras lo que se quedó mirando a su prometido con expresión desconcertada—. Creo recordar que estuve ahí abajo.

Billy volvió a mirar el remolino.

—Te acordarías seguro —dijo.

Frances negó con la cabeza.

—No..., es un recuerdo vago.

—Entonces dime: ¿qué hay ahí abajo? —preguntó Billy, como si creyera que Frances le estaba tomando el pelo.

—Mamá...

—¿Qué?

—Mamá está ahí abajo.

—Frances, ¿estás bien? Pareces tan...

Frances se estremeció y cerró los ojos de improviso. Cuando volvió a abrirlos parecía que acabara de salir de un trance.

—Billy, lo siento, ¿qué me decías?

—Nada. Volvamos a casa, ¿de acuerdo?

Desanduvieron el camino por el dique y no volvieron a mencionar aquel recuerdo. Descendieron con cuidado por los escalones cubiertos de arrurruces.

—A ver, Frances —dijo Billy al llegar abajo—. Sé que nunca te has metido de verdad en ese remolino. Es imposible, te habrías ahogado seguro.

Frances no tardó nada en comunicar a su familia el compromiso. Elinor le dio un beso a su hija y luego a Billy Bronze antes de hablar.

—Billy —dijo—, espero que después de casaros no hagáis ninguna tontería, como marcharos de aquí. Espero que tú y Frances queráis quedaros, como siempre. ¿Qué haríamos Oscar y yo sin nuestra niña? ¿Y qué haríamos sin ti?

—Elinor —dijo Oscar—, ¿sabes a quién te pareces diciendo eso? Te pareces a mi madre cuando tú y yo queríamos casarnos. No quiso que nos marcháramos de casa. Y no hace falta que te diga cuántos problemas provocó eso...

—Oscar, no me parezco en nada a Mary-Love y no me gusta que me compares con ella.

—Señora Caskey —dijo Billy—, Frances y yo no nos marcharemos a ninguna parte. Uno de los principales motivos por los que quiero casarme con ella es para poder quedarme aquí con usted y con Oscar.

Elinor asintió en señal de aprobación y Oscar también pareció complacido.

Se sentaron en el porche del primer piso hasta la hora de cenar y hablaron sobre los planes de futuro de la pareja. Uno a uno, el resto de miembros de la familia Caskey fueron pasando y recibieron la noticia, ante la que reaccionaron con variaciones mínimas en el grado de entusiasmo.

Las felicitaciones de Sister fueron efusivas para con su sobrina, aunque extrañamente mezcladas con ciertas predicciones funestas respecto al matrimonio como institución.

—¿Estáis seguros de dónde os estáis metiendo? Apuesto a que no. Apuesto a que dentro de seis meses descubriréis que todo ha sido un gran error.

Todos (incluidos Frances y Billy) comprendieron que Sister en realidad estaba hablando sobre su propio matrimonio, por lo que aceptaron los comentarios sin más.

—¿Y qué me dices de tu padre? —le preguntó Queenie Strickland a Billy, que tenía un don para encontrar siempre la cuestión en la que nadie más había pensado.

—Es verdad —repuso Elinor—, ¿crees que vendrá a la boda?

Billy negó con la cabeza sin mucha determinación.

—No, no lo creo.

—¿Crees que no aprobará que te cases con nuestra pequeña *gitchee-gumee*?—preguntó Oscar con alegría.

—Papá, preferiría que no me llamaras así. Tengo veintiún años, ya no soy un bebé y ya no me lees libros de poemas.

—Mi padre va a oponerse a casi cualquier cosa que yo haga —dijo Billy.

—Ay, qué lástima —comentó Sister, recordando aspectos similares de su infancia y compadeciéndose de Billy.

—¿Y eso te detendrá? —preguntó Elinor—. Podría desheredarte.

—Podría, pero no creo que lo haga. Y aunque lo hiciera, eso no me detendría.

Frances miró a su alrededor en el porche con orgullo, como diciendo: «Mirad lo que este hombre está dispuesto a hacer por mí...».

—¿Quieres que vaya a verlo y hable con él? —preguntó Elinor—. No me importaría explicárselo...

Billy negó con la cabeza.

—Es mejor que lo haga yo. No le gustará, y usted no tiene por qué escuchar lo que le dirá cuando se entere.

—No sé por qué cierta gente no se muere y punto —comentó Queenie—. Desde luego, los demás viviríamos más felices.

—¡Queenie! —la reprendió James—. ¡Estás hablando del padre de Billy!

—No pasa nada, señor James —dijo Billy—. La señora Strickland no ha dicho nada que yo mismo no haya dicho alguna vez en mi vida.

—Jamás entenderé cómo los hijos logran sobrevivir a sus padres —comentó Sister con un suspiro.

Miriam, que durante todo el rato había estado sentada en el balancín leyendo el periódico vespertino de Mobile bajo los últimos rayos del sol, dobló las páginas y las dejó caer al suelo.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó—. Si se supone que tengo que asistir, avisad con tiempo para que Sister pueda empezar a pensar en conseguirme un vestido, unos zapatos y todo lo que haga falta.

—¡Miriam! —exclamó Sister—. ¡No se pregunta si te van a invitar a una boda! ¡Son los novios quienes tienen que preguntarte si quieres venir!

—Miriam, ¿quieres ser mi dama de honor? —preguntó Frances con timidez, buscando la aprobación de su madre con una mirada. Elinor asintió.

—Si tú quieres —repuso Miriam—. Pero si no quieres, Frances,

pídeselo a otra. No me lo tomaré mal.

—No —objetó Frances—. Quiero que seas tú. Eres mi hermana.

—Pues muy bien —sentenció Miriam—. Decidido. Sister, ¿me conseguirás un vestido o algo para ponerme?

—Por supuesto que sí, cariño, pero no es tan sencillo. Primero tenemos que saber cómo se vestirá la novia. Estas cosas requieren su tiempo.

Miriam pareció encajar la noticia del compromiso de su hermana con gran serenidad, casi podría decirse que con indiferencia.

—¿Y cuándo será? —preguntó esta.

—No lo sabemos —respondió Billy—. Pero no antes de que Frances acabe de estudiar en el Sagrado Corazón. Puede que incluso esperemos a que termine la guerra.

—Quién sabe cuándo será eso... —comentó James con un resoplido—. Cuando se hayan llevado a todos nuestros chicos, supongo.

—Sí, supongo —asintió Billy.

—Será mejor que no esperéis al final de la guerra —opinó Elinor —. James tiene razón. ¿Quién sabe cuánto tiempo más podría durar?

Zaddie apareció en el umbral para anunciar que la cena estaba lista. Se produjo un trasiego de gente mientras todos se levantaban de las mecedoras, las sillas y el balancín.

—Casaos en verano —les recomendó Queenie mientras iban hacia la puerta.

—Pero no en agosto —añadió Sister, a la zaga—. La gente se derretirá en la iglesia. ¿Y sabéis qué les ocurre a las flores en una iglesia, en agosto? Solo hay algo peor que casarse en agosto, y es morirse en agosto. Mamá se murió en agosto y lo único que nos faltó por hacer fue cubrirla de hielo.

Todos desfilaron por la escalera hacia el comedor. Frances se rezagó para quedarse a solas con Miriam en el porche.

—¿Te alegras por mí? —le preguntó a su hermana con cierto titubeo.

—Claro que sí —exclamó Miriam—. Aunque no entenderé jamás que Billy haya accedido a quedarse en esta casa, con Elinor.

—¡Billy está encantado con mamá!

—Entonces es tonto —espetó Miriam, asintiendo con determinación. Le lanzó una mirada a su hermana, Frances, que se había quedado cabizbaja—. Pero si te quiere —prosiguió en un tono más afable—, no importa en absoluto si es tonto o no.

Frances levantó la cabeza con una sonrisa.

—Si no bajamos de una vez se enfriará la comida —dijo Miriam,

siguiendo hacia la puerta. Mientras bajaban por la escalera, se volvió de nuevo y le dijo a Frances por encima del hombro—: No sé por qué no hacéis lo mismo que hacen todos en esta familia: huir y casarse. Ah, y más te vale contarme enseguida qué quieres como regalo de boda, porque te aseguro que tengo un montón de trabajo en el aserradero y no tengo mucho tiempo para ir de compras.

El lago Pinchona

Durante la guerra, los Caskey se ocuparon más que nunca de Queenie, que no tenía trabajo y solamente deseaba la compañía de James. Este le proporcionaba dinero, mientras que Sister y Elinor le pasaban cupones de racionamiento. Queenie nunca cocinaba, porque los Caskey siempre tenían un sitio reservado a la mesa para ella y para Lucille. En cierto modo Queenie era la pariente pobre y demostró ser útil a la manera de los parientes pobres: como compañía de relleno, haciendo recados menores, escuchando a quien tocara en cada momento y, a veces, incluso como chivo expiatorio. Desde la muerte de su marido, Carl, se había convertido en una mujer perspicaz que nunca se lamentaba por la inferioridad de su situación, que aceptaba sin rencor la generosidad de los demás y que ignoraba el desprecio inconsciente que de vez en cuando percibía en el comportamiento de los Caskey con ella y sus hijos.

De no haber sido por el problema que suponían sus hijos, Queenie podría haber exigido más. Danjo pertenecía por completo a James Caskey. Si ella hubiera reclamado sus derechos como madre del chico, nadie habría puesto ningún reparo más allá del hecho de que Carl le había entregado el hijo a James a cambio de un automóvil nuevo. Aquello había sucedido hacía ya casi quince años y Queenie todavía conservaba el coche en cuestión, aunque en ese momento lo tenía aparcado en el sendero de acceso a la casa con el depósito vacío. Como siempre andaba por casa de James, Queenie veía a su hijo a menudo, pero el afecto que se profesaban era comparable al que unía a Elinor y Miriam. Queenie era como una tía lejana para Danjo. A veces eso la hacía suspirar, no tanto porque echara de menos a Danjo o porque lamentara aquel acuerdo, sino porque de los tres hijos a los que había dado a luz, Danjo había resultado ser el mejor. A menudo deseaba que el objeto de aquella transacción entre Carl y James hubiera sido Malcolm, o Lucille.

Sobre su hijo mayor poca cosa sabía. Malcolm había recibido instrucción en Camp Blanding y lo habían destinado a Fort Dix, en Nueva Jersey, tras lo cual se había vuelto a alistar y lo habían asignado a algún lugar de Texas. Lo habían ascendido dos veces y disfrutaba de la vida militar. Todos los que habían conocido a Malcolm le decían a Queenie: «Seguramente la disciplina le venga muy bien al chico, tal vez fuera justo lo que necesitaba». Pero, pese a

ser bienintencionadas, esas críticas le dolían. Queenie sospechaba que no estaba hecha para la maternidad. No tenía ni idea de dónde pasaba los permisos su hijo y se preguntaba si algún día volvería a verlo. Con todos los combates que había en Europa y en el Pacífico, le parecía inevitable que más pronto que tarde terminaran destinando a Malcolm a una de esas zonas. Este le escribía solo muy de vez en cuando, y Queenie leía cada una de sus breves cartas con gran atención, pendiente de cualquier detalle que pudiera indicar que esa sería la última vez que tendría noticias de él.

Lucille no estaba creciendo mejor que Malcolm. Tras el mostrador de golosinas de Ben Franklin, la chica se dedicaba a flirtear con todos los soldados que entraban en la tienda. También trabajaba por las noches como camarera en el lago Pinchona. A Queenie no le parecía bien que trabajara allí, pero tampoco podía negarle la oportunidad de ganar un dinero extra.

En el cajón superior de su cómoda, Lucille tenía un fajo de fotografías de hombres del Cuerpo Aéreo atadas con un cordón amarillo. Queenie lo encontró en una ocasión mientras buscaba un botón. Los fines de semana, Lucille se pasaba todo el día y toda la noche en el lago, donde al menos había tres militares por cada chica. Queenie solo se aventuró a protestar en una ocasión.

—Cariño, los soldados estacionados en Eglin no son chicos de Perdido... —le dijo a su hija.

—Mamá —replicó Lucille con aquel tono de queja habitual—, ¿estás intentando insinuar algo?

—Solo digo que no crecieron contigo. No saben lo dulces e inocentes que son la mayoría de chicas de Perdido, y puede que alguno intente ir demasiado lejos.

Lucille miró a su madre con recelo.

—Nadie irá demasiado lejos conmigo, mamá. Ni siquiera sé por qué me dices esas cosas. ¡Si me avergüenzo con solo oírlas!

Queenie no añadió nada más. En el fondo de su desdichado corazón estaba segura de que su hija ya había llegado demasiado lejos con alguno de los hombres de Eglin.

El lago Pinchona estaba a once kilómetros de Perdido. Tenía una extensión de veinte hectáreas y una forma irregular, con numerosas lenguas de tierra boscosas que se adentraban en el agua formando recodos bordeados de pinos, cedros y cipreses. En el lado oeste del lago había un prado con un rebaño de vacas frisonas. La hierba que pacían esas vacas era la más densa y verde que se había visto jamás en Perdido. Los colores de la hierba, del agua del lago y del cielo que

enmarcaba aquella panorámica parecían salidos de una paleta misteriosa e inconmensurablemente rica. El agua del lago era de un azul intenso y en los bordes abundaban los nenúfares. Algunos hombres valientes, que no temían a los caimanes del lago, llevaban a pasear a sus angustiadas novias en pequeños botes. Aunque los caimanes estaban tan bien alimentados por los niños que les tiraban pan desde las ventanas de la sala de baile, quienes se aventuraban en sus aguas de ese modo no corrían peligro alguno.

Construido junto a una gran área de pícnic situada detrás de una arboleda de inmensos cedros, el salón de baile era amplio, rectangular y se erigía íntegramente sobre el agua, con una pasarela que permitía el acceso desde tierra firme. En un lateral había una cocina y un pequeño comedor con mamparas, pero la mayoría del espacio lo ocupaba la pista de baile. El suelo era de madera oscura, y tenía el techo abovedado y sombrío, con un banco continuo que flanqueaba los tres lados libres bajo una hilera ininterrumpida de ventanas. El lugar siempre parecía estar en penumbra, no solo por la madera oscura del suelo, sino también por el contraste con el brillo que se filtraba por las ventanas y por la puerta. En el exterior, al otro lado de la zona de pícnic, había un puesto de comida, dos pequeñas casas de baño y una gran piscina.

El lago era un lugar sumamente popular durante la guerra. Estaba lo bastante cerca de Eglin para poder regresar a la base a última hora de la noche sin dificultades, y a él acudían chicas de Perdido, Bay Minette, Brewton, Atmore, Fairhope, Vaughn, Daphne e incluso de Mobile. El baile solía empezar a las cinco de la tarde y no terminaba hasta medianoche. Durante la semana contrataban a una banda y el precio de la entrada era de un dólar. Los dueños del lugar, una pareja de mediana edad, estaban tan ocupados en la cocina, preparando hamburguesas y perritos calientes, que apenas les quedaba tiempo para supervisar a quienes acudían al lago. Los más mojigatos de las poblaciones vecinas empezaron a murmurar acerca de lo que ocurría en el lago Pinchona, pero los más sofisticados aseguraban que la pista de baile era un lugar más adecuado para las hijas de las familias del condado de Baldwin y Escambia que el asiento trasero de cualquier automóvil.

Desde las seis hasta las nueve de la noche, Lucille servía mesas —con bastante torpeza— en el pequeño comedor que quedaba junto a la pista de baile. Era la única camarera, y a veces conseguía hasta cuatro o cinco dólares en propinas de los militares. Cuando terminaba su turno, iba corriendo a los oscuros baños que había fuera y se

cambiaba el uniforme blanco por un vestido más adecuado. Su momento favorito del día siempre era cuando volvía a entrar en la pista de baile, ya sin la redecilla del pelo ni el anodino vestido blanco con delantal que constituía su uniforme de camarera: con la cara limpia, el pelo cepillado y el vestido recién planchado, que aún olía al sol con el que se había secado esa misma mañana.

Todos los hombres del Cuerpo Aéreo se congregaban a su alrededor y le decían cosas como: «¿Estás segura de que eres la misma chica a la que se le han caído las patatas fritas y que me ha derramado el café sobre los pantalones?». Lucille se reía y respondía: «¡Seguro que no era yo, sin duda era mi hermana gemela!».

Bailaba con cualquiera que se lo pidiera, y se sentaba en el banco de la pared que recorría la sala para coquetear con el militar que más le hubiera gustado esa noche. Ella y el chico en cuestión volvían la mirada hacia las ventanas para contemplar la luna, las estrellas y el agua reluciente del lago, con su anillo de vistosos nenúfares blancos. La sala de baile era ruidosa y luminosa, pero Lucille y el militar de aviación, que sentían que su lugar estaba en el silencio y la oscuridad de la noche, se volvían para mirarse e intercambiaban una sonrisa. En este punto, Lucille siempre recurría a su voz más coqueta para formular la misma pregunta.

—¿Cómo te llamas?

Los meses iban pasando en el lago Pinchona, pero Lucille no se cansaba de ese ritual nocturno. Su madre no entendía cómo podía con todo: el día entero atendiendo de pie el mostrador de golosinas de Ben Franklin, sirviendo mesas al atardecer y luego bailando hasta las once o las doce. Pero Lucille no sentía la fatiga en absoluto.

—Este es mi sacrificio bélico —bromeaba.

A un invierno inusitadamente suave le siguió una primavera excepcionalmente cálida, y el lago abrió el negocio varias semanas antes de lo habitual. Las multitudes ese año eran más numerosas aún que el anterior, y se ampliaron las horas de servicio de la cocina, que ahora abría desde las seis hasta las diez. Lucille seguía siendo la única camarera, pero ya no se le caían los platos de patatas fritas ni derramaba cafés. Hacía su trabajo de memoria. Tanto sus acciones como sus sonrisas parecían distantes, inconscientes. Pasaba cada minuto esperando el momento mágico en que regresaría transformada a la pista de baile. Repasaba mentalmente los cumplidos que le habían dedicado en otras ocasiones y esperaba que esa noche uno de los militares le dijera algo que no hubiera escuchado nunca. Observaba la multitud y se preguntaba a cuál de ellos iba a elegir como acompañante especial esa noche, aunque nunca decidía de antemano

y dejaba la cuestión en manos del destino. De algún modo, Lucille se convenció de que el público del lago Pinchona era distinto cada noche. Lo creía firmemente, a pesar de recordar muchas caras que ya había visto anteriormente. Se aferraba a esa ficción evidente porque le gustaba imaginar que, cada noche, su reaparición generaba una nueva sensación de asombro entre los militares que presenciaban su metamorfosis.

En una ocasión, Elinor decidió hablar con Billy Bronze en confianza.

—Queenie está preocupada por Lucille —dijo—. Y, entre tú y yo, Billy, tiene motivos. Si no te importa, me gustaría que de vez en cuando acompañaras a Frances al lago, y a Miriam también, si así lo desea, para poder vigilar a Lucille. Seguirá haciendo lo que le dé la gana de todos modos, eso ya lo sé, pero Queenie se sentiría mejor si supiera que alguien vela por ella aunque sea un poquito.

Así pues, Billy y Frances, y a veces también Miriam, empezaron a acudir al lago Pinchona a bailar por las noches. Saludaban a Lucille al entrar, le pedían Coca-Colas, le sonreían cuando hacía su famosa *rentrée* y le recordaban que Queenie se preocupaba por ella si regresaba a casa pasada la medianoche.

Un sábado por la noche, poco después de su compromiso, Frances y Billy acudieron a la sala de baile del lago Pinchona sin Miriam. Habían cenado con Elinor y Oscar, y después habían ido en coche hasta el lago. Pasearon cogidos de la mano entre los cedros y hasta la orilla, donde contemplaron el agua oscura que corría bajo los anchos nenúfares. A su alrededor, las cigarras cantaban al unísono y parecía como si poblaran todos los árboles y arbustos.

A las diez en punto entraron en el salón de baile. La cocina estaba ya cerrando, para que el tintineo de platos y las conversaciones de los comensales no molestaran a quienes ocupaban la pista de baile durante las últimas horas, las más íntimas de la velada.

Frances y Billy entraron en el comedor justo en el momento en el que Lucille estaba echando al último comensal reticente para poder echar el pestillo. Había sido una noche larga, y Lucille parecía exhausta y preocupada.

—Estoy molida —le confesó a Frances.

—Tal vez será mejor que vuelvas directamente a casa —sugirió Frances.

Lucille se quedó mirando a su prima con incredulidad.

—¡Es sábado por la noche! —exclamó, como si eso lo explicara todo.

Frances y Billy se alejaron para charlar con unos conocidos de

Eglin. Lucille se quedó sola en el comedor cerrado, tan tranquila como un pez en un acuario, y se dedicó a limpiar las mesas, a prepararlas para la noche siguiente y a contar las propinas que le habían dejado; mientras se quitaba el delantal, le guiñó un ojo al lavaplatos negro. Salió por la puerta de la cocina de forma nada discreta, deseándole ruidosamente las buenas noches a la esposa del propietario, que estaba limpiando los fogones, y también al propio dueño, que estaba recibiendo a unos clientes en la puerta. Cuando salió afuera, sus zapatos repiquetearon alegremente en la pasarela de madera.

Todos los presentes en el salón de baile sabían que Lucille volvería al cabo de un cuarto de hora. Si Lucille no hubiera sido tan guapa, el numerito que montaba cada noche habría parecido ridículo. La banda continuó tocando, pero poca gente bailaba. Todos los hombres estaban pendientes del regreso de Lucille. Las chicas susurraban entre ellas que el motivo por el que Lucille trabajaba, teniendo unos parientes tan ricos, era para poder comprarse esos vestidos tan horteras que se ponía en los baños antes de entrar.

Pero esa noche estuvieron esperándola en vano, porque Lucille no regresó.

Pasada media hora, Frances empezó a ponerse nerviosa y decidió ir a ver al dueño.

—¿Dónde está Lucille? Normalmente no tarda tanto, ¿no?

—Se está cambiando en los baños —se limitó a responder el dueño—. Le doy la llave para que pueda entrar, porque no permito que nadie los use de noche.

—Tal vez se haya marchado a casa —opinó la esposa del dueño, que había salido de la cocina y estaba limpiándose las manos en el delantal sucio.

—No —replicó él—. Me juego el pellejo.

Frances le hizo una seña a Billy para que no la siguiera y salió por la puerta. Sus pasos resonaron sobre la pasarela de madera que conducía hasta la orilla de lago. La luna brillaba esa noche, pero su luz no atravesaba el denso follaje de los cedros. Frances empujó la puerta de los baños y gritó el nombre de su prima, pero lo único que oyó como respuesta fue una respiración aguda y estertórea.

Buscó con la mano por encima de su cabeza y tiró de la cadenita de la lámpara de pantalla metálica que colgaba del techo. La luz estridente reveló a Lucille tendida en el suelo encharcado de los baños, con el cuerpo retorcido. Tenía el vestido rasgado, levantado por encima de los pechos, las bragas a la altura de los tobillos, y el vientre y el interior de los muslos, ensangrentados.

Lucille intentó abrir los ojos con dificultad.

—¿Frances? —susurró, mientras esta ya empezaba a recomponerle la ropa para que le quedara más o menos donde debería haber estado.

—Ay, Dios. ¡Ay, Dios! —dijo Frances—. Te llevaremos a casa.

—Travis Gann —dijo Lucille, incorporándose con dificultad—. Ha sido Travis Gann.

—¡Creía que aún estaba en la cárcel!

Lucille negó con la cabeza, pero al hacerlo perdió el equilibrio precario que la sostenía y la cabeza le cayó de nuevo sobre el tosco suelo de madera.

—Quédate ahí, no te muevas. Iré a buscar a Billy —dijo Frances.

Lucille no respondió; tenía la respiración agitada.

Al levantarse, Frances se golpeó la cabeza contra la lámpara y esta empezó a balancearse, arrojando violentas sombras y destellos de luz contra el interior del baño de mujeres. Volvió a salir e, inexplicablemente, se golpeó la cabeza contra la parte superior del marco de la puerta.

Cuando Frances salió de los baños con la intención de volver al salón de baile para ir a buscar a Billy, todo había cambiado. Para empezar, ya no parecía de noche. Antes, prácticamente había tenido que recorrer a tientas el camino hasta los baños con los brazos extendidos, debido a lo oscura que era la noche bajo las copas de los cedros. En cambio ahora, mientras regresaba, veía con la misma claridad que podría haberle ofrecido el mediodía, cuando la superficie del lago Pinchona refleja la luz deslumbrante del sol.

Su intención era regresar corriendo y traer a Billy enseguida, pero le fallaban las piernas y no podía correr. Empezó a dar tumbos, con la cabeza inclinada hacia delante.

Se le nubló la vista, como si todo el entorno fuera diferente y apreciara las cosas desde una altura distinta. El suelo parecía más lejano que de costumbre.

Y aunque la mente de Frances registrara todas esas diferencias, esa misma mente también estaba mutando. Frances Caskey ya no albergaba pensamientos propios de la prima de Lucille.

De repente tenía un oído sumamente fino. A su derecha, entre una arboleda de cipreses que quedaba sobre una pequeña lengua de tierra esponjosa, oyó un paso sobre la tierra blanda. Sin pensarlo de forma consciente, esa criatura que ya no era Frances Caskey viró en esa dirección.

Al mismo tiempo percibió otro sonido, este mucho más fuerte; unas pisadas que resonaban sobre la pasarela del salón de baile. Era Billy, saliendo hacia los baños. Al oírlo, la criatura —que ya no era

Frances pero seguía siendo hembra— se fundió con la oscuridad para evitarlo.

Se deslizó entre los árboles y se ocultó en la penumbra, avanzando entre chapoteos hacia los troncos de los cipreses y los cedros. Oyó más pasos seguidos de una palabrota que no tuvo sentido alguno para su mente alterada, pero que de todos modos le sirvió para ubicar la posición de quien la había proferido.

Lo vio mucho antes de que él la viera a ella. Su silueta era vaga y en absoluto nítida, pero estaba claramente iluminada, como si lo estuviera viendo con los ojos entrecerrados en una playa bañada por la luz del sol.

Travis Gann, de pie junto a la orilla del lago, se volvió hacia aquel chapoteo tan singular. Y a oscuras, entre los árboles, creyó divisar unos ojos claros que no parecían humanos y que lo escrutaban desde un rostro plano y ancho, reluciente, con una boca enorme y sin labios. Pertenecían a una criatura alta y fuerte que llevaba pegados a la piel los restos de un vestido empapado y hecho jirones. Sus pies enormes y palmeados aletearon sobre el suelo cuando se le acercó. Gann retrocedió hasta que su espalda dio con el tronco de un árbol y siguió empujándolo con empeño, como si se hubiera propuesto derribarlo. El árbol no cayó y Travis Gann esquivó el obstáculo por la derecha, pero perdió el equilibrio sobre el suelo resbaladizo y cayó al agua entre los nenúfares que bordeaban la orilla del lago. Una gran polilla chocó contra su rostro, y el tipo se quedó atónito, mirando el frenético batir de esas alas blancas y desteñidas. El lodo del lago era tan blando que, al intentar levantarse, los pies se le hundieron considerablemente. Intentó salir de allí trepando, agarrándose a los nenúfares, pero descubrió que estaba atrapado en los tallos retorcidos que crecían bajo el agua. Levantó la mirada y vio cómo la criatura que hacía unos momentos le había parecido ver entre los árboles se cernía sobre él a la luz de la luna. La atisbó apenas un momento, un instante de puro terror, cuando se deslizó en el agua hasta llegar junto a él.

Mientras avanzaba por el agua, a Frances se le aclaró la visión. Todo le parecía incluso más claro que antes. Los nenúfares formaban un bosque ondulante de delgados troncos marrones, y entre ellos divisó al tipo, que luchaba para soltarse, con un pie hundido en el lodo. Se abalanzó sobre él, extendió un brazo para agarrarlo y, con un único movimiento fluido, se propulsó hacia el centro del lago.

Con la cabeza por encima del agua, Travis se vio repentinamente arrastrado de espaldas, liberado por fin de los nenúfares, hasta las aguas negras del lago Pinchona. En ese instante se acordó de los caimanes, con un sobresalto, y por un momento sonrió. ¿Por qué

temía a los caimanes, cuando aquella criatura se había apoderado de él? Se le borró la sonrisa y se quedó mirando el cielo. Las estrellas se movían a toda velocidad. Oyó el agua que se abría a su paso y que se le metía en la boca, impidiéndole respirar.

La criatura que era Frances Caskey nadó hasta el centro del lago y, una vez allí, agarró a Travis Gann con el otro brazo con fuerza y lo sumergió hasta el fondo lodoso. Se quedó allí, abrazándolo como un padre abrazaría a un hijo ya crecido. Y lo miró a la cara como lo habría mirado un padre.

La profundidad a la que se encontraban era tal que Travis no veía nada más que el pálido resplandor de aquellos ojos que lo escrutaban. Forcejeó y se retorció, pero era imposible escapar. Exhaló el poco aire que le quedaba en los pulmones con un grito que el agua se encargó de silenciar. Consiguió liberar un brazo, formó un puño y lo lanzó contra aquella cara ancha y plana que tenía delante, pero no llegó a impactar contra nada. Su mente registró un desconcierto absoluto y su último pensamiento consciente fue la solución a ese misterio: aquella cosa había abierto la boca y el puño había ido a parar dentro. Entonces la boca se cerró, le atrapó el brazo y se lo arrancó de cuajo.

Fue lo último que percibió Travis Gann.

Frances se comió los dos brazos. En algún momento, mientras los engullía, Travis Gann murió. Cuando hubo saciado el hambre, Frances arrastró el cadáver hasta el nido de caimanes que había cerca de la orilla, junto al prado. Atraídos por el olor a sangre en el agua, los caimanes ya estaban expectantes.

Frances salió del agua sosteniendo en alto el cadáver sin brazos. La sangre brotaba de las articulaciones vacías. Entonces abrió la boca, también ensangrentada, y profirió unos graznidos breves y estridentes. El agua a su alrededor se agitó por los golpes de cola de los caimanes, y también por los de la suya. En algún lugar, en un rincón oscuro de la mente de aquella criatura, a Frances Caskey le sorprendió oír el estridente trino que tantas veces recordaba haber soñado.

Frances Caskey empezó a cantar y dejó caer el cuerpo de Travis Gann en el nido de caimanes que había a orillas del lago Pinchona.

Madre e hija

Billy llegó a los baños y encontró a Lucille tal como Frances la había dejado unos minutos antes. La cogió en volandas y recorrió el sendero de cedros cargando con ella, ocultándose un instante tras un árbol para dejar pasar a un grupo de soldados. Se metió en el aparcamiento, tendió a Lucille en el asiento trasero del coche y la cubrió con una manta que llevaba en el maletero. Regresó al salón de baile con toda la indiferencia que fue capaz de fingir e informó al dueño y a su esposa de que todo iba bien. Lucille simplemente había sufrido una indisposición: le dolía el estómago e iban a llevársela a casa. Entonces se quedó frente a la puerta del salón de baile y empezó a dar vueltas a un lado y otro llevado por la confusión y el nerviosismo, haciendo crujir la plataforma de madera con su peso. El resplandor amarillo del interior de la sala de baile proyectaba cuadrados de luz alrededor del edificio, pero no bastaba para disipar la oscuridad del entorno. La luna se había escondido detrás de las nubes.

A Billy no le costaba imaginar que Frances hubiera huido sin decir nada, una reacción comprensible tras encontrar a su prima en el baño en ese estado tan lamentable. Regresó al coche con la esperanza de encontrarla allí, pero la única que había allí era Lucille, gimiendo en voz baja. Billy se metió en el coche sin saber muy bien qué hacer. Seguramente necesitaba atención médica, pero tampoco quería marcharse sin Frances. Le pidió a Lucille que, sobre todo, no hiciera ruido y salió del coche.

Billy regresó a los baños y llamó a Frances en voz baja. Al no obtener respuesta, decidió seguir buscándola; se alejó del salón de baile y se adentró por la arboleda de cedros y cipreses que bordeaba esa parte del lago. La música del local quedaba ahogada por el ruido de las cigarras que vivían en la corteza de los árboles. Se acercó a la orilla del lago. De pronto la luna asomó entre las nubes e iluminó el agua.

—¿Frances? —dijo.

Una cabeza rompió la superficie del agua a unos quince metros de la orilla. No era Frances, ni siquiera era una cabeza humana. Desapareció tan rápido que Billy se convenció de que no habían sido más que imaginaciones suyas, a pesar de saber perfectamente que no era el caso. Mientras se decía a sí mismo que solo era un caimán, vio un rastro de ondas en las tranquilas aguas del lago. Las ondas se

acercaban hacia él. Retrocedió para refugiarse en la oscuridad y la seguridad de los árboles.

«Me ha visto», pensó.

Frances se alzó entre los nenúfares y llamó débilmente a Billy.

Este avanzó hacia su prometida y la sacó del agua. Había perdido los zapatos y tenía los pies cubiertos de lodo. El vestido y la ropa interior le colgaban del cuerpo hechos jirones. Billy se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

—¡Shhh! —dijo cuando ella hizo un tímido intento de hablar—. Volvamos al coche.

De camino a casa Frances guardó silencio. No le explicó ni cómo había terminado en el lago ni por qué su ropa había quedado reducida a unos pocos harapos, y Billy tampoco le preguntó. Aparcó frente a la casa de Elinor y entró corriendo, no sin antes advertir a Frances y a Lucille de que se quedaran en el coche. Hizo salir a Elinor y a Zaddie con mantas, y las dos chicas pronto quedaron instaladas en los dormitorios del primer piso. Entonces llamaron por teléfono a Queenie, que llegó pasados unos minutos.

Travis Gann, relató Lucille, la había violado. La había estado esperando frente a los baños. La había agarrado por los hombros, la había obligado a entrar a empujones y la había tirado al suelo, le había levantado el vestido, le había arrancado las bragas y le había perforado el himen con la primera embestida.

Queenie arqueó las cejas, sorprendida de que lo hubiera tenido todavía intacto. En ese caso, aquello había sido todavía peor para su pobre hija.

Frances, por su parte, no quiso ver a nadie más que a su madre. Elinor la metió en la bañera y se arrodilló a su lado para lavarla con mucho cariño. Con una voz baja y distante, Frances le relató a su madre todo lo que recordaba de la experiencia en el lago.

—Mamá, lo he matado.

—Era un hombre horrible —repuso Elinor para apaciguarla—. Acababa de violar a Lucille. Y había metido a Malcolm en problemas.

—Pero lo he matado.

—Eso no lo sabe nadie, cariño, excepto tú y yo. Y aunque se supiera, ¿realmente crees que harían algo al respecto, más allá de concederte una medalla? —preguntó Elinor, riendo en voz baja—. ¿Cómo crees que reaccionaría Queenie? Diría: «Frances, no puedo más que besarte por haber matado a ese maldito Travis Gann, porque así ya no tendremos que volver a ver su repugnante cara nunca más». Levántate, cariño.

Frances obedeció como cuando era pequeña, con los pies un poco

separados. Su madre empezó a frotarle la barriga con un paño enjabonado.

—¿Sabes una cosa, mamá? —preguntó cuando Elinor empezó a lavarle la pierna derecha.

—¿Qué?

—Ni siquiera se trata del hecho de que haya matado a Travis Gann...

—¿Pues de qué se trata, entonces?

—Es por cómo lo he hecho.

—¿Y cómo lo has hecho?

—¿Cómo? —repitió Frances—. Lo he arrastrado hasta el fondo del lago y le he arrancado los brazos a mordiscos. Y luego me los he comido.

—Trae el pie, hija —dijo Elinor.

Frances levantó la pierna sin rechistar y colocó el pie sobre el borde de la bañera para que su madre pudiera lavárselo.

Cuando hubo terminado con ese pie, Frances se dio la vuelta mecánicamente y Elinor empezó a lavarle la otra pierna.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Elinor al cabo de un rato—. ¿En qué estás pensando?

—Intento recordar si realmente ha sucedido así. No puede ser, ¿verdad? Ahora mismo me parece casi como un sueño.

—Ha sido una pesadilla —replicó su madre—. Ahora así, vuélvete hacia mí —ordenó, y Frances obedeció. Elinor se puso de pie y se quedó mirando a su hija. Le cogió el brazo con la mano derecha y con la otra la enjabonó entre las piernas—. ¿Sabes qué ha sucedido en realidad en el lago?

Frances negó con la cabeza.

—Has encontrado a Lucille —prosiguió Elinor, poco a poco pero con firmeza— y luego has ido corriendo a buscar a Billy para ayudarla a salir de allí. Pero Travis Gann estaba escondido, esperándote, y te ha atacado y te ha arrancado la ropa. Mientras intentabas escapar de él has caído al agua; no se veía nada, estaba muy oscuro. Travis te ha seguido, pero no sabía nadar tan bien como tú y los caimanes lo han atrapado.

La mirada de Frances, que se había vuelto vidriosa, volvió a enfocarse de repente.

—De acuerdo, mamá —repuso en voz baja.

Elinor suspiró, dejó caer la toalla y abrazó a su hija desnuda.

—Lo siento, cariño. ¡Siento que haya sucedido así!

Frances se quedó rígida entre los brazos de su madre.

—Pero ha sucedido como lo recuerdo. ¿Verdad? —replicó Frances

cuando su madre por fin la soltó.

Elinor asintió.

—Sal de la bañera, cariño, y deja que te seque.

Frances obedeció una vez más.

—Ha sido horrible, mamá.

Elinor, que había cogido otra toalla limpia del estante, se quedó mirando a Frances, sorprendida.

—No, no lo ha sido —objetó—. Eso lo dices ahora, pero ¿te has hecho daño? ¿Te has asustado? ¿Has tenido la sensación de estar en peligro?

—No me acuerdo...

Elinor negó con la cabeza.

—Porque la respuesta es que no, cariño, ni por un instante —aseguró Elinor, envolviendo los hombros de su hija con la toalla para secárselos—. El canalla de Travis Gann no podría haberte hecho daño, al menos mientras eras...

—¿Mientras era qué?

—Mientras eras como eras cuando te has metido en el agua.

—Pero no ha sido en el agua, mamá. Ha sucedido en los baños, justo después de que encontrara a Lucille.

Elinor asintió. Se arrodilló de nuevo y continuó secando a Frances con la toalla.

—Eso es porque estabas enfadada. Estabas furiosa por lo que le habían hecho a Lucille. Y no te culpo, en absoluto.

—Mamá, ¿volverá a ocurrirme alguna vez?

Elinor no respondió. Se puso de pie, arrojó la toalla a un rincón del baño y cogió un albornoz de un perchero que había en la puerta.

—Ponte esto. Vamos a la otra habitación, te cepillaré el pelo.

—Mamá —dijo Frances con voz tranquila, mientras permitía que su madre se la llevara a la habitación de al lado—, tienes que contármelo todo de una vez. No puedes seguir posponiéndolo, no puedes seguir ignorando las preguntas que te hago. Y menos después de lo que ha pasado esta noche. He matado a una persona —susurró.

Oscar y Billy estaban sentados en el porche con mamparas al que daba la ventana de la habitación de Frances. Al ver que la luz se encendía, Oscar se acercó y echó un vistazo.

—Elinor —dijo—, ¿está bien?

—Sí, está bien —confirmó esta, guiando a su hija hasta el tocador. Frances se sentó muy erguida en la silla de mimbre que tenía ante el espejo tríptico.

—¿Qué demonios ha sucedido?

—Travis Gann —dijo Elinor.

—¿Deberíamos llamar a la policía?

—¡No! —exclamó Elinor con brusquedad—. Oscar, ¿te importaría dejarnos a solas a Frances y a mí un rato? Más tarde saldré y os lo contaré todo, y también os explicaré lo que vamos a hacer. ¿Confías en mí?

Oscar se encogió de hombros.

—Billy y yo estamos aquí de brazos cruzados y no sabemos qué hacer.

—Bien —dijo Elinor—, pues seguid así.

A pesar del bochorno nocturno, Elinor le cerró la ventana en las narices a su marido y corrió las cortinas para regresar junto a su hija. Frances estaba sentada con las manos sobre el regazo, mirando fijamente su reflejo triplicado en los espejos. Elinor cogió un cepillo y empezó a pasarlo por las gruesas hebras del pelo húmedo de su hija.

—Frances —murmuró, sonriendo al reflejo de su hija sin dejar de cepillarle el pelo—, ahora tienes que calmarte, porque dentro de poco tendremos que salir al porche y hablar con Oscar, Billy y Queenie. Tendrás que contarles lo que ha ocurrido en el lago. Ya saben que estarás un poco angustiada, pero no querrán oír historias descabelladas.

—Mamá —dijo Frances con un suspiro; no miraba ni a su madre ni a su propio reflejo, sino que tenía los ojos clavados en la pantalla de una lamparita con flecos—, no pensarás que voy a contarle una historia como esa a la gente, ¿verdad?

—Espero que no. ¿Quién te creería? Nadie. Ni siquiera yo te creería —comentó Elinor, con una risa leve.

—Mamá, no tiene gracia.

—Frances, cariño, actúas como si esto no hubiera ocurrido ya antes. Eso es lo que no entiendo.

Desconcertada, Frances levantó la mirada hacia el reflejo de su madre. Entonces Elinor volvió a hablar, en voz baja.

—Ahora veo lo que ocurre. No te acuerdas...

—¿De qué no me acuerdo?

—De las otras veces.

—¿Qué otras veces, mamá?

—Las otras veces que te metiste en el agua.

—¿Quieres decir —empezó a decir Frances, titubeando— que ese cambio ya...?

Elinor asintió.

—Pues claro. Cuando te ibas al golfo con Miriam y te pasabas horas y horas nadando sin parar, sin duda no pensabas que una chica de dieciséis años podía nadar tan lejos, ¿verdad? ¿Una chica de

dieciséis años que había pasado tres tendida en esa cama de ahí, sin poder mover siquiera las piernas? ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y tú y yo solíamos bañarnos en el Perdido juntas y no dejábamos que nadie nos acompañara? ¿Te acuerdas?

—Un poco —admitió Frances—. Aunque no recuerdo que ocurriera nada, solo recuerdo...

—¿Qué?

—Nada, mamá. Es eso, no recuerdo nada. Solo que todo era distinto.

Elinor asintió sabiamente.

—Entonces es eso —constató Frances, afligida—. Cuando estoy en el agua y luego no me acuerdo de las cosas, ¿es eso lo que me ocurre?

—Sí.

—Pero esta noche he recordado más cosas.

Elinor se encogió de hombros.

—También han ocurrido más cosas. Y estabas enfadada. Y, además, te estás haciendo mayor.

—Entonces ¿todo esto volverá a suceder?

Elinor siguió cepillándole el pelo pero no respondió. Al cabo de un momento, Frances volvió a hablar con delicadeza.

—¿Mamá?

—Dime.

—Mamá, no todo el mundo es así...

—No, cariño, solo tú y yo.

—¿Y Miriam no?

Elinor negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que tú eras mi niña de verdad? Me refería precisamente a eso.

Frances se quedó muy quieta, contemplando su propio rostro en el espejo. Entonces levantó un brazo y lo colocó bajo la luz para inspeccionarlo.

—No verás nada, cariño —dijo Elinor.

—¿Y qué me dices de Billy?

—¿Qué le pasa? —preguntó Elinor, que dejó a un lado el cepillo y abrió la cajita dorada en la que guardaba las horquillas para el pelo. Entonces tomó un grueso mechón del pelo de Frances y cogió una horquilla. Frances sostuvo el mechón hasta que su madre se lo prendió.

—¿Todavía puedo casarme con él?

—¡Claro que sí! Yo me casé con tu padre, ¿no?

Frances se encogió de hombros.

—¿Y qué le digo?

—¡No le cuentes nada! —exclamó Elinor—. Además, ¿qué ibas a contarle?

—¡No lo sé! —respondió Frances con impotencia. Se dio la vuelta en la silla de mimbre y miró fijamente a su madre antes de volver a hablar—. Mamá, no entiendo nada de todo esto, ¡tienes que ayudarme! ¡Dime qué tengo que hacer!

Elinor agarró a Frances por los hombros y le dio un apretón afectuoso antes de hablar.

—Lo estás haciendo bien. Si tienes algún problema, ven a verme. Eso es todo. Ahora date la vuelta y deja que termine de arreglarte el pelo. ¡Nos están esperando!

—¿Por qué tienes que arreglármelo?

—Porque cuando salgamos al porche volverás a ver a Billy, y no quiero que recuerde el aspecto que tenías cuando has salido del lago. Solo quiero que vea a mi niña, tan guapa como siempre.

—Mamá, ¿papá sabe algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—No.

—¿Y sobre ti?

Elinor hizo una pausa.

—Oscar sabe más de lo que está dispuesto a admitir. Tu padre es un buen hombre, cariño, y es muy listo. Sabe cuándo tiene que callarse. Y Billy se le parece mucho, ¿no crees?

Frances no respondió. Otra pregunta ya le ocupaba la mente.

—¿Y los hijos?

—¿Qué pasa con los hijos? —preguntó Elinor, estudiando el reflejo de Frances primero de un lado y luego del otro para comprobar cómo le quedaba el pelo.

—¿Serán como nosotras?

Elinor sonrió.

—Ya está —sentenció—. Y ya has hecho suficientes preguntas por esta noche. Salgamos al porche y terminemos con este asunto.

Lucille y Grace

Lucille guardó cama durante una semana tras la violación, y todas las mujeres Caskey se encargaron de cuidarla. A la gente del pueblo le dijeron que en el lago Pinchona, a oscuras, Lucille había tropezado con las raíces de un cedro, se había caído y se había cortado con un clavo que sobresalía de un poste.

El dueño de las instalaciones de recreo del lago Pinchona y su mujer tenían sus sospechas, desde luego, pero no les interesaba que corrieran rumores sobre una violación. Si se hubiera sabido que a una chica del pueblo la había atacado un hombre del Cuerpo Aéreo (porque sin duda había sido un soldado; desde hacía un año prácticamente solo iban militares al lago), se habría armado un buen lío. Era posible que el comandante de Eglin prohibiera a sus hombres acudir al lago y entonces, ¿qué habría sido de los holgados beneficios que obtenía la pareja?

Contrataron a otra camarera, una chica de Bay Minette que no era ni mucho menos tan guapa como Lucille y que nunca había aprendido a bailar. Una vez recuperada de su «caída», Lucille no tuvo el menor interés en recuperar su antiguo puesto.

Jamás se encontró rastro alguno de Travis Gann, ni en el lago ni a orillas de este. Todos en Perdido daban por sentado que Travis había sido liberado cuando la justicia lo había considerado pertinente y que simplemente había desaparecido. Y la verdad es que se alegraban de que hubiera decidido establecerse en algún lugar lejano.

Unos meses más tarde, Queenie descubrió que su sempiterna mala suerte se había vuelto a abatir sobre ella con fuerzas renovadas: Lucille estaba embarazada. Siguiendo el consejo de Elinor, a Lucille no la examinó el doctor Benquith, el vecino, sino un hombre de Pensacola. Los Caskey no querían que su amigo Leo supiera lo que había ocurrido en el lago Pinchona.

—Sé detectar un embarazo cuando lo veo —dijo Queenie—. Dentro de un par de meses empezará a notársele.

Una noche, en casa de James, las mujeres Caskey celebraron una reunión de la que solo excusaron a Miriam y Frances. Llevaron a Lucille a la casa, pero esta quedó relegada al dormitorio de Grace, con la puerta cerrada. Las mujeres se congregaron para resolver la cuestión que las ocupaba: «¿Qué hacemos ahora?».

Grace miró a su alrededor, complacida. Era la primera vez que

participaba en una reunión familiar de esas características y estaba orgullosa de que la hubieran admitido. Aquella sería su primera intervención y quería que la familia recordara sus palabras.

—Dejad que me la lleve —propuso Grace.

—¿Que te la lleves adónde? —preguntó Sister.

—No importa. A Miami, tal vez, o a Tennessee. En realidad el lugar es lo de menos. Le diremos a la gente que está visitando a unos parientes, o que me está acompañando en un tour por los parques nacionales, o algo por el estilo.

—No se puede viajar tanto —comentó Elinor—, recuerda que estamos en guerra.

—Entonces nos instalaremos en algún sitio —repuso Grace—, donde nadie nos conozca.

—¿Durante nueve meses? —le preguntó Queenie—. ¿Vas a pasar nueve meses cuidando de Lucille?

—No serían nueve. Digamos que más bien siete.

—¿Y qué harás con el bebé cuando haya nacido? —preguntó Sister.

Grace se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que no podrá quedárselo, porque entonces no tendría sentido marcharse y guardar el secreto. Imagino que tendrá que darlo en adopción.

—Ojalá pudiéramos quedárnoslo… —dijo Queenie con un suspiro —. Tal vez podríamos dárselo a James.

—James es demasiado viejo para cuidar a un bebé —opinó Elinor sin malicia—. Y si nos lo quedáramos, todo el mundo sabría de dónde salió. Tenemos que darlo en adopción.

Grace no tardó en comprender que habían aceptado su sabia propuesta y que iba a encargarse de Lucille mientras durara el embarazo.

—Ya decidiremos lo del bebé más adelante —dijo Grace—. Primero tenemos que pensar cómo nos marcharemos del pueblo sin levantar sospechas. Antes que nada tiene que dejar el trabajo en Ben Franklin…

Esa noche todo quedó acordado. Luego informaron a Lucille y esta accedió a todas las decisiones. Había cambiado mucho desde la violación; no se había vuelto taciturna, pero estaba distraída. Ya no mentía, pues no parecía encontrar nada en la vida por lo que valiera la pena mentir. Y tampoco lloriqueaba para salirse con la suya.

—¿Me cuidarás tú? —le preguntó a Grace tras observarla unos momentos.

—Sí —respondió esta—. ¿Adónde preferirías ir? ¿A Nashville o a

Miami?

Lucille se encogió de hombros.

—A Nashville, pues —decidió Grace—. Podemos decirle a todo el mundo que vamos a visitar a tus parientes, Queenie.

—Están todos muertos —dijo esta.

—Pues mejor me lo pones —replicó Grace—. Así no nos molestarán.

En Perdido solo se enteraron de que Grace y Lucille, aunque nunca habían estado muy unidas, se marchaban a Nashville durante un tiempo indeterminado. Había algo misterioso en esa decisión, más que nada porque parecía muy poco probable que Grace dejara a su padre completamente solo en Perdido precisamente cuando James estaba aún pasando el duelo por la marcha de Danjo. Pero la gente del pueblo no se enteró de nada, más allá de que las preguntas al respecto no eran bienvenidas. James pidió una única alteración del plan: no quería que su hija se marchara a un lugar tan lejano como Nashville. Quería que Grace y Lucille se escondieran en algún lugar más cercano.

—Se me ocurre una idea —dijo Oscar después de darle vueltas al asunto—. Justo después de la muerte de mamá compramos todas esas tierras en el condado de Escambia, ¿os acordáis? Pues Elinor me hizo comprar también una pequeña propiedad que había quedado embargada. Debe de estar a unos diez o quince kilómetros al sur de Babylon y se accede a ella por una carretera que no lleva a ninguna otra parte. No habéis visto un lugar más remoto que ese. Elinor, tú y yo fuimos un día, ¿te acuerdas?

Elinor lo recordaba perfectamente.

—Sí, se llama Gavin Pond —dijo—. Hay una vieja granja junto a un estanque. Es una tierra rica en aguas artesianas. Tiene pastos y una plantación de pacanas, además de unas doscientas cincuenta hectáreas de bosque más que decente. El río Perdido marca el límite occidental de la propiedad.

—Nunca habíais mencionado ese lugar hasta ahora —observó James.

—Después de morir, mamá nos dejó dinero, y Elinor y yo empezamos a comprar propiedades a diestro y siniestro. Bueno, pues parece ser que ahora podremos sacarles provecho. Gavin Pond, incluso me había olvidado de cómo se llamaba.

—¿Cuánto se tarda en llegar desde aquí? —preguntó Grace.

—Media hora, tal vez —respondió Elinor—. Tomáis la carretera hacia Babylon y luego os desviáis hacia el sur, eso es todo.

—Papá —dijo Grace—, Queenie y tú podríais venir a vernos

cuando quisierais. Elinor, ¿en qué estado se encontraba la granja la última vez que la viste?

—No estaba mal —respondió esta—. Pero es probable que a estas alturas le convenga algún arreglo. Iré mañana y me llevaré a Bray para ver qué hay que hacer antes de que podáis mudaros.

Elinor y Bray se pusieron manos a la obra al día siguiente. Durante la semana siguiente, Bray mató a una familia de ardillas que se habían instalado en los dormitorios del primer piso y reparó un agujero del tejado. Puso unos escalones nuevos en la parte trasera y apuntaló el estrecho porche frontal. Mientras tanto, cada mañana a primera hora, antes de que el resto de los habitantes de Perdido se despertaran, Elinor y Sister ataban varios muebles en la trasera de un pequeño camión del aserradero y, con Bray al volante, los llevaban a su destino. Habían decidido que comprar muebles nuevos, tanto en Perdido como en Babylon, habría atraído demasiado la curiosidad de la gente del lugar. Queenie acudió a la tienda de los Crawford y llenó el coche de víveres para proveer la cocina. Los Caskey visitaban la casa de uno en uno o por parejas, y nadie en Perdido se dio cuenta de nada ni sospechó de la argucia. Lucille dejó su empleo en Ben Franklin sin reparo alguno: ya no tenía ningún interés en flirtear con los militares que se le acercaban para comprar una bolsa de cacahuetes o una barrita de Mounds.

A mediados de agosto, cuando la casa por fin se consideró habitable, Queenie llevó a su hija a un salón de belleza de Pensacola. Lucille se cortó el pelo muy corto y se lo tiñó de negro. Solo regresaron a Perdido cuando ya había caído la noche y, entonces sí, Lucille y Grace partieron en coche con media docena de maletas en el asiento trasero. Los Caskey se quedaron en sus hogares mientras el coche se alejaba de la casa de James. Lucille se agachó en el asiento mientras cruzaban el centro de Perdido y el puente sobre el río, para luego seguir hacia Baptist Bottom por la carretera que llevaba hacia el este de Florida. No dejó de llorar en todo el camino.

En 1943 Babylon era un lugar diminuto, más pequeño aún que Perdido, sin aserradero ni ningún negocio importante que reportara beneficios. Tampoco tenía nada que distinguiera a la población, aparte de tres chicos que durante los últimos tres años se habían convertido en jugadores de béisbol profesionales. La propiedad de los Caskey estaba situada ocho kilómetros al sur del pueblo y se llegaba a ella por un camino de grava que salía de un barrio habitado sobre todo por negros. Dos surcos de guijarros se desviaban de ese camino a través de un bosque de caducifolias; casi un kilómetro más adelante, siguiendo

esa pista, se llegaba al claro donde estaba la granja, tras la que había pastos para el ganado —pero donde hacía veinte años que solo pacían los ciervos— y una plantación de nogales pecanos atravesada por un pequeño arroyo. Las ordenadas hileras de árboles habían quedado alteradas por robles jóvenes que crecían sin orden ni concierto entre ellas. Junto a la casa había un estanque lleno de peces que llevaban varias generaciones alimentándose, creciendo y multiplicándose sin que nadie los molestara. El estanque estaba bordeado por oscuros cipreses con los troncos cubiertos de musgo. Todo aquello, por supuesto, no era visible a las horas intempestivas de la noche a las que llegaron Grace y Lucille; la luz vacilante de los faros del coche solo les permitió divisar los surcos del camino, los troncos de los árboles y las tablas de la parte inferior de la casa.

La modesta vivienda tenía dos habitaciones en la planta superior y dos más en la inferior, con una despensa y un baño en la planta baja. Elinor había instalado cortinas en las ventanas. Los suelos eran de madera dura, y Zaddie y Luvadia las habían fregado a conciencia. Ninguna de esas operaciones podía llevarse a cabo a espaldas de los Sapp, que habrían terminado descubriendo el secreto de todos modos. Además, los Caskey los consideraban parte de la familia, hasta el punto de que confiaban en ellos tanto como en sí mismos. Sin embargo, a pesar de todos esos intentos de convertir la casa en un lugar agradable y familiar, Lucille tuvo la sensación de no haber visto jamás en la vida un sitio tan remoto y solitario. Todas las ventanas se abrían a una oscuridad absoluta.

Lucille se aferró a Grace.

—Tengo miedo.

—Subamos a la primera planta —propuso Grace—. Te mostraré nuestros dormitorios.

Lucille se volvió hacia Grace, aterrorizada.

—No podré dormir aquí sola. ¡Es un lugar demasiado apartado!

Los dormitorios del piso de arriba eran cuadrados y parcos en decoración, con una cama, un armario ropero, un tocador y una alfombra. Durante el día, cuando la luz del sol entrara por los ventanales, tal vez serían espacios alegres, pero por la noche eran sofocantes debido al calor acumulado. Una solitaria bombilla colgaba de cada techo e iluminaba débilmente las habitaciones, arrojando toscas sombras y revelando las moscas muertas sobre el alféizar y el nido de avispas que había en el rincón del techo de la habitación de Grace.

—Este lugar es horrible —dijo Lucille.

—Mañana saldremos a pescar —decidió Grace—. Nos lo

pasaremos en grande.

Lucille negó con la cabeza para expresar sus reservas. Ni esa noche ni las siguientes permitió que Grace durmiera en su propia habitación, e insistió en compartir la cama. Lucille tenía miedo a la oscuridad y al silencio sobrecogedor que reinaba fuera. Lo único que alteraba esa quietud era algún que otro pez sumergiéndose de golpe en el estanque, o el crujido de alguna ramita que pisaban los animales que rondaban por el bosque. Cuando miraba por la ventana, la muchacha no veía más que la fría luna sobre Babylon, reflejada en las aguas de Gavin Pond. Al otro lado del estanque había un diminuto cementerio con una docena de tumbas en las que estaban enterrados todos los miembros de la familia que había construido la granja, los mismos que habían dormido en la habitación donde ella dormía en esos momentos. No, Lucille no pensaba dormir sola. Pasaba las noches refugiada entre los brazos de Grace a pesar del calor y del aire viciado del cuarto. Nunca supo con seguridad qué era lo que le daba tanto miedo, si el silencio y la oscuridad o el estanque, el cementerio y la luz de la luna. Aunque tal vez fuera aquello que crecía inexorable dentro de su vientre.

Las cosas mejoraban durante el día. La casa se refrescaba un poco durante la noche. La disposición de los árboles mantenía el tejado a la sombra hasta el atardecer, pero luego el lugar se calentaba en poco tiempo. Lucille escuchaba la radio y ponía discos; cuando salían con el bote se dedicaba a matar mosquitos a manotazos mientras Grace pescaba; paseaba por la plantación de pecanos con un palo largo, por si aparecía alguna serpiente, y a veces cosía un poco.

—Quiero hacer algo para el bebé —le confesó a Grace—, pero entonces, de repente, me doy cuenta de que no voy a quedármelo. Apuesto a que es niño y no niña.

Pero la vida en la granja no resultó ser tan solitaria como Lucille había creído la noche de su llegada. Los Caskey acudían a verlas, unas veces iban James y Queenie, otras Elinor y Zaddie, y otras solamente Sister. Sentadas en sillas dispuestas frente al estanque, las visitas comentaban lo tranquilo que era aquel lugar y se extrañaban de que no se les hubiera ocurrido arreglarlo antes: era mucho mejor que la playa. Oscar fue dos veces a mediodía con el pretexto de que tenía que alejarse un rato del aserradero: el negocio lo estaba volviendo loco. Frances y Miriam fueron las únicas que no acudieron a visitarlas. En una ocasión, mientras estaban pescando en el estanque, Lucille le preguntó a Grace por qué pensaba que sus primas no iban a verlas. Grace tardó un rato en responder.

—Porque creen que estamos en Nashville —respondió finalmente.

—¿Me estás diciendo que todos lo están manteniendo en secreto? ¿Incluso para ellas?

—Son demasiado jóvenes. Podrían acabar revelándolo sin querer —le explicó Grace.

Por algún motivo, eso deprimió a Lucille. Era como como si el hecho de que Frances y Miriam estuvieran en la inopia pusiera de manifiesto la humillación que había sufrido.

—¡No fue culpa mía! —gritó—. ¡Yo no le pedí a ese hombre que me asaltara en los baños!

Grace sacó otro pez del agua. Estaba a punto de abandonar la pesca; en un estanque como ese ni siquiera podía considerarse un deporte. Además, por mucho que los cocinara justo después de pescarlos, había algo en el agua que confería a los peces un sabor rancio, como si se hubieran alimentado solamente de peces muertos hundidos en el fondo.

—Pues claro que no es culpa tuya, Lucille. ¿Quién ha dicho que lo sea?

—Pero, entonces, ¿por qué se me castiga?

—¿Estás diciendo que unas vacaciones como estas son un castigo?

—Pues sí. Si ni siquiera puedo ir a Babylon contigo.

—¿Pero cuántas veces voy? Un día a la semana, a veces ni eso. Queenie nos trae comida. Ni siquiera me gusta ir al pueblo.

—Me siento como si estuviera en la cárcel. Nadie me ha pedido mi opinión en todo este asunto.

Grace levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Querías quedarte con el bebé? ¿Sabiendo que es hijo del malnacido de Travis Gann? ¡Esperemos que Frances tenga razón y lo acabaran devorando esos caimanes del lago Pinchona!

Lucille desvió la mirada.

—No sé qué quería, no podía pensar con claridad. Ni siquiera ahora soy capaz de ver las cosas claras.

—Bájate el sombrero —dijo Grace—. Te está dando demasiado el sol en la cara.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Lucille de improviso—. ¿Por qué no puede saberlo nadie?

—Por un motivo muy simple —repuso Grace—. No queremos que nadie sepa lo que te ocurrió. No porque nos avergoncemos, sino para evitar lo que podría llegar a ocurrirte si la gente se enterara. Que Travis Gann te asaltara no es culpa tuya, tienes razón, pero si llega a saberse lo que hizo y de repente resulta que estás embarazada, todo el mundo te mirará de otro modo. Y desde luego tratarían de otro modo al bebé, también. Me sorprendería que consiguieras casarte, después

de algo así. Perdido es un lugar cruel en estos casos. La gente lo es en todas partes, supongo. Los hombres no se quieren casar con juguetes rotos, y eso es lo que serías, si alguien se enterara: un juguete roto.

—¡No me importa! —exclamó Lucille—. No quiero casarme. Jamás.

Grace se echó a reír.

—¡Lucille Strickland! Te he visto flirtear con todos y cada uno de los hombres que se acercaban a menos de cinco kilómetros del mostrador de golosinas de Ben Franklin. ¡Te he visto probándote el anillo de casada de tu madre una y otra vez solo para ver cómo te quedaba! No me vengas con que no estás interesada en casarte.

—Pues no, no lo estoy —insistió Lucille, mirando a su alrededor (el estanque, el cementerio, la casa, el cielo) como si le sorprendiera que esa decisión se hubiera tomado dentro de su mente sin que ella hubiera tenido nada que decir al respecto—. No lo estoy —repitió en voz baja—. Tal vez este lugar no sea tan malo, después de todo. Simplemente es un poco solitario, eso es todo.

—Hablas igual que papá —opinó Grace—. Actuáis como si yo no estuviera presente para haceros compañía. Creo que cogeré este pescado y te abofetearé con él, por desagradecida.

Mientras lo hacía, Lucille se echó a reír y chilló:

—¡No, no lo hagas! ¡Por favor, no lo hagas, Grace!

Tommy Lee Burgess

Llevaron a Lucille a ver tres veces al médico de Pensacola, y en cada ocasión este les aseguró que el embarazo transcurría con total normalidad. El médico predijo que el bebé nacería sano y que, teniendo en cuenta el tamaño del vientre de Lucille, sería grande. Elinor y Sister sospechaban en secreto que la impaciencia y la soledad terminarían empujando a Lucille a abandonar aquella farsa tan meticulosa y que, embarazada y soltera, esta regresaría a Perdido, donde Queenie tendría que capear el escándalo. Esta se temía lo mismo, con la misma discreción. Pero con cada nueva visita a Gavin Pond, la familia pareció convencerse de que Lucille se estaba resignando, que ya no era la misma chica de antaño y que su vida había quedado alterada de manera imprevisible. La joven empezaba a conformarse con las restricciones que imponía aquella granja remota al sur de Babylon.

Durante ese otoño, Lucille no se quejó de su soledad. No ansiaba la compañía de los jóvenes del Cuerpo Aéreo, ni de sus colegas en Ben Franklin o en el lago Pinchona. Parecía satisfecha de pasar el día sentada en casa, bordando fundas de almohada y camisones mientras Grace exploraba aquella propiedad que había empezado a sentir como propia. A las dos les bastaba con hacerse compañía mutuamente. Queenie, Elinor y Sister a menudo tenían la sensación de estar entrometiéndose en la preciada intimidad que compartían las dos primas.

¿Quién había visto en alguna ocasión a Lucille dedicada a algo tan minucioso, sedante y laborioso como el bordado? Y a continuación le dio ni más ni menos que por la costura. Lucille le preguntó a su madre si podían permitirse una máquina de coser y, al día siguiente, James y Bray le llevaron una Singer en uno de los camiones del aserradero. Las visitas de Perdido siempre le llevaban telas y patrones nuevos para vestidos, fueran de su talla o de la de Grace. Lucille llenó los armarios de la granja con vestidos confeccionados en casa.

Grace aseguraba que le habría gustado vivir en el campo toda la vida. Cuando llegó su cumpleaños, en enero, James le preguntó a su hija qué quería que le regalase.

—Un tractor —respondió esta. James le compró uno y Grace se dedicó a devolver la plantación de nogales pecanos a su antiguo esplendor. Una tarde de febrero, Bray acompañó en coche a James y a

Queenie hasta Gavin Pond, donde estos se sentaron en el salón de la granja para hablar con sus respectivas hijas. Grace le había construido a su prima un marco de bordado ajustable. A medida que el embarazo iba progresando, a Lucille le costaba cada vez más permanecer sentada con la espalda recta durante largos períodos de tiempo. Entonces se echaba en uno de los sofás de la habitación, con el marco inclinado en ángulo justo sobre el voluminoso vientre, y así podía continuar su labor sin esfuerzo. Para gran sorpresa de Queenie y de James, Grace les contó que después de la llegada del bebé tenía previsto ir con Lucille a Georgia para comprar unas cuantas cabezas de ganado. Grace estaba segura de que en cuestión de un año podría convertir Gavin Pond (el nombre que recibía la finca entera de forma imprecisa) en un proyecto rentable.

—Grace —exclamó Queenie—, ¿me estás diciendo que os estáis planteando vivir aquí de forma permanente?

—Nos encanta este lugar —aseguró Grace—. Y después de tanto trabajo...

—James —intervino Lucille—, ¿tienes alguna alfombra vieja que no quieras? ¿Algo para esta habitación? Estaba pensando...

—Azul —se le adelantó James—. Debería ser azul.

—Un momento —intervino Queenie—. James, no empieces a poner alfombras hasta que hayamos aclarado esto.

—¿Aclarar qué, mamá? —preguntó Lucille.

—¿Te gusta vivir aquí, cariño?

—Mamá —dijo Lucille con satisfacción, clavando la aguja en la tela que estaba bordando—, nos encanta.

—¿No echáis de menos el pueblo?

Lucille negó con la cabeza.

—Tenemos la radio, y tampoco es que haya mucho más que hacer en Perdido, de cualquier forma. Después del bebé, Grace me ha prometido que me llevará al cine de DeFuniak Springs siempre que queramos. Si vuelvo a Perdido, tendré que volver a trabajar en Ben Franklin, y me da pereza. No quiero trabajar. James, la próxima vez que alguien venga por aquí, ¿puedes darles la alfombra para que me la traigan?

—Lucille se muere de ganas de tener esa alfombra, papá.

—¿Qué más os gustaría tener? —preguntó James—. Imagino que querréis decorar un poco la casa, ¿no?

El asombro de la familia Caskey ante ese cambio tan súbito de Lucille Strickland no duró más que unas horas. A nadie le extrañaba que Grace y Lucille vivieran juntas y que fueran felices con la mera compañía mutua, lo único que les parecía peculiar era que quisieran

quedarse en la casa de Gavin Pond. Ningún Caskey había vivido jamás en el campo.

—Mi niña quiere ser granjera —dijo James—. Bien por ella.

—Y mi niña —añadió Queenie— quiere ser la esposa de una granjera. ¿Quién lo iba a decir?

—Supongo —dijo Sister— que cuando llegue el bebé y lo den en adopción podremos contarle a todo el mundo que Grace se ha comprado una granja en el campo y que Lucille se ha ido a vivir con ella para que no se sienta sola.

—Y todos pensarán que están locas de remate —añadió Elinor con un suspiro.

Nadie de la familia trató de disuadir a Grace y a Lucille de sus planes. Cada vez que alguien iba a visitarlas, le llevaba algún objeto para la casa: una lámpara, una mesita o una caja de libros.

—Lo primero que haremos será arreglar la habitación de invitados —le explicó Lucille a su madre una vez que fue a visitarlas —. Por si a alguien le apetece quedarse a pasar la noche.

Queenie levantó la mirada, sorprendida.

—Pero si solo hay dos dormitorios en la casa, uno para ti y otro para Grace. ¿Dónde está la habitación de invitados?

—Ay, mamá —replicó Lucille, riendo—. ¡Grace y yo dormimos juntas! No querrás que duerma sola aquí, en el campo, ¿verdad? Ya sabes lo aprensiva que soy.

Los Caskey también asimilaron esa información hasta cierto punto inesperada. Todos recordaban que, de niña, Lucille había sufrido pesadillas recurrentes.

Es posible que esas pequeñas sorpresas que fueron encontrando por el camino hubieran tenido que preparar a los Caskey para la bomba que les soltaron al final, pero lo cierto es que los pilló de improviso.

Cuando se acercó el momento de que Lucille diera a luz, Ivey Sapp acudió a Gavin Pond y se quedó a dormir en un catre en la cocina. Si querían mantener la discreción respecto al embarazo, no podían llamar a ningún médico. Sin complicaciones, y en la cama que compartía con Grace Caskey, Lucille Strickland dio a luz a un bebé perfecto, un niño que pesaba más o menos como un saco de harina de dos kilos y medio, según la fiable estimación de Ivey.

Queenie, James, Elinor y Sister llegaron una hora más tarde para conocer al bebé.

—Lo llamaremos Tomas Lee —anunció Grace con orgullo, de pie junto a la cabecera de la cama donde yacía Lucille—. ¡Hola, Tommy Lee!

—No tiene sentido ponerle nombre —opinó Queenie—. Deberíais dejar que sean sus nuevos padres quienes decidan cómo se va a llamar; tal vez ya tengan a un hijo llamado Tommy.

—¿Sus nuevos padres? —exclamó Lucille—. ¿Quién ha hablado de nuevos padres? —preguntó, sosteniendo al bebé contra el pecho, con actitud protectora.

Queenie, James, Elinor y Sister se miraron, desconcertados.

—¿Quieres decir... —dijo Elinor— que tienes intención de... quedarte con el bebé?

—¡Es un niño precioso! —dijo James—. Yo, desde luego, me lo quedaría.

—James —intervino Sister—, tú te quedarías con todos los niños que ves. Me sorprende que nunca te hayan denunciado por secuestro.

—A ver, vamos a dejar las cosas claras —dijo Elinor, mirando a las dos jóvenes antes de soltar un suspiro—. Antes que nada, ¿queréis seguir viviendo aquí, en este lugar dejado de la mano de Dios...?

—Así es —respondió Grace con determinación.

Lucille asintió tímidamente.

—Y queréis quedaros con el bebé.

—¡Es nuestro! —exclamó Lucille.

—Cariño —dijo Queenie—, solo pensamos en lo mejor para vosotras.

Los cuatro Caskey mayores, como si de un tribunal se tratara, intercambiaron una mirada, luego otra, observaron a Grace, Lucille y Tommy Lee, y se miraron de nuevo. Como cabeza de la familia, fue Elinor quien tomó la palabra.

—Por supuesto que podéis quedaros con el niño, y por supuesto que podéis quedaros aquí. Las dos tenéis más de veintiún años y podéis tomar vuestras propias decisiones. Solo queremos que seáis felices. ¿Estáis seguras de que esto os hará felices?

—Sí —respondieron las dos al unísono.

—En ese caso —prosiguió Elinor—, ¿qué queréis que contemos en Perdido?

—¿A qué te refieres? —preguntó Grace.

—Me sorprende que hayamos sido capaces de mantener todo este asunto en secreto durante tanto tiempo —dijo Elinor—. Entre las llamadas de larga distancia y Bray conduciendo camiones llenos de muebles hasta aquí cada dos por tres y comprando todo el material en el centro de Perdido para que Lucille pudiera confeccionar vestidos... No podemos guardar este secreto eternamente, por no hablar de que preferiríamos no tener que hacerlo. Y también nos gustaría que vosotras dos y Tommy Lee pudierais venir a vernos. Así pues, ¿no sé

qué tenemos que contestar cuando la gente nos diga, «¡Qué niño tan precioso! ¿Ha caído del cielo?».

—Porque supongo que no querrás que digamos que te violaron en el lago Pinchona —añadió Queenie.

—¡Shhh! —replicó Grace enseguida—. ¡Por supuesto que no!

—Podríamos decir que Lucille se casó y que por eso se marchó —sugirió James—. Y podríamos decir que a su marido lo mataron en la guerra. Que luego se dio cuenta de que estaba embarazada y que este es su hijo. Podríamos decir eso.

—Es una buena historia —opinó Lucille—. La gente se la creería.

Y eso es lo que hicieron.

Al cabo de un tiempo revelaron el secreto familiar también a Frances y a Miriam, que por fin se enteraron de la verdad. A Frances la pilló por sorpresa, todo lo contrario que a la sabihonda de su hermana.

—Tendría que haber sido ciega, sorda y tonta para no darme cuenta de lo que ocurría —aseguró Miriam.

—Pero, entonces, ¿por qué no dijiste nada? —preguntó Sister con escepticismo.

—Porque no era asunto mío —replicó Miriam—. Solo espero que nadie crea que voy a ir hasta allí para verlas, eso es todo.

—¿Por qué no? —preguntó James.

—Porque nada me apetece menos que ir a pasar el día a un embalse de agua estancada infestado de mosquitos y a una casa llena de bichos con un bebé llorando en la habitación contigua. Por eso.

—El estanque es un lugar la mar de agradable —comentó James, en tono de leve reprimenda—, y Tommy Lee es el bebé más dulce que jamás hayan visto mis ojos. Le diré a Bray que me lleve en coche cada día.

—Ni hablar, James —espetó Queenie con aire autoritario—. Las chicas querrán estar solas con su bebé. En mi vida he visto a dos personas más felices de estar juntas. Lo último que quieren es tenernos a ti o a mí rondando por la casa mañana, tarde y noche.

Cuando se enteró de la situación, Billy Bronze quiso ayudar de algún modo. Con gran discreción, revisó los archivos en Eglin hasta que encontró el nombre de un chico que había estado en la base en el momento de la violación y que posteriormente había muerto en el Pacífico Sur: se llamaba LeRoy Burgess. El chico no tenía familia próxima, de modo que se convirtió en el marido póstumo de Lucille y en el padre de Tommy Lee.

El primero de julio de 1944, el hijo de Lucille fue bautizado con el nombre de Tommy Lee Burgess en la Primera Iglesia Metodista de

Perdido, con la madre del niño y Grace juntas ante la pila bautismal. A continuación se celebró una pequeña recepción en casa de Elinor, y si los habitantes de Perdido no se creyeron la historia de los Caskey, al menos tuvieron la cortesía de no decirlo.

—En cuanto Tommy Lee haya crecido lo suficiente —comunicó Grace a todos los presentes—, Lucille y yo lo meteremos en el asiento trasero y nos iremos a Oklahoma a comprar unas vaquillas Black Angus. No hay reses más adecuadas para pastar entre nogales pecanos que las Black Angus.

14

Lázaro

Aunque Alemania no se había rendido a los Aliados, el fin de la guerra parecía próximo. Los habitantes de Perdido lo sentían porque en la base aérea cercana también lo sentían. Los adolescentes seguían recibiendo la instrucción y luego partían hacia Europa y el Pacífico, pero era evidente que las cosas habían cambiado; sin duda alguna, la guerra estaba terminando. Aun así, los pedidos de madera, postes y marcos para ventanas continuaban llegando y la prosperidad de los Caskey no parecía estar en peligro. Miriam seguía trabajando codo con codo con su padre en el aserradero, donde los obreros ya estaban más que acostumbrados a verla rondando por allí. Había dejado de ser simplemente la hija del señor Oscar para convertirse en la señorita Miriam y ganarse el respeto de todos.

El aserradero de los Caskey tenía dos partes claramente diferenciadas. La parte exterior incluía el aserradero en sí, con toda la maquinaria, los obreros y los almacenes, además de los bosques y los vehículos y otros medios por los que se transportaba la madera. Y la parte interna consistía en las oficinas, construidas en el centro de la fábrica, las personas que trabajaban en ellas, los archivos, el papeleo, los contables y abogados contratados y el trato con los clientes. El hecho de que en esos momentos el Departamento de Guerra de los Estados Unidos siguiera siendo el único cliente de la empresa no facilitaba en absoluto su funcionamiento.

En los tres años que llevaba allí, Miriam había asumido la responsabilidad de casi todas las operaciones internas del aserradero. Incluso Elinor, que de algún modo se las arreglaba para mantenerse al corriente del negocio sin poner jamás los pies en las instalaciones, sabía que Miriam lo había conseguido no mediante sutiles maniobras contra su padre y trepando por encima de los empleados, sino únicamente gracias a su brío y su competencia. Puesto que Oscar a menudo estaba fuera, en algún bosque o atendiendo algún negocio en algún otro pueblo, los empleados se habían acostumbrado a recurrir a Miriam para solucionar sus problemas en lugar de esperar al dueño. En cuanto su padre regresaba, siempre secundaba las respuestas, órdenes y consejos invariablemente razonables y sensatos de Miriam. Esta no tardó en convertirse en algo más que una simple representante de Oscar, y este, a su vez, pasó a delegar en ella cada vez más asuntos rutinarios del funcionamiento del aserradero. De hecho, mandó

construir un despacho para Miriam junto al suyo y le puso una secretaria y una línea telefónica solo para ella, de modo que las llamadas del exterior le llegaban directamente. Pronto la opinión de Miriam fue tan decisiva en todos los tratos como podría haberlo sido la de cualquier otro hombre de Perdido que hubiera ocupado su lugar. Trabajaba más horas que su padre, y fue precisamente eso lo que permitió que Oscar se tomara un respiro tras tantos años de infatigable dedicación.

Teniendo en cuenta las hostilidades iniciales que habían separado a Miriam de sus padres durante tantos años, Oscar y Miriam gozaban de una relación más íntima de lo que cualquiera en Perdido hubiera podido esperar. La suya no era la intimidad que suele haber entre padre e hija, sino más bien entre un hombre de negocios orgulloso y su joven y prometedora socia. Por la mañana, después de desayunar, Oscar pasaba por la casa de al lado para tomar una segunda taza de café con Miriam antes de que Bray los llevara al aserradero. Sister salía de la habitación sabiendo que no hablarían más que de negocios. Bray los acompañaba a casa al mediodía para comer, y durante aquel breve instante formaban parte de la gran familia Caskey y se abstenían de hablar sobre el negocio más que en términos generales. Después de comer, Miriam volvía al aserradero mientras su padre se quedaba en casa o acudía a supervisar algún bosque de la familia o a alguna reunión de negocios en Eglin, Pensacola o Mobile. Después de cenar, Oscar y Miriam se sentaban a veces en el porche lateral de la casa de Miriam, o paseaban juntos por detrás de las casas, charlando sobre el aserradero y las infinitas minucias del negocio.

Aunque se acostumbró a pasar mucho tiempo con su padre, Miriam seguía sin relacionarse con su madre más de lo que había hecho hasta entonces. Entre ambas seguía mediando una gran distancia, y Miriam solo se sentía unida a su padre. Cuando era más joven, esa distancia se había manifestado en forma de silencio, así como en la frialdad que demostraba en todo momento. Pero ahora que se reunía tan a menudo con su familia, esos métodos ya no eran factibles, de modo que empezó a recurrir en unas maneras más abruptas, un lenguaje sucinto y unas expresiones más distantes, así como en una falta de interés general por la prosperidad de la familia, a menos que esta coincidiera con la prosperidad del aserradero de los Caskey. Su familia aceptó ese trato arisco tal como había aceptado el resto de sus anomalías. Nadie intentó cambiarla ni consideró que sería mejor que se mostrara más amable.

—Miriam es así —dijo Elinor en una ocasión—. Todos deberíamos agradecer que se siente a la mesa con nosotros.

Había habido algunas quejas *sottovoce* en el pueblo y entre los obreros del aserradero (solo entre los que no conocían de verdad a Miriam) sobre el hecho de que una joven ostentara tanto poder y responsabilidad. Sin embargo, a Oscar Caskey jamás se le pasó por la cabeza la posibilidad de poner freno a la ambición de su hija. Todos los miembros de la familia estaban orgullosos de ella por lo que estaba haciendo. Que Miriam trabajara diez horas al día en un escritorio del aserradero, rodeada tan solo de montones de madera y del estruendo de las trituradoras y las sierras, no les parecía más extraño que el hecho de que Grace y Lucille quisieran vivir en Gavin Pond y compartir una misma cama estrecha con un niño de un año y dos perros de caza.

Los empleados de las oficinas del aserradero veían a Miriam como una mujer severa y autoritaria, pero su familia consideraba que, sin duda, se le había ablandado el carácter. De pequeña, su abuela Mary-Love la había mimado de todas las maneras imaginables, y tras la muerte de esta, Sister no había hecho nada para evitar que Miriam siguiera con ese estilo de vida autocomplaciente y sin rumbo. Trabajar en el aserradero, donde se veía obligada a tratar con clientes y subordinados y a mantener una relación con su padre (una relación basada por lo menos en una intimidad sin tensiones) había suavizado algunas de sus aristas más visibles. Su nueva posición la obligaba a pensar en los demás, a comprender los motivos de sus conductas, a determinar sus prejuicios y a intentar comprender las sutilezas del comportamiento ajeno. La rudeza de Miriam era ahora una opción, y no un mero defecto de su personalidad.

Esa nueva sensibilidad por parte de Miriam se dejó notar en la manera en como pasó a tratar a Sister Haskew. Durante la guerra, Sister, que a esas alturas ya había entrado en la cincuentena, se había convertido en lo que todo el mundo había dicho siempre que acabaría siendo: una solterona. Por imposible que parezca, se olvidó casi por completo de que en su momento había tenido un marido. Early Haskew había estado en California, en Michigan, en Grecia, en Inglaterra y en Francia. Le había mandado postales desde cada uno de esos lugares, y Sister las había hecho pedazos después de echar apenas un vistazo a los sellos, sin ni siquiera leerlas. Cada vez que rasgaba una de esas postales por la mitad, se estremecía.

—No quiero ni pensar en ese hombre —aseguraba.

—¿Por qué no te divorcias, entonces? —le preguntó Miriam una mañana durante el desayuno, después de que Ivey le hubiera entregado a Sister una postal del Coliseo romano.

—Nadie de esta familia se ha divorciado jamás —dijo Sister.

—Podrías ser la primera.

Sister le dirigió una mirada extraña a Miriam.

—¿Por qué tendría que divorciarme? Early nunca me ha hecho nada.

—Entonces ¿por qué no quieres volver a verlo?

—No deberías hacerme esa pregunta.

—¿Por qué no?

Sister hizo una pausa antes de responder.

—Porque no sé la respuesta.

Miriam recogió los fragmentos de la postal y los dejó caer uno a uno sobre su plato.

—Te casaste con Early solo para fastidiar a la abuela —constató Miriam.

Sister asintió.

—Pero tras la muerte de la abuela te quedaste sin motivos para seguir casada con él. Y Early masca tabaco.

—Me hacía alimentar a sus perros con un biberón. Cada noche tenía que levantarme dos veces para dar de comer a esos cachorros. Fue como tener seis hijos de golpe. Instaló una máquina de CocaCola en el porche de casa —contó Sister, mientras se sonrojaba con solo recordarlo—. Un día volví a casa y, al verlo, le dije: «Si mamá viniera aquí y viera esto, tendría que esconderme bajo tierra de la vergüenza».

—Y por eso cuando la abuela murió te quedaste aquí. No te quedaste para cuidar de mí, sino porque no querías volver con Early.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Acabo de atar cabos ahora mismo —dijo Miriam, encogiéndose de hombros.

—Yo te quería, cielo, y sí quería cuidar de ti.

—Ya lo sé, Sister.

—No quieres que vuelva con Early, ¿verdad? Sé que te las arreglarías perfectamente sin mí, y sé que esta casa en realidad es tuya, pero no quiero volver a Nashville o dondequiera que viva ahora ese hombre. Miriam, cariño, a veces, por la noche, me incorporo en mi cama y pienso: «¿Y si Miriam se casa y viene a vivir aquí con su marido? ¿Me echará de casa?». ¿Lo harías? ¿Me echarías?

—Sister, eres rica, ¿no te das cuenta? La abuela os dejó todo el dinero a Oscar y a ti. Lo único que me dejó a mí fue esta casa y las cajas de seguridad. Si te echara, podrías ir a cualquier sitio. Podrías instalarte en la calle principal de Nueva Orleans, si quisieras. Y si quisieras quedarte en Perdido, podrías pedirle a James que te cediera la casa de los DeBordenave y arreglarla a tu gusto.

—Eso no responde a mi pregunta.

Miriam sonrió.

—No pienso casarme. No tengo tiempo para eso. Trabajo todos los minutos del día y la mitad de la noche. E incluso si me casara —añadió en voz más baja—, jamás te echaría.

—¡Eso es lo que quería oír!

—¿Estás satisfecha, entonces? —preguntó Miriam, levantándose de la mesa—. Por cierto, ¿dónde se ha metido Oscar? Se está haciendo tarde.

—¡Miriam, ven y dame un abrazo!

—¿Por qué?

—¡Por ser tan adorable!

—¡¿Adorable?! Ay, Sister, eso sí que no me lo habían dicho nunca...

—Yo no, desde luego... Y nadie más, que yo haya oído. Pero nos equivocábamos. Todos nos equivocábamos.

Miriam se le acercó y abrazó a Sister por el cuello durante un momento. Entonces Sister extendió las manos y apretó los puños de Miriam con todas sus fuerzas.

Ni las plegarias de James Caskey ni los ruegos de Billy Bronze a su comandante bastaron para evitar que destinaran a Danjo Strickland lejos de la base aérea de Eglin.

—Esto acabará conmigo —le dijo James a su sobrino cuando Danjo le hizo saber las órdenes que había recibido.

—No —dijo Danjo—. Cuando llegue mi destino, me envíen donde me envíen, la guerra habrá terminado.

—¿Quién morirá primero? —preguntó James Caskey con aire lastimero—. ¿Tú o yo? ¿Te matarán a tiros antes de que yo me muera de pena? ¿O me meterán en el ataúd antes de que te acribillen en el campo de batalla?

—No ocurrirá nada de eso —dijo Danjo con serenidad—. Para eso he recibido instrucción como operador de radio. No ponen a los radioperadores en primera línea de combate; la mayoría se quedan muy por detrás de las líneas enemigas. Además, fíjate en cómo está Alemania ahora mismo, ¿dónde tienen las líneas? Los estamos obligando a batirse en retirada, James.

James se mecía violentamente en el porche, incapaz de mirar a Danjo, como si de algún modo todo aquello fuera culpa suya.

—Oye, James, mírame.

Este levantó la vista sin dejar de mecerse.

—Yo no quiero ir —dijo Danjo en voz baja—. No quiero dejarte. ¿Crees que no te voy a echar de menos?

—No te molestes en escribirme —dijo James.

—¿Por qué no?

—Porque estaré muerto.

Dos días después de que transfirieran a Danjo, Alemania capituló y James se convenció de que iban a enviar a Danjo al sangriento campo de batalla del Pacífico.

Dos semanas más tarde Billy se enteró de que Danjo estaba en Alemania, acantonado en un castillo, en la cima de una montaña al este de Múnich. Lo único que tenía que hacer era indicar a los aviones aliados la ruta segura hasta un aeródromo cercano.

Al cabo de unos días llegó una carta que lo confirmaba. Danjo solo se quejaba del aburrimiento y de lo estrictas que eran las órdenes recibidas, que les prohibían confraternizar con los vencidos. El castillo contaba con su propio cocinero, su propia granja e incluso con un viñedo. El *graf* y sus dos hijas vivían en habitaciones situadas debajo de la suya. El *graf* era un anciano agradable que le recordaba a James (excepto, por supuesto, por el hecho de que no hablaba inglés y de que los americanos le caían mal) y tenía dos hijas muy guapas y simpáticas que hacían la cama a Danjo todas las mañanas.

—Que se queje —dijo Billy después de oír la carta, que se leyó en voz alta durante la comida—. Cuando pienso en la cantidad de hombres a los que he entrenado que han muerto...

—¡Podría caerse de esa montaña! —exclamó James—. ¡El viejo *graf* podría asesinarlo mientras duerme!

Por algún motivo, a James se le había metido en la cabeza que «graf» significaba «zapatero», y se preguntaba cómo alguien dedicado a ese oficio había llegado a poseer un castillo.

—No le pasará nada malo —le aseguró Queenie en tono cortante —. James, quiero que dejes de imaginarte esas cosas.

James tenía setenta y cinco años, y durante toda su vida había conservado la peculiaridad de revelar su edad a trompicones. Podían pasar cinco, diez, quince años sin que se apreciara la menor alteración perceptible en su aspecto o su comportamiento, y entonces, un solo acontecimiento le echaba encima todos esos años de inmediato. Así había sucedido cuando su esposa Genevieve había muerto violentamente en la carretera de Atmore; el joven bien conservado que había sido hasta entonces se había visto súbitamente proyectado a la madurez. La muerte de su cuñada Mary-Love había arrastrado a ese hombre de mediana edad tan bien conservado a la vejez. Y que Danjo partiera hacia Europa propulsó a James Caskey de una recia vejez a una senilidad incipiente.

James estaba solo y Queenie también, de modo que esta abandonó su casa y se mudó con él. Queenie incluso se reía de la situación con Elinor.

—Cuando llegué a Perdido, hace veintitantos años, pensé: «Me divorciaré de Carl y me casaré con James Caskey. Es un hombre rico y su dinero me hará feliz». Parecía un plan de lo más simple. Ahora me cuesta pensar siquiera en todas las cosas que han ocurrido desde entonces. Y, sin embargo, aquí me tienes, mudándome a vivir con él para cuidarlo. ¿Y sabes qué es lo más gracioso de todo, Elinor?

—¿Qué?

—Que ya ni siquiera pienso en el dinero —sentenció Queenie con una risita irónica.

Dos o tres veces por semana, Queenie llevaba a James hasta Gavin Pond para visitar a sus hijas. James adoraba al pequeño Tommy Lee y lo sostenía sobre el regazo hasta que el niño se cansaba de él. Pero James no siempre se acordaba del nombre del pequeño y de vez en cuando lo llamaba Danjo, Malcolm o John Robert. A menudo parecía haberse olvidado por completo de Danjo y escuchaba las cartas que Queenie le leía con gesto ausente. Cuando terminaba, James le decía con impaciencia: «Queenie, vamos a Gavin Pond esta tarde. Necesito tener a un niño sobre el regazo».

—Pero si fuimos ayer, James —tenía que decirle Queenie.

—¿Ayer?

—Eso es. Y no podemos volver hoy, o las chicas se cansarán de nosotros y acabarán poniendo un candado en la verja.

A veces, por la noche, Queenie se despertaba y oía a James rondando por la casa a oscuras. Abría la puerta de la habitación donde dormía ella y se quedaba ahí plantado, como Lázaro desconcertado frente a la tumba. Sus ojos abiertos como platos no veían nada.

—¿Quién anda ahí? —gritaba a la oscuridad—. Grace, ¿eres tú? ¿Genevieve?

—Soy yo, Queenie. James, vuelve a la cama.

—¿Dónde están todos? ¿Por qué está la casa vacía?

15

La huida

La muerte del presidente Franklin D. Roosevelt en abril de 1945 causó mayor conmoción en Perdido que el bombardeo de Pearl Harbor o cualquier otro gran acontecimiento de la Segunda Guerra Mundial. Después de todo, Roosevelt había sido un tema de conversación diario durante más de doce años. Todas las campanas del pueblo doblaron durante media hora durante el día D, pero sonaron durante el doble de tiempo para llorar la muerte del presidente. Ni siquiera la rendición de Alemania, poco después, causó tanta impresión.

Frances y Billy Bronze no habían hecho planes de boda definitivos, pero tras la muerte de Roosevelt y el cese de las hostilidades en Europa todos tenían la sensación, justificada o no, de que la guerra había terminado. La disciplina en Eglin era más relajada que nunca. Los hombres alistados solo querían ir a la playa y prolongar en la medida de lo posible las clases de Billy hasta el día de la rendición japonesa, que ya no podía tardar mucho en llegar. Un día, en el porche de arriba, después de comer, Billy Bronze le dijo a Elinor:

—Quizá Frances y yo deberíamos planear la boda para el mes de julio.

—¿Vas a dejar el ejército? —preguntó Elinor.

—He empezado a hacer gestiones. Llevo mucho tiempo de servicio y creo que dejarán que me licencie.

Elinor miró a su futuro yerno con una sonrisa desconfiada.

—No habrás cambiado de opinión, ¿verdad?

—¿Sobre qué, señora Caskey?

—Sobre lo de llevarte a mi niña. Es todo lo que tengo.

Billy se echó a reír. Le pareció ridículo que Elinor Caskey, la cabeza de una familia rica, siempre rodeada de parientes, solicitada en todo el pueblo y conocida incluso en Mobile y Pensacola, declarara que su hija pequeña era lo único que tenía.

—Es la verdad —insistió Elinor con seriedad—. Si te llevaras a Frances me moriría. Y lo que es peor, a Frances le ocurriría lo mismo.

—Lo dudo —opinó Billy—. Pero no tengo intención de alejarla de usted, o sea que no tiene de qué preocuparse.

—Me alegro de oír eso —dijo Elinor—. En esta casa hay espacio de sobra para todos.

—Así es —replicó Billy—. Solo espero que usted y el señor Caskey

estén dispuestos a mantener a un yerno durante un tiempo. Mi padre tiene todo el dinero del mundo, pero no veré ni un centavo hasta que se muera. Y es posible que pase un tiempo antes de que pueda encontrar un empleo.

—Eso no nos preocupa —le aseguró Elinor—. Cuando queramos que dejes de vivir a nuestra costa, te avisaremos.

Billy recibió el permiso para abandonar el Cuerpo Aéreo durante la primera semana de julio. Todas sus pertenencias fueron a parar a la casa de Oscar y Elinor. Él y Frances se casaron a finales de mes, con una ceremonia sencilla celebrada en el salón de Elinor, donde reinaba un calor sofocante. En Perdido nadie comprendía por qué los Caskey, siendo tan ricos, no habían optado por una boda a lo grande en la iglesia, como habría hecho cualquier otra persona de su posición. Era evidente que Elinor Caskey podría haberse permitido un casamiento espléndido para su hija, pero la ceremonia y la recepción seguramente no le habían costado ni cincuenta dólares. A lo mejor, pensaron en Perdido, Frances estaba embarazada. Pero lo cierto era que los Caskey se habían limitado a seguir sus costumbres, ya que las bodas en la familia siempre habían sido repentinas, apresuradas y desenfadadas. Ninguno de ellos se habría sentido cómodo con una ceremonia en una iglesia, con la novia cubierta de ramos de flores y una fila entera de damas de honor. Y luego estaba también la dificultad añadida del padre de Billy, que se había negado a asistir, a enviar una felicitación, a hablar por teléfono con cualquier miembro de la familia de la novia o a contribuir siquiera con cinco dólares como regalo de bodas. Al término de la ceremonia, y antes incluso de que Billy y Frances se separaran tras el primer abrazo que se dieron como marido y mujer, Miriam tiró a un lado su ramo marchito y exclamó:

—¡Dios santo! Ven conmigo al piso de arriba, Sister, y ayúdame a quitarme este maldito vestido. ¡Hay un alfiler que se me está clavando en las costillas desde las dos!

Billy y Frances quedaron encantados con aquella ceremonia tan modesta, que les pareció más acorde con el carácter tranquilo de su noviazgo que cualquier otra opción más vistosa. Pasaron una semana de luna de miel en Nueva Orleans y regresaron directamente a Perdido. Aunque las posesiones de Billy estaban almacenadas en la habitación delantera, la pareja se instaló en el cuarto de Frances, junto al porche dormitorio.

Los Caskey estaban satisfechos con el nuevo marido de Frances.

—¿No notáis alguna diferencia entre MaryLove y yo? —les preguntó un día Elinor a Sister y a Queenie, poco después de la boda

—. ¿Os habéis dado cuenta de que mi niña se ha casado pero no se ha marchado de casa? ¿Y de que su marido está perfectamente conforme viviendo bajo mi techo?

Miriam, aunque no dijo nada, agradeció que Billy no buscara un empleo en el aserradero, donde aquel poder que tan meticulosamente se había forjado se habría visto amenazado por la fuerza de su autoridad como hombre.

Con dinero de su padre, Grace Caskey adquirió unas dos mil hectáreas de terreno cultivable junto a Gavin Pond. La mayor parte de esos terrenos llevaban inactivos desde el principio de la Depresión y una parte eran prácticamente bosques subtropicales, con estanques con caimanes y arroyos que fluían de forma tan apacible y calmada que no parecía que el agua se moviera. Grace todavía no quería utilizar esas tierras, pero, al igual que el resto de los Caskey, se sentía mejor sabiendo que eran suyas. Ahora estaba convencida de que nadie invadiría la preciada intimidad que compartía con Lucille. Su aislamiento estaba asegurado.

Grace convenció a Luvadia Sapp para que se mudara con ellas a Gavin Pond con la promesa de derechos de pesca ilimitados. Luvadia se llevó consigo a su hijo ilegítimo Sammy, de tres años, engendrado por Escue, el hijo de Roxie, que tenía cuarenta y tres. Vivieron en la cocina durante más o menos seis semanas, hasta que Escue Welles les construyó una casita escondida entre los cipreses que había al otro lado del estanque, junto al cementerio. Luvadia podía ver las lápidas desde la ventana de su cocina. Escue decidió no regresar a Perdido y se quedó en la casa con Luvadia y Sammy. Dejó su empleo en el aserradero y entró a trabajar como supervisor para Grace. Esta no había conocido a nadie que supiera menos sobre agricultura que Escue, pero era muy trabajador y Luvadia lo adoraba.

Grace había desbrozado la plantación de nogales la primavera anterior, talando los robles y pinos jóvenes que habían empezado a crecer entre las hileras de árboles inmensos y que arruinaban la simetría de la plantación. Había segado la hierba hasta dejarla muy corta y había limpiado de malas hierbas el arroyo que atravesaba el lugar. En compañía de Lucille, había viajado a Miami y a Oklahoma, donde había comprado setenta y cinco vaquillas. Incluso Lucille era capaz de diferenciar a las vacas y llevaba un registro meticuloso de sus pedigrís, sobre todo después de la adquisición de Zato, un excelente semental que valía hasta el último centavo de los once mil dólares que habían pagado por él. Los animales habían pastado a voluntad entre los nogales durante todo el verano, pero con la llegada del otoño

Grace tenía ganas de cosechar las nueces de pecán.

Una mañana a finales de septiembre de 1945, justo antes del amanecer, Grace se montó en su camioneta y fue hasta Babylon con Luvadia y Escue sentados en la trasera del vehículo. Grace condujo por el barrio negro de la ciudad haciendo sonar la bocina. Luvadia y Escue se pusieron de pie en la plataforma de la camioneta.

—¡La cosecha del pecán, la cosecha del pecán! —gritó.

Grace conducía despacio. Chicos y chicas adolescentes empezaron a salir de los porches y de los patios para subirse a la trasera de la camioneta. En las casas, las mujeres despertaron a sus maridos desempleados, los obligaron a vestirse y los sacaron de casa a empujones para mandarlos a la camioneta. Había madres que trepaban con los bebés envueltos en fulares alrededor del cuello. Grace se detuvo en alguna ocasión para que alguna que otra anciana decrépita pudiera subir a la camioneta con la ayuda de los demás. Cuando en la plataforma de carga ya no cupo más gente, Grace regresó a Gavin Pond.

Ya en la plantación de nogales pecanos, le entregaron un saco de arpillera a cada recolector. Luvadia se llevó a casa a todos los niños que eran demasiado pequeños para trabajar y los dejó en el suelo con Sammy. Los jornaleros negros empezaron a trepar por los árboles y a recoger todas las nueces del suelo. Grace, armada con una larga vara, patrullaba para mantener a raya las serpientes y para ahuyentar a las vacas curiosas. Dos hombres negros, los más altos y fuertes, iban sistemáticamente de una hilera de la plantación a la siguiente, se abrazaban a los troncos de los árboles, cuya circunferencia siempre superaba el alcance de sus brazos, y los sacudían hasta que las nueces empezaban a llover.

Los recolectores trabajaron toda la mañana, siempre encorvados, sin levantar la mirada en ningún momento, y a veces cantaban juntos, otras solo tarareaban para sí mismos y también regañaban de vez en cuando a los niños o intercambiaban chismes. Lucille y Luvadia les llevaron innumerables platos de galletas y pan de maíz, y había un niño cuya tarea consistía en rellenar constantemente jarras de agua en el arroyo que atravesaba la plantación.

A las once pararon y acudieron a la casa de Luvadia, donde les sirvieron un plato de jamón, guisantes y berzas a cada uno. Grace y Lucille se encargaron de preparar y servir la comida personalmente. Cuando retomaron el trabajo por la tarde, los recolectores coincidieron en que ningún otro granjero los había tratado con tanta amabilidad. Los jornaleros pasaron el día arrastrando sacos —llenos hasta arriba o demasiado pesados para contener más carga— hasta el

porche de la casa. Una vez allí, Escue se encargaba de pesar el contenido y de anotar el peso junto al nombre de cada recolector. A las tres de la tarde, Grace sumó todos los pesos y pagó a los jornaleros diez centavos por cada kilo recogido. Algunos se llevaron hasta seis y siete dólares. Después los llevó en la camioneta de vuelta a Babylon. Muchos se quedaron dormidos nada más subir a la plataforma de la camioneta, a pesar de los baches que cubrían el trayecto por el bosque. Todos se bajaron en el centro del barrio negro de la ciudad, y Grace les prometió que volvería a la mañana siguiente a primera hora.

La noticia circuló esa noche por Babylon, y a la mañana siguiente Grace ni siquiera tuvo que tocar la bocina. La gente ya aguardaba en los porches y le bastó con una sola parada para llenar la plataforma de la camioneta al instante. Luvadia y Escue incluso tuvieron que sentarse delante con Grace para que cupiera más gente en la parte trasera. Hubo tantos que se quedaron decepcionados por no haber podido unirse al grupo, que Grace les prometió que volvería a por ellos esa misma mañana.

Los recolectores acudieron a Gavin Pond durante dos semanas seguidas, tras las cuales no quedó ni una sola nuez en el suelo ni en los árboles. Grace pagó una prima de dos dólares a cada recolector por haber trabajado con tanto afán. El salón de la casa quedó repleto de sacos llenos de nueces de pecán. Con la ayuda de Escue, Grace cargó los sacos en la camioneta y los llevó al mayorista de Jay, que se las pagó a cuarenta centavos el kilo. Se guardó un saco para ella, otro para Luvadia, y reservó cuatro más para Perdido. Miriam se quedó con dos de esos sacos, dividió las pacanas en lotes de cinco kilos y los envió por correo a los representantes comerciales del norte.

Grace sacó setecientos dólares de la operación, un beneficio modesto que no le permitía ni siquiera empezar a devolver lo que se había gastado en cabezas de ganado, en tierras o en las mejoras que había hecho en la propiedad, pero aun así quedó tan orgullosa de su trabajo que decidió seguir adelante y compró cerdos y gallinas. En cuanto Tommy Lee aprendió a andar, le dieron un saco de grano y Sammy le enseñó a alimentar a las aves de corral.

La cosecha de nueces de pecán tuvo un efecto secundario que ni Grace ni Lucille habían previsto: se convirtió en su carta de presentación en Babylon. Su existencia pasó a ser conocida entre la comunidad negra, y posteriormente también entre los blancos. Grace se dio cuenta de que ya no había motivos para mantener su existencia en secreto y empezó a ofrecer sus productos a los almacenes de grano y pienso. Una granjera no era algo insólito por esos lares: había sido una tradición después de cada guerra, cuando incontables viudas

habían tenido que asumir las tareas de las granjas. Pero, además, Grace inspiraba respeto por varios motivos: su éxito con la cosecha de la nuez de pecán, la adquisición de tantas tierras con dinero contante y sonante, y su actitud marcada por la determinación. Los sureños son una gente tolerante en cuanto a las conductas anómalas. Reaccionan con ira si algo fuera de lo común se presenta como una posibilidad en el futuro, pero si descubren que una circunstancia poco habitual es un hecho establecido, por lo general lo aceptarán sin rencor ni prejuicio, como parte del orden natural de las cosas. Informar a los hombres que frecuentaban las tiendas de semillas y pienso de que dos mujeres habían adquirido Gavin Pond y estaban convirtiendo la propiedad en la mayor granja del condado tal vez había provocado una campaña para derogar la enmienda sobre el derecho a voto. Sin embargo, cuando se topaban con Grace, los hombres se mostraban bien dispuestos a aceptarla no solo a ella, sino también a su prima Lucille y al hijo de esta.

Las dos mujeres solían llevarse al niño en coche los sábados, Grace al volante y Lucille a su lado, rebotando sobre el asiento con Tommy Lee en el regazo. Luvadia, Escue y Sammy iban en la parte trasera. Todos los que se cruzaban con ellas por la carretera las conocían y levantaban un solo dedo por encima del volante a modo de saludo silencioso. Grace y Escue se pasaban la tarde del sábado de compras, hasta llenar la parte trasera de la camioneta de grano y provisiones, mientras Luvadia y Sammy compraban la comida para la semana siguiente y Lucille se sentaba con Tommy Lee junto al mostrador de la tienda para cotillear. Grace y Lucille reflexionaban sobre lo distintas que eran sus vidas en la granja al sur de Babylon en comparación con las que habían tenido en Perdido. Las expectativas de juventud no se habían cumplido para ninguna de las dos. ¿Por qué demonios, se preguntaba Grace, se había dedicado a dar clases en la escuela cuando era mucho más feliz rodeada de sus vacas, sus cerdos y sus gallinas? ¿Cómo era posible, pensaba Lucille, que pudiera haber flirteado con todos aquellos militares horribles teniendo a Grace tan cerca?

A veces, durante la semana, Lucille dejaba a Tommy Lee con Luvadia y acudía con Grace a Babylon para cenar bagre y ver una película. Ese hábito pronto se convirtió en una preciada rutina de los miércoles por la noche, el día en el que cambiaban la cartelera del cine. La gente sentada en los porches las señalaba al verlas pasar en la camioneta.

—Ahí van Grace y Lucille a ver una película —decían—. Seguro que no saben ni qué dan.

El invierno llegó a Gavin Pond. Unas cuantas hojas se volvieron marrones, pero el clima templado no logró convencerlas para que cayeran. Las flores de final de verano seguían luciendo esplendorosas, decididas a ignorar al calendario. A veces, Lucille y Grace se ponían jersey para bajar a la ciudad los miércoles por la noche.

El segundo miércoles de enero de 1946 por la noche refrescó. Grace y Lucille dejaron a Tommy Lee con Luvadia, se pusieron los jerséis, montaron en la camioneta y acudieron a Babylon. Cenaron en el restaurante que servía bagre en Ponce de Leon Road, donde todo el mundo las conocía y donde les servían su comida de siempre sin que tuvieran siquiera que pedirla. Después, en el cine, vieron una sesión doble: *Dillinger* y *Cuatro testamentos*. Salieron del cine sobre las once: a esas horas ya hacía más frío y las estrellas brillaban en el cielo despejado. La luna menguante no aparecería por el horizonte hasta pasada la medianoche.

La oficina de correos de Babylon cerraba las ventanillas a las cinco de la tarde, pero la puerta siempre estaba abierta para permitir el acceso a los apartados de correos. Grace aparcó delante del pequeño edificio de ladrillo, entró por la puerta, fue hasta la pared donde estaban las cajas y usó la combinación para abrir la suya. Sacó un pequeño fajo de cartas, cerró la puertecilla de nuevo y regresó a la camioneta.

—¿Qué hay? —preguntó Lucille con entusiasmo.

—Anuncios de subastas de ganado para mí, un catálogo de semillas para ti y una carta de Danjo.

—¡Oh, léela aquí mismo! —exclamó Lucille, encendiendo la luz de la cabina de la camioneta. Tras echarle un vistazo a los sellos de la Alemania ocupada, Grace la abrió y leyó:

Querida Grace,

Te escribo a ti porque temo contarle todo esto directamente a James, por si se enfada. El motivo por el que podría enfadarse es que acabo de casarme. Es maravilloso y sé que se alegrará por mí. El problema es que ella es alemana y no puedo sacarla del país todavía. Se supone que ni siquiera podía conocerla, por las regulaciones contra la confraternización con el enemigo y todo eso, pero el caso es que la conocí y nos enamoramos. Es la hija mayor del *graf*, el dueño del castillo en el que me alojo. El *graf* murió el mes pasado, o sea que fue entonces cuando nos casamos. Se llama Fredericka von Hoeringmeister. Yo la llamo Fred, de modo que ahora se llama Fred Strickland. No tiene dinero y se necesita mucho para mantener un castillo, de manera que seguramente se lo cederá a su hermana y nosotros volveremos a Alabama. Es decir, en cuanto consiga arreglar las cosas para sacarla del país, claro. Fred no era nazi ni nada de eso, y el *graf* tampoco. Pero a este no le caían bien los americanos, por eso Fred y yo hemos

esperado a que falleciera. ¿Oscar conoce a alguien en el Congreso? A lo mejor podría ayudarme a regresar con Fred a Alabama. No sé qué hacer respecto a James. ¿Le escribo? ¿Puedes hablar tú con él? A Fred no le importará vivir con él cuando volvamos, si a él no le molesta tener a una alemana en casa. Fred me hacía la cama todas las mañanas, así es como la conocí. Éramos unos quince, los que ocupábamos el castillo. Me licenciaré del Cuerpo Aéreo dentro de seis meses y entonces intentaré regresar. Pero no volveré a menos que pueda llevarme a Fred. Dejo el asunto en tus manos, Grace. Cuéntaselo a todo el mundo. No puedo escribir diez cartas diciendo lo mismo.

Afectuosamente,
Danjo

P.S.: Fred te manda un saludo.

La carta supuso una verdadera sorpresa y fue objeto de debate entre Grace y Lucille durante todo el camino de vuelta a Gavin Pond. Grace temía contarle a su padre no solo que su querido niño se había casado, sino también que ese matrimonio tal vez demoraría su esperado regreso a Perdido.

—Pero es que no hay otra opción —argumentó Lucille—. James tiene que saberlo. No podemos ocultárselo a toda la familia. Y si uno de ellos se entera, seguro que James también lo acabará sabiendo, o sea que será mejor que se lo cuentes directamente. Lo superará, sobre todo si Danjo dice que volverá con Fred para instalarse en su casa. Me pregunto cómo debe de ser la chica. Espero que le haya enseñado a hablar inglés.

—Bueno —repuso Grace, desviándose por la oscura carretera hacia el bosque todavía más oscuro—, sea como sea no pienso tomar ninguna decisión en plena noche. Lo decidiremos por la mañana.

Grace conducía despacio. La camioneta se sacudía sobre el duro suelo. Grace iba inclinada sobre el volante, escrutando la noche. Lucille botaba sin parar, sujetando su bolso sobre la cabeza para no hacerse daño cuando chocaba contra el techo de la cabina.

Cuando por fin llegaron a la granja, Lucille salió y abrió la verja. Grace pasó con la camioneta y Lucille saltó sobre la plataforma para recorrer los últimos trescientos metros hasta la casa.

Dentro no había ninguna luz encendida.

—Luvadia debe de haberse quedado dormida otra vez —dijo Lucille, menando la cabeza mientras saltaba de la plataforma de la camioneta.

Grace apagó el motor y entonces gritó:

—¡No! ¡Escucha!

Del interior de la casa, a través de la ventana abierta de su dormitorio, oyeron una débil voz masculina, que cantaba.

—¿Pero quién diablos...? —empezó a decir Lucille.

—Es papá —susurró Grace, asombrada. Abrió la puerta de la camioneta sin hacer ruido y bajó también.

—¿Se puede saber qué hace James aquí a estas horas de la noche? —se preguntó Lucille—. ¿Y dónde ha dejado el coche?

Grace negó con la cabeza y sintió un escalofrío. De repente la noche se había vuelto gélida.

—¿Qué hace ahí arriba? —preguntó Lucille, que había rodeado la camioneta y cogió a Grace de la mano. Las dos se quedaron mirando la ventana del dormitorio, que estaba a oscuras.

—Le está cantando a Tommy Lee —dijo Grace en voz baja—. ¡Shhh! ¡Dios, había olvidado esa canción! De pequeña solía cantármela cada noche, es una canción de cuna.

La voz de James Caskey, trémula y débil, les llegó flotando desde la ventana.

«Vuela, vuela, mariposa
Tu papá cavó una fosa
Tu mamá en Moscú quedó La ciudad ardió y ardió
Vuela, vuela, mariposa.»

Al terminar la canción, la voz se apagó. El mundo entero pareció guardar silencio. En la oscuridad, Lucille y Grace se miraron y luego entraron sin hacer ruido en la casa por la puerta de la cocina. Se encontraron a Luvadia sentada a la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, durmiendo.

Grace la sacudió levemente para despertarla.

—Señorita Grace —balbuceó Luvadia antes incluso de abrir los ojos.

—¿Cuándo ha llegado papá? —preguntó Grace.

—¿Cómo?

—Papá —repitió Grace—. ¿Cuándo ha llegado?

—¿Cómo dice? El señor James no está aquí...

Lucille se encontraba ya a los pies de la escalera, dispuesta a subir. Grace salió corriendo tras ella.

—No —dijo—. ¡No subas!

—Pero Tommy Lee... —se limitó a decir Lucille como única explicación antes de empezar a subir la escalera hacia el dormitorio a oscuras.

Grace apartó a Lucille y subió apresuradamente al primer piso. Abrió la puerta del dormitorio de par en par. Una violenta ráfaga de viento barrió la habitación y las cortinas se alzaron con el aire

nocturno.

Grace corrió hacia el moisés, pero incluso con aquella poca luz supo que Tommy Lee no estaba dentro.

Fue corriendo hasta la ventana, asomó la cabeza y gritó:

—¡Papá! ¡Devuélvenoslo!

La luz de la habitación se encendió a su espalda.

—¡Grace! ¿Pero se puede saber qué...? —exclamó Lucille.

Grace se dio la vuelta con una expresión agónica en el rostro.

Tommy Lee estaba tendido en la cama, acunado entre dos almohadas. Junto al niño dormido había una depresión alargada sobre el colchón que delineaba una forma humana.

Asombrada, Lucille pasó la mano por aquella marca en la colcha de chenilla.

—Todavía está caliente —constató.

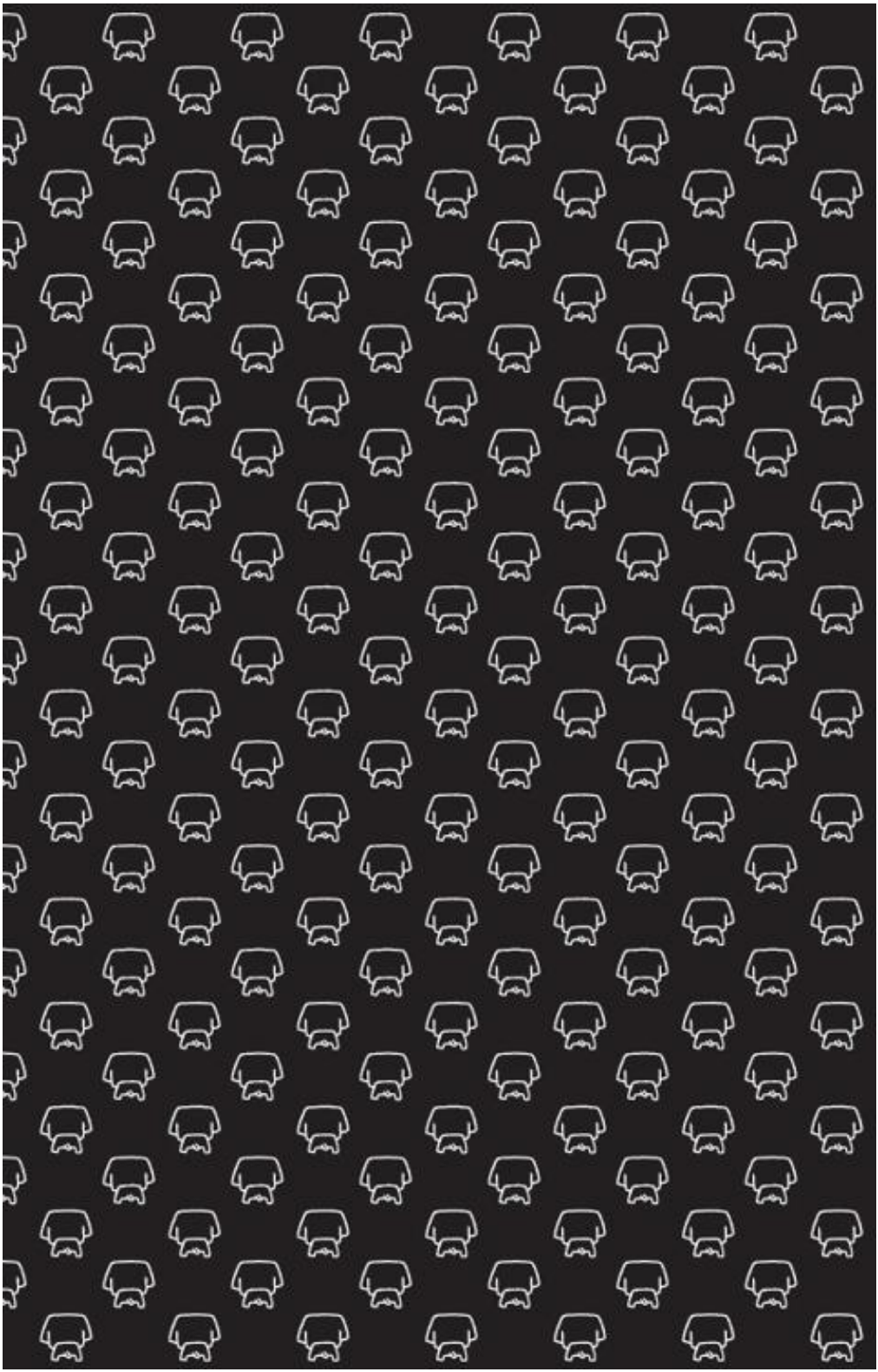
En la planta baja, sonó el teléfono. Grace cogió a Tommy Lee de la cama y lo acunó entre sus brazos.

—Contesta tú —le pidió Grace.

Al ver las lágrimas que empezaban a brillar en los ojos de Grace, Lucille bajó la escalera corriendo. Resultó que era Queenie, que llamaba para decirles que James había sufrido un ataque al corazón y había muerto.

—Acabo de llegar —dijo Queenie con voz perdida, distraída— y me lo he encontrado tendido delante de la puerta del salón. Si no hubiera encendido la luz me habría tropezado con él.

Descubre antes que nadie todos los secretos de la saga Blackwater y entra a formar parte de una comunidad de lectores única.

Te esperamos en

www.sagablackwater.com